

A C A N T I L A D O

Joseph Roth

La filial del infierno en la Tierra

Escritos desde la emigración

EDICIÓN DE HELMUT PESCHINA

TRADUCCIÓN DE BERTA VIAS MAHOU



JOSEPH ROTH

LA FILIAL DEL INFIERNO EN LA TIERRA

ESCRITOS DESDE LA EMIGRACIÓN

EDICIÓN DE HELMUT PESCHINA

TRADUCCIÓN DE BERTA VIAS MAHOU



ACANTILADO
BARCELONA 2020

CONTENIDO

ARTÍCULOS

El poeta en el Tercer Reich
La muerte de la literatura alemana
Renuncio
Auto de fe del espíritu
El Tercer Reich, la filial del infierno en la tierra
El anillo de los nibelungos
Los judíos y los nibelungos
Dios en Alemania
Europa sólo es posible sin el Tercer Reich
¿Anexión en el cine?
En lugar de un artículo
La literatura alemana desterrada
Del diario de un escritor
La emigración
El mito del alma alemana
Misa de difuntos
El orador apocalíptico
Carta a un gobernador
No vale la tinta
Acerca de algunos veredictos demasiado absurdos
La cédula de antepasados en la celda de incomunicación
La exposición
Al final es la palabra
Lo inexpresable
El bozal para escritores alemanes
Guía para lectores de periódico, año 1939
El enemigo de todos los pueblos
Una ciudad verdaderamente libre
Nuestra patria, nuestra época
El caso Austria

La ejecución de Austria
Natalicio
Un antiguo suicida
El sempiterno «dynamismo»

CARTAS A STEFAN ZWEIG

De 26 de marzo de 1933

De 6 de abril de 1933

De 24 de julio de 1935

De 19 de agosto de 1935

ARTÍCULOS

EL POETA EN EL TERCER REICH

I

Hace algún tiempo el escritor Klaus Mann escribió una carta amarga y llena de reproches al escritor y neurólogo Gottfried Benn, que se ha quedado en el Tercer Reich y ha sido nombrado (de manera temporal) director de la Academia Prusiana de las Letras. Que no comprende—es lo que el señor Klaus Mann viene a decir al señor Benn con todo respeto—cómo un escritor de prestigio puede ponerse al servicio del Tercer Reich, por qué un hombre como Benn defrauda a sus partidarios que andan ahora por París, Londres o Praga y que a la desesperación que les embarga con respecto a su patria tendrán que añadir la que ahora deben de sentir con respecto a su querido autor. Él, el autor de la carta, como «racionalista» que es, estuvo siempre en contra de la concepción «irracional» del mundo por parte del respetado escritor, pues parece que por desgracia la propensión a lo «irracional» conduce necesariamente a la «reacción»: no obstante, sería imposible que existiera relación alguna entre la fuerza literaria de Gottfried Benn, indudablemente sólida, y el Tercer Reich, insensible, ajeno al espíritu y a la literatura.

Así era más o menos la carta que el escritor Klaus Mann dirigió al por él respetado colega Gottfried Benn.

Éste contestó. Contestó con un largo editorial publicado en el *Deutsche Allgemeine Zeitung*, que por cierto fue prohibido un par de días después, y desde luego no por la respuesta de Gottfried Benn. Al contrario. Si en el *Deutsche Allgemeine Zeitung* no hubieran aparecido nada más que manifestaciones similares a las de este escritor que se ha quedado en el Tercer Reich y a quien eventualmente se ha considerado apto para dirigir la Academia Prusiana de las Letras, sin duda alguna no habría sido prohibido. Pero si hasta los hechos más insignificantes se consideran desde el punto de vista de ese «irracionalismo» que el señor Klaus Mann

reprocha a Gottfried Benn y del que éste se jacta en su respuesta pública, casi se podría sospechar que también en esta ocasión una fuerza irónica e inextricable—una fuerza a la que desde siempre le gusta parafrasear los patéticos, falsos y endebles acontecimientos—se ha puesto manos a la obra para castigar al redactor jefe de un periódico por haber asumido la función de correo y haber dispensado al autor del evidente y delicado deber de contestar a una carta privada con otra carta privada.

II

Tal vez se pueda decir que el autor de estas líneas es un «reaccionario», en modo alguno un adepto de la interpretación «racionalista» de los acontecimientos históricos, así como tampoco un «marxista» o un admirador del director provisional, el doctor Benn. Cuando éste pronunció el discurso encomiástico con ocasión del septuagésimo cumpleaños de Heinrich Mann, el autor de estas líneas era ya partidario de Heinrich Mann—a pesar de todas las diferencias de opinión existentes entre ellos—, no así del doctor Benn, aun cuando a éste le guste presentarse como un «reaccionario» y aquél sea un «revolucionario». ¿Es necesario insistir? En el escritor lo decisivo es la aportación literaria, sólo la aportación literaria. Que el doctor Benn se convierta o no en el director provisional de una Academia en la que los miembros son diletantes—da igual de qué ideología—, a un viejo «reaccionario» como yo le habría parecido irrelevante. Pero que el doctor, frente a un colega y admirador que mantiene una clara postura «liberal-racionalista», se presente como «conservador», «irracionalista» y al mismo tiempo como defensor de la «revolución nacional»; que alguien que hace tan sólo un par de meses ha pronunciado un discurso sobre Heinrich Mann—un autor totalmente libre de cualquier sospecha de «irracionalismo»—y que a toda prisa ocupa su asiento como «director provisional», escriba también una carta abierta como «irracionalista» y prosélito del Tercer Reich, que acaba

de desterrar a Heinrich Mann, me parece sintomático y creo que merece ser considerado con más detalle.

III

Si se me permite transcribir unos cuantos pasajes del editorial del doctor Benn: «Sólo con aquellos que han pasado por las emociones de los últimos meses, aquellos que hora tras hora, periódico tras periódico, mitin tras mitin, programa de radio tras programa de radio han vivido todo esto sin interrupción y muy de cerca, que día y noche lucharon con él, incluso con aquellos que no recibieron todo esto con júbilo, sino que más bien lo sufrieron, con todos éstos se puede hablar, no así con los desertores que se marcharon al extranjero.

»... pero, y esto es lo que yo pregunto a mi vez, ¿cómo imagina usted en definitiva que se mueve la historia? ¿Piensa usted que actúa especialmente en los balnearios franceses?

»¿Cómo se imagina, por ejemplo, el siglo XII, la transición del sentimiento románico al gótico? ¿Piensa usted que fue algo previamente acordado?

»... ah, ella (la historia) no le debe a usted nada, pero usted se lo debe todo a ella ...ella no tiene otro método que el de, en sus puntos de inflexión, extraer del seno inagotable de la raza un nuevo tipo humano que tiene que abrirse paso luchando, que tiene que integrar en la materia del tiempo la idea de su generación...

»Comprende usted al fin allí, en su mar latino...

»De modo que está usted allí sentado, en su balneario, y nos pide explicaciones...

»Es la nación cuya lengua habla usted, cuya ciudadanía posee, cuya industria imprimía sus libros, a la que debía usted su reputación y su fama, entre cuyos miembros le gustaría tener cuantos más lectores mejor, y que tampoco ahora le habría hecho gran cosa de haberse quedado usted aquí...

»Sabe usted que como médico del seguro estoy en contacto con muchos trabajadores... Y no cabe ninguna duda—se lo oigo decir a

todos—de que les va mejor que antes.

»¡Un pueblo es mucho! ¡... la totalidad de mi cerebro, todo ello se lo debo en primer lugar a ese pueblo! ¡De él proceden los antepasados, a él vuelven los hijos!«.

IV

¡Basta de citas! Si yo, de programa de radio en programa de radio, hubiera «pasado por todo eso sin interrupción»; si durante los últimos meses hubiera «luchado con todo eso»; si yo mismo hubiera «contestado con la pregunta» de si la historia «actúa especialmente en los balnearios franceses»; si hubiera «acordado la transición del sentimiento románico al gótico»; si alguna vez hubiera sido capaz de hacerme cargo de lo que significa eso del «seno de la raza» que tiene que «abrirse paso luchando»; de haber estado sentado en un «balneario» o en un «mar latino» que hubiera podido considerar como mío; si hubiera escuchado a los trabajadores diciendo que les va mejor que antes y tuviera que agradecer «la totalidad de mi cerebro» «en primer lugar» al pueblo; suponiendo que me hubiera sido posible vivir todo eso con la facilidad con la que lo ha registrado el doctor Benn, me resultaría imposible escribirle a uno de mis lectores, colega y admirador, que debería haberse quedado en un país que «tampoco ahora le habría hecho gran cosa» de haberse quedado. Y en el caso de que me «hubieran hecho» tan sólo algo, no habría ido a que me tratara el doctor Benn, el médico del seguro. Al final él habría acabado comprobando que, al igual que a los trabajadores, me iba mejor que antes.

V

Ese doctor es uno de los muchos comentadores que tiene la revolución. Él—junto a algunos otros—se preocupa de aclararles a los «racionalistas», a los «liberales», a los «socialistas», el misterio incomprensible y elemental de los acontecimientos históricos. Pero a

un «liberal», a una mente del «siglo XIX», podría ocurrírsele de pronto que un suceso elemental que se comenta sin cesar a sí mismo no es auténtico. Es como si por ejemplo el Vesubio escupiese fuego y el guía de turismo, el señor Cook, explicara a los viajeros que se trataba de un capricho incomprensible y catastrófico por parte del volcán. ¿Desde cuándo se han vivido en este mundo un terremoto, una tormenta, una tromba de agua, un simún o una revolución y al mismo tiempo su comentario? Los comentarios siempre vienen después. Por primera vez en la historia de las revoluciones salen a escena unos revolucionarios que de manera gratuita facilitan la explicación de sus acciones, diciendo que se trata de eso, de acciones revolucionarias. Sin embargo, el comentario es justamente lo que hace que la revolución resulte sospechosa. Un asesino que mientras tira al suelo a su víctima le suelta una conferencia sobre la sed natural de sangre de un asesino nato, despierta incluso en la víctima la sospecha de que se trata de un teórico del asesinato que le está matando a golpes, pero no de un verdadero asesino. En una situación así, cuánto mejor aquel Hobler, el ministro, que dijo que allí donde se cepilla la madera, tienen que volar astillas. ¡Vuelta de una metáfora a la sangrienta realidad y justificación de la realidad por medio de la metáfora! Aquí un reconocido aviador ha vencido en su propio terreno a un poeta ni de lejos tan reconocido... Y sin más, tanto a las astillas como a la madera se les dijo que tenían que conformarse con la suerte que les deparara la historia universal. Qué endeble resulta en cambio la invitación que el poeta hace a su colega para que se quede en el país, en el que «no le habrían hecho gran cosa». Y de una vez queda clara la necesidad que tenemos de un «ministro de la Propaganda», cuya tarea consiste en presentar a la prensa los violentos sucesos elementales como si fueran los nuevos productos de una fábrica de jabones. Contaminados como ahora están los hombres por el liberalismo, necesitan esas explicaciones puntuales, acordes con la época, para respetar los incomprensibles acontecimientos naturales también como algo incomprensible.

¡Qué forma de banalizar lo «elemental»! Más aún: qué manera de banalizar el concepto de nación y a la nación cuando el señor Benn escribe que uno le «debe» a la nación no sólo la ciudadanía, sino también que gracias a la industria nacional se imprimen los libros. Como si la vida de la nación no consistiera precisamente en el intercambio de bienes que cada uno de sus miembros toma y da, recibe y ofrece. Como si, por ejemplo, la imprenta, el editor y el lector no «debieran» al escritor Gottfried Benn tanto como él a ellos. Como si el pasaporte y el documento que le garantizan la ciudadanía fueran más valiosos que el libro que ha escrito. Sí, como si el pasaporte fuera una distinción muy especial que el Estado concede a su poeta, a pesar de que no la merece. Como si la industria, el ejército, los ministerios, la policía, las tropas de las SA fueran el Estado, todos ellos, a excepción del poeta. Lejos de considerar a un comisario de policía como un componente del pueblo menos importante que un autor de versos como los que escribe por ejemplo el doctor Benn, me atrevo a afirmar que ninguno de los dos «debe» nada al otro o que los dos se lo «deben» todo el uno al otro. Y tan cierto como que un poeta cuya existencia física se encuentra en peligro y que por eso—y sólo por eso—emigra, está lejos de dejar de ser un poeta alemán, también lo es que la literatura alemana no conoce los límites de un Estado; que es más fuerte e inmortal que cualquiera de las formas de Estado que la nación se dé a sí misma en cada momento; que sobrevivirá a todas las formas de Estado y a todas las «revoluciones nacionales», pero también a las «internacionales»; y que un escritor alemán, incluso si ha emigrado, no por eso merece el desprecio, porque de modo más intenso que la industria que imprime sus libros lleva en su interior «lo alemán», «lo nacional». Donde quiera que se encuentre el poeta alemán, allí estará Alemania. Donde se encuentre el impresor alemán, puede ser también Francia, Inglaterra o Italia. ¡Ah! ¡Qué ironía! ¡Qué miserable ironía la de un escritor que casualmente no tiene ninguna abuela judía y que por eso puede decirle al otro, que casualmente sí tiene una madre judía, que no le habrían hecho «gran cosa» de haberse

quedado. ¿Qué significa eso de que no le habrían hecho gran cosa, doctor? ¿Castrarlo, por ejemplo? ¿Esterilizarlo? ¿Es eso poco o mucho para un escritor de origen judío? ¡Vana pregunta formulada por un escritor emigrado a un médico de la piel y de las enfermedades venéreas que se ha quedado en el país y que es director eventual de la Academia de las Letras! No hay entendimiento posible—el doctor tiene razón—entre Alemania y el Tercer Reich.

Postdata:

La respuesta del doctor no ha dejado descansar a otro poeta, y como el *Deutsche Allgemeine Zeitung* fue prohibido, el *Berliner Tageblatt* hubo de poner dos columnas a disposición de Max Barthel. Este «poeta-obrero», como lo llamaron no sin motivo los periodistas judíos ya durante la guerra, escribe también respuestas públicas a las cartas privadas de los amigos que se encuentran en el extranjero. Sin embargo, el «poeta-médico» y el «poetaobrero» se diferencian en el estilo.

Como corresponde a un «poeta-obrero», Barthel escribe por ejemplo:

«Quienes han cruzado la frontera han perdido el derecho a hablar y a escribir sobre Alemania. Han cruzado la frontera demasiado deprisa. *A la mayoría* no se les habría tocado un solo pelo...

»Y para mí, como viejo socialista, como hijo de albañil, como ser humano que durante muchos años ha trabajado en distintas fábricas, dos cosas fueron decisivas en mi manera de pensar. En primer lugar, la unidad de Alemania por los nacionalsocialistas. En segundo, que colocaran el trabajo donde corresponde, en el centro de las consideraciones.»

¡Ojalá hubiera permanecido en la fábrica, siendo un viejo socialista y uno de los pacientes del «poeta-médico» del seguro, en vez de «colocarse en el centro de las consideraciones»! Tal vez en ese caso no habría perdido el derecho a escribir en alemán...

Das Neue Tage-Buch (París)

1 de julio de 1933

LA MUERTE DE LA LITERATURA ALEMANA

Ya no puede haber una literatura alemana, al menos durante muchos años, pues lo que a partir de ahora se habrá de llamar así será como la literatura soviética, esto es, un producto exclusivamente oficial. No se puede siquiera contar con la posibilidad de que la revolución alemana logre inspirar obras como las que al principio produjo la rusa. Para eso sería necesario que desencadenara el mismo proceso de agitación popular... Y los alemanes, es un hecho, son bastante menos emotivos que los rusos.

Tampoco cabe esperar que la literatura alemana vaya a sobrevivir en los escritores proscritos o que se han marchado al exilio. Aquellos que ya han alcanzado la madurez seguirán, seguro, haciendo progresos, pero los otros, los jóvenes, aquellos que han perdido el contacto con su país antes de que estuvieran formados, ¿cómo van a poder ser escritores alemanes? Y algo aún más prosaico, ¿cómo van a poder sobrevivir si escriben en alemán?

Debo de parecer muy pesimista, pero soy de los que opinan que la tradición es el elemento fundamental de cualquier literatura. Pues bien, la tradición alemana ha sido siempre muy humanitaria, y los nacionalsocialistas, al romper con ella, han suprimido la base de nuestra labor artística. Seguramente tienen intención de darle otra distinta: quieren que de aquí en adelante se nutra de la idea nacional. Un conservador como yo no se alzaré contra ese principio. Comprendo muy bien que los alemanes deseen que haya una literatura alemana específica, como existe una literatura francesa específica. Pero, ¿es eso posible? Si nuestra literatura ha sido siempre cosmopolita, será porque nunca hemos sido una nación. Si los alemanes están poseídos por la idea de la «vuelta a la tierra», será precisamente porque no están cerca de la tierra.

¡Todo el drama de Alemania radica en esa contradicción!

Ahí está por ejemplo la Fata Morgana del roble. Es el árbol de Wotan, el símbolo nacional por antonomasia... Sólo que en Alemania hay tan pocos robles... Menos que en Francia por ejemplo... También se sabe que Alemania es el país de los abonos químicos y que ni una sola pulgada de su suelo sigue siendo natural. Pues bien, eso no impide que la expresión que con más frecuencia se repite en su literatura actual sea la del «terruño». Aquellos que quieren desarraigar la literatura no parecen darse cuenta de que no deja de haber cierta ironía en su empeño de querer acometerla en un *humus* artificial.

¿Acaso piensan que es posible crear un arte nacional eliminando la vida privada? El mayor enemigo de la literatura es la vida oficial. Los países en los que sólo se vive en lugares públicos, como México, apenas tienen artistas o pensadores.

Los escritores alemanes han dejado de ser dueños de sí mismos. Ya no están seguros de si en cualquier momento del día o de la noche tendrán que sufrir la visita de alguna comisión. Como la literatura, al igual que el amor, es siempre un poco cuestión de nervios, me pregunto cómo podrán las personas que sean algo nerviosas seguir dedicándose en Alemania a alguna de esas dos ocupaciones.

Por lo demás, ¿para quién habría que escribir en la actualidad cuando la población parece estar compuesta tan sólo por empleados y soldados a los que verdaderamente no se les puede exigir que lean después de haber estado de maniobras desde las seis de la mañana hasta las ocho de la tarde?

La verdad es que los escritores en Alemania nunca han tenido una posición tan importante como en Francia. Allí apenas se ve una calle que lleve el nombre de algún poeta... Un pequeño detalle, sin duda, aunque bastante significativo. Es cierto, los alemanes han mostrado siempre el mayor aprecio por la cultura, pero en realidad se conforman con respetar los libros y no leerlos. Sólo los judíos compran algunos libros. El interés que mostraban hacia ellos se confundió a menudo con un rasgo de esnobismo. Pero aun cuando su actitud haya resultado incómoda, al menos se ha de reconocer que representan el espíritu de la nación.

En modo alguno se trata de una coincidencia fortuita el hecho de que uno vea quemar libros precisamente en el momento en el que se maltrata a los judíos. No son más que dos manifestaciones de un mismo grado de salud mental.

Y no es menos sintomático que el control sobre las bellas artes se le haya confiado al ministro de la Propaganda.

¡A los funcionarios del arte en la actualidad no les han de faltar consignas! Si al gobierno se le antojara obtener un poema sobre un bosque, tal vez actuase como los soviéticos, enviando al lugar una delegación de diez poetas oficiales con el encargo de ejecutar una obra colectiva en un plazo determinado.

Huelga decir que no sólo no se puede permitir que perdure ese método de la literatura alemana actual, sino que sólo podrá surgir una nueva literatura cuando se haya creado una nueva tradición.

No creo que el nacionalsocialismo en su forma actual vaya a durar lo suficiente como para llegar a semejante resultado. Aunque no estoy convencido de que haya que desear su derrumbamiento, porque un pueblo no puede soportar dos revoluciones seguidas y un golpe de Estado llevaría a Alemania no a un nuevo orden, sino al caos.

De modo que es preferible que Alemania sobreviva, y que aprenda. Eso sin duda alguna llevará tiempo. Entre tanto, por fortuna, siempre habrá un pueblo germánico, Austria, dispuesto a salvar la verdadera tradición alemana.

Le Mois (París)
Agosto de 1933

RENUNCIO

Estimada redacción:

En el número del 31 de agosto de su apreciado periódico publicaron ustedes un artículo del señor Paul Stefan sobre la «literatura alemana oprimida».

En ese artículo el señor Paul Stefan hace saber que en breve aparecerán en el «Tercer Reich» algunos libros de los siguientes autores: Thomas Mann, Jakob Wassermann, Franz Werfel.

En interés de la literatura alemana actual calificada con razón por ustedes o por el señor Paul Stefan de «oprimida»—y tal vez también en el de los tres autores citados—, me parece necesario completar las declaraciones del señor Paul Stefan:

1. La funesta situación en la que se encuentran los citados autores alemanes, que han sido calificados de enemigos y adversarios del «Tercer Reich», se puede atribuir en parte al hecho de que quienes fueron sus editores «durante años» se han quedado en Alemania en la comprensible, aunque errónea creencia de que hay que «salvar lo que aún pueda salvarse».

2. Muchos escritores alemanes de prestigio y renombre no pueden separarse de los editores que se han quedado en Alemania, porque los anticipos son demasiado elevados.

3. Muchos libreros y editores alemanes siguen confiando en que la despiadada intransigencia de los asesinos y criminales que gobiernan el «Tercer Reich» podría dar paso en el terreno de la literatura y por razones de política exterior a una cierta tolerancia conciliadora.

Uno de esos editores que se han quedado en Alemania se reunió conmigo en el extranjero. Hace un par de semanas. Me dijo lo siguiente: Queremos que usted, junto con otros autores no considerados peligrosos por el «Tercer Reich», aparezca al mismo

tiempo en Alemania y en el extranjero. De ese modo le conservaríamos el «mercado alemán».

Como monárquico austríaco, como hombre conservador e implacable enemigo de cualquier gobierno a cuya cabeza se encuentre un empapelador,¹ respondí al editor que renunció a aparecer en el «Tercer Reich», que es como ahora se llama Alemania.

Hace más o menos tres semanas el representante actualmente al cargo de la «Unión de Escritores Alemanes» propuso crear una organización literaria obligatoria. Los escritores que no tuvieran «sangre alemana» y que no fueran «de fiar desde el punto de vista político» de acuerdo con los estatutos de esa organización obligatoria, no podrían seguir publicando sus libros o artículos en el territorio del «Tercer Reich».

De todos modos, es posible que la creación de esa organización obligatoria, mejor dicho, que su reconocimiento por parte de las autoridades estatales sea aplazado, pues hasta los asesinos se ruborizan aún de vez en cuando frente al extranjero.

No creo que mis respetados colegas demócratas y de «izquierdas» piensen de un modo distinto del mío, del de un «conservador». Su solidaridad con el escritor Theodor Lessing asesinado en estos días—por iniciativa directa o indirecta del «Tercer Reich»—y del que siempre fui adversario en el terreno de la política, no puede ser menor que la mía.

Por lo demás, al magnífico servicio de espionaje del «Tercer Reich» no se le escapará que los editores que se han quedado en Alemania y que aún intentan negociar, simpatizan con los «editores de la emigración» extranjeros por lo menos tanto como con Goebbels, el ministro de la Propaganda.

Suyo afectísimo,

Joseph Roth

Prager Mittag

6 de septiembre de 1933

Joseph Roth se refiere a los iniciales intentos de Hitler de dedicarse a la pintura.
(*N. de la T.*)

AUTO DE FE DEL ESPÍRITU

Pocos testigos en todo el mundo parecen darse cuenta de lo que significa la quema de libros, la expulsión de los escritores judíos y todos los demás desvaríos llevados a cabo por el Tercer Reich para aniquilar el espíritu. La sangrienta irrupción de los bárbaros en la técnica perfeccionada, el terrible cortejo de los orangutanes mecanizados, equipados con granadas de mano, con gases tóxicos, con amoniaco, nitroglicerina, máscaras antigás y aviones, la sublevación de los descendientes del espíritu—cuando no de la sangre—de cimbríos y teutones, todo esto tiene una trascendencia de dimensiones mucho mayores de lo que quiere creer un mundo amenazado y dominado por el terror. Hay que reconocerlo y decirlo con toda franqueza: la Europa espiritual se rinde. Se rinde por debilidad, por desidia, por indiferencia, por irreflexión. El futuro deberá investigar con exactitud los motivos de esta capitulación vergonzosa.

Nosotros, los escritores alemanes de origen judío, en estos días en los que el humo de nuestros libros quemados sube hasta el cielo, hemos de reconocer sobre todo que hemos sido vencidos. Nosotros, que hemos constituido la primera oleada de soldados, que hemos luchado bajo el estandarte del espíritu europeo, hemos de cumplir con el más noble deber de los guerreros vencidos con honor: reconocemos nuestro fracaso.

Sí, hemos sido derrotados.

Sería indigno echar mano ya de los laureles de nuestras victorias futuras. Sería infantil anunciar por adelantado la victoria definitiva del espíritu humano sobre el poder por el momento victorioso de la fauna de los Leuna-Werke, de los I. G. Farbenwerke y otras selvas vírgenes químico-técnicas. Estamos orgullosos de nuestro fracaso. Nos encontramos entre los primeros defensores de Europa, y fuimos los primeros en ser derrotados. Nuestros camaradas de «linaje ario»

aún pueden esperar el indulto, suponiendo que se muestren dispuestos, aunque sólo sea en una medida insignificante, a expresarse en el lenguaje de Goebbels y Göring. Incluso es posible que los vándalos del Tercer Reich intenten aprovecharse eventualmente de escritores «arios» de gran renombre literario, como Thomas Mann y Gerhart Hauptmann—en este momento perseguido—, para engañar a la humanidad y por medio de una estratagema hacerle creer que también el nacionalsocialismo respeta el espíritu europeo. Pero nosotros, los escritores de origen judío, estamos, gracias a Dios, a salvo de cualquier aproximación por parte de los bárbaros. Nosotros somos los únicos representantes de Europa que no pueden volver a Alemania. Y aun cuando en nuestras filas hubiera un traidor que por ambición, estupidez o ceguera quisiera firmar una paz vergonzosa con los destructores de Europa, no podría hacerlo. La sangre «asiática» y «oriental», ésa que quienes detentan el poder en el Tercer Reich nos echan en cara, nos impide desertar de las nobles filas del ejército europeo. Dios mismo —y de eso estamos orgullosos— no nos permite traicionar a Europa, a la cristiandad ni al judaísmo. Dios está con los vencidos. ¡No con los vencedores! En una época en la que Su Santidad el Papa, cabeza infalible de la cristiandad, firma un tratado de paz denominado «concordato» con los enemigos de Cristo, en la que los protestantes crean una «Iglesia alemana» y censuran la Biblia, nosotros, los descendientes de los antiguos judíos, los antepasados de la cultura europea, somos los únicos representantes alemanes legítimos de esa cultura. Gracias a la insondable sabiduría divina estamos incapacitados desde el punto de vista físico para traicionarla con la civilización pagana de los gases tóxicos, con un dios de la guerra germano armado con amoníaco.

¿Se han sentido alguna vez los escritores alemanes de origen judío —e incluso los escritores alemanes en general— en su casa dentro del Reich alemán? Surge la sospecha históricamente justificada de que los literatos alemanes, de procedencia judía o no judía, no han sido en todas las épocas más que unos extraños en su país, emigrantes en el suelo en el que nacieron, consumidos por la nostalgia de una verdadera patria, incluso cuando se hallaban dentro

de sus fronteras. Desde el momento en que el «Segundo Reich» de Bismarck estableció la supremacía de las fuerzas físicas, materialistas y militares sobre la vida espiritual, desde el momento en que se impuso el tipo del «cabo», reconocido en el mundo entero como el prototipo del alemán, los escritores alemanes se sintieron moralmente expulsados y proscritos. Tras el cabo se encontraban el ingeniero que le suministraba las armas, el químico que perfeccionaba el gas tóxico para destruir el cerebro humano y que al mismo tiempo preparaba el compuesto de la dipirona magnésica para aliviar las migrañas, el profesor alemán al que las revistas de humor erróneamente presentan como un soñador inofensivo que se olvida del paraguas y que en realidad es el enemigo más peligroso—por ser el más dogmático—de la civilización europea, el inventor en persona del gas tóxico en el terreno de la filología, al que se le paga por propagar la idea de la superioridad prusiana, el suboficial de la universidad, que bajo Guillermo II se convirtió en un cuartel.

En el nuevo «Reich alemán», los únicos seres libres e independientes, por lo tanto revolucionarios en el verdadero sentido de la palabra, han sido los verdaderos escritores. Por eso, mucho antes de la llegada de Hitler, se sintieron como emigrantes sin patria en el reino de la técnica, de los cabos, de los desfiles militares y de la posición de firmes. Para entender el reciente auto de fe perpetrado contra los libros, es preciso considerar el actual «Tercer Reich» como una consecuencia natural del Imperio prusiano de Bismarck y de los Hohenzollern, y no como una reacción contra la pobre República alemana con sus débiles demócratas y socialdemócratas alemanes. Prusia, la dominadora de Alemania, mostró siempre una actitud hostil frente al espíritu, frente a los libros, frente al libro de los libros, es decir, frente a la Biblia, frente a los judíos y los cristianos, frente al humanismo y frente a Europa. El «Tercer Reich» de Hitler atemoriza al mundo europeo únicamente porque ha tenido el atrevimiento de consumir lo que siempre se propuso Prusia: quemar los libros, matar a los judíos a golpes y falsear el cristianismo.

El gran error histórico de la juventud que en Alemania se siente como en su casa consiste en someterse al cabo prusiano en lugar de

aliarse con el auténtico espíritu alemán. En torno a 1900 surgió en Alemania una clase de judíos a los que se podría definir como «judíos del káiser Guillermo» o «prusianos judíos». O también como «tenientes judíos de la reserva». Para abreviar, «judíos domingueros». Sin renunciar a su religión, trataron de convertirla en una suerte de protestantismo y de hacer de sus templos cuarteles prusianos. Se llamaban a sí mismos «ciudadanos alemanes de confesión judía» y el hecho de que adoptaran la denominación «ciudadanos alemanes» en lugar de simplemente «alemanes» demuestra que ellos mismos sentían que la ciudadanía no suponía la fusión con el pueblo y con la nación. Aún poseían la suficiente fuerza de voluntad como para no separarse de la vieja tradición milenaria de sus padres, pero eran demasiado débiles para no falsearla. Como no tenían el valor de convertirse ellos mismos, prefirieron bautizar a toda la religión judía. Así surgieron los sacerdotes judíos con actitudes protestantes y hábito protestante; las «comunidades israelitas reformadas», que santificaban el domingo en lugar del *šabbat*; los judíos que en el día del Yom Kippur se dirigían al templo —la casa de un Dios traicionado— en calesas de lujo y con el uniforme de teniente de la reserva de algún regimiento prusiano; los judíos, por último, que consideraban la «fe judía» como una concesión otorgada por el Estado a Jehová al considerarlo un dios gemelo del prusiano... Se creyeron con derecho a tomar la «civilización alemana» en arrendamiento. Inconstantes e indecisos como eran, se creyeron con derecho a imponer y favorecer determinadas «modas» literarias y de otro tipo. Sin criterio alguno, *novarum rerum cupidissimi* como se habían vuelto, se creyeron con derecho a admirar cualquier intento de corrupción en la literatura, en las artes plásticas o en el teatro. Porque se habían olvidado de Jehová, se creyeron con derecho a confesarse liberales y escépticos.

Se puede decir que aproximadamente desde 1900 este «estrato superior» de los judíos alemanes determinó en buena parte, cuando no dominó, la vida artística en Alemania. Haciendo honor a la justicia, hay que aclarar que tenían tantas cualidades y virtudes como defectos. Incluso sus errores resultaron en ocasiones saludables. En todo el vasto Imperio, con una población de sesenta

millones de personas, entre tantos industriales no había por supuesto, salvo contadas excepciones—ni un solo estrato social que mostrara un interés activo por el arte y el espíritu. En lo que respecta a los *junker* prusianos, el mundo civilizado sabe que a lo más que llegan es a leer y escribir. Uno de sus representantes, el presidente alemán Hindenburg, reconoció públicamente que en toda su vida no había leído un solo libro. A pesar de ello, dicho sea de paso, esa efigie, decrépita desde su temprana juventud, fue la que durante la guerra idolatraron los obreros, los socialdemócratas, los periodistas, los artistas y los judíos y a la que el pueblo alemán—obrero, judío, periodista, artista, socialdemócrata—eligió dos veces consecutivas como presidente una vez terminada la guerra. Un pueblo que como jefe del Estado vota a una efigie que en su vida ha leído un libro, ¿está tan lejos de quemar libros? ¿Y los escritores, eruditos y filósofos judíos que votaron a Hindenburg tienen realmente derecho a quejarse de la pira en la que ahora se queman nuestras ideas?

En lo que respecta a los industriales, se ocuparon del acero y del hierro, de los cañones y de las «grandes Bertas», forjaron las modernas «espadas de Sigfrido». Los grandes comerciantes crearon la baratija *made in Germany*, con la que inundaron el mundo. Sólo los judíos alemanes—médicos, abogados, pequeños comerciantes, propietarios de grandes almacenes, artesanos o fabricantes—se interesaron por los libros, los museos, la música. Y aun cuando aquí y allá cayeron en un esnobismo de mal gusto, lo cierto es que en toda Alemania no hubo nadie que fuera capaz de corregirlos y de rectificar sus errores. ¡Las revistas y los periódicos eran editados por judíos, pagados por judíos, leídos por judíos! Todo un enjambre de críticos intelectuales judíos e intérpretes descubrió y promovió a innumerables poetas, escritores y actores «arios puros». ¿Hay ahora, una vez que el teatro y la literatura han sido «depurados», un solo actor o literato digno de atención que no fuera premiado y reconocido en la época en la que la crítica y la opinión pública fueron promovidas por los judíos? ¡Que el Tercer Reich nos muestre un solo poeta, actor o músico de talento «ario puro» que haya sido reprimido por los judíos y liberado por el señor Goebbels! Tan sólo

los débiles diletantes progresan bajo la sombra de la cruz gamada, bajo el reflejo sangriento de la hoguera en la que nosotros ardemos...

Desde los inicios del siglo XX los escritores que han hecho alguna contribución a la literatura alemana han sido los siguientes: judíos, medio judíos y judíos en un cuarto, es decir, escritores de «ascendencia semítica», para hablar en la jerga del Tercer Reich.

El vienés Peter Altenberg, un trovador del siglo XX, poeta sensible de la belleza femenina más reservada y discreta, que hace tiempo fue denostado por los bárbaros de la teoría de la raza como «pornógrafo decadente»; Oscar Blumenthal, autor de exquisitas comedias sin trascendencia, pero de mucho gusto; Richard Beer-Hofmann, noble herrero de la lengua alemana, heredero e intérprete de la tradición bíblica; Max Brod, el desinteresado amigo de Franz Kafka, un narrador de la gran tradición, lleno de erudición y fervor, que reavivó la grandiosa figura de Tycho Brahe; Alfred Döblin, el primero que en la literatura alemana descubrió y dio vida al tipo del berlinés popular, una de las más originales creaciones del mundo intelectual; Bruno Frank, un meticuloso artesano de la palabra, un experimentado dramaturgo, pacifista y cantor del pasado de Prusia; Ludwig Fulda, un poeta lírico, autor de comedias llenas de encanto y sagacidad; Maximilian Harden, el incansable y tal vez único periodista alemán genuino; Walter Hasenclever, uno de los más apasionados dramaturgos; Georg Hermann, sencillez y auténtico narrador de la pequeña burguesía; Paul Heyse (medio judío), el primer premio Nobel alemán; Hugo von Hofmannstahl, uno de los líricos y prosistas más refinados, el heredero clásico de los tesoros católicos de la vieja Austria; Alfred Kerr, un crítico de teatro que desbordaba fantasía; Karl Kraus, el gran polemista, un maestro de la literatura alemana, un fanático de la pureza del lenguaje, un apóstol del estilo prácticamente inexpugnable; Else Lasker-Schüler, una poeta—no se atreve uno a aplicarle otro calificativo, con ése basta—; Klaus Mann (medio judío, hijo de Thomas Mann), un joven narrador que promete, dotado de un notable talento estilístico; Alfred y Robert Neumann, escritores épicos dignos de ser tomados en cuenta; Rainer Maria Rilke (judío en un cuarto), uno de los líricos

más grandes de Europa; Peter Panter, el polemista de ingenio chispeante; Carl Sternheim, uno de los narradores y dramaturgos más sagaces; Ernst Toller, el poeta de *El libro de las golondrinas*, un dramaturgo revolucionario, que, como amaba la libertad del pueblo alemán, pasó siete años de su vida recluido en una fortaleza de Baviera; Jakob Wassermann, uno de los primeros novelistas de Europa; Franz Werfel, dramaturgo lírico, narrador, poeta soberbio; Karl Wolfskehl, eminente y noble adaptador de mitos; Carl Zuckmayer, un dramaturgo eficaz; Arnold Zweig, creador del sublime sargento Grischa y de la obra *De Vriendt vuelve a casa*, novelista y ensayista por la gracia de Dios... Una lista incompleta de soldados del espíritu que han sido derrotados por el Tercer Reich. No es necesario que el lector tome nota de sus nombres uno por uno. Basta con que haga los honores a éste o aquel escritor judío, que se cuentan entre mis más queridos amigos y a los que mi amistad no se atreve a embellecer con un adjetivo: Stefan Zweig, Hermann Kesten, Egon Erwin Kisch, Ernst Weiss, Alfred Polgar, Walter Mehring, Siegfried Kracauer, Valeriu Marcu, Lion Feuchtwanger, el difunto Hermann Ungar y el admirado profeta y vidente Max Picard.

Que los demás escritores alemanes judíos cuyos nombres no se encuentran en esta lista me perdonen por haberlos olvidado. Tal vez algunos de los que aparecen aquí no soporten la proximidad de algún que otro adversario. Todos ellos han caído en el campo del honor del espíritu. Todos ellos tienen a los ojos de los asesinos e incendiarios alemanes una mancha común: la sangre judía y el espíritu europeo.

El mundo amenazado y dominado por el terror debe hacer examen de conciencia porque decir simplemente que la infiltración del cabo Hitler en la civilización europea supone el inicio de un nuevo capítulo en el terreno del antisemitismo es un error. ¡Va mucho más lejos! Lo que sostienen los incendiarios es cierto, pero en otro sentido: ¡el Tercer Reich es el comienzo de la decadencia! Al exterminar a los judíos, se persigue a Cristo. Por primera vez no se persigue a los judíos por haber crucificado a Jesús, sino porque lo trajeron al mundo. Cuando se queman los libros de los autores judíos o de aquellos a los que se considera sospechosos de serlo, en realidad se

prende fuego al libro de los libros, a la Biblia. Cuando se expulsa o encierra a los jueces y abogados judíos, se vuelve uno a su vez mentalmente contra el derecho y la justicia. Cuando se exilia a los escritores de renombre en Europa, manifiesta uno de esa forma el desprecio que siente hacia Inglaterra y Francia. Cuando se tortura a los comunistas, lucha uno contra el mundo ruso y eslavo, pero mucho más contra el de Tolstói y Dostoiewski que contra el de Lenin y Trotski. Cuando se ridiculiza Austria, de ese modo se burla uno del catolicismo de los alemanes; y cuando quiere conquistarla, apunta uno a todo el Adriático. Mussolini se equivoca. Aún no conoce a los guerreros cimbrios y teutones. Hace mucho tiempo otro romano se dejó engañar por los bárbaros. Mussolini debería conocer mejor la historia de Roma. Al asegurarse la amistad de los fascistas, desprecia uno el «derecho romano». Algún día el mundo comprobará con asombro que fue vencido por un cabo. (¡Un cabo que tiene ya a sus órdenes a un mariscal de campo!) Nosotros, los escritores alemanes de ascendencia judía, hemos sido los primeros en caer defendiendo a Europa. Se nos han ahorrado los disparates y los remordimientos de conciencia. ¡Sólo nos queda el honor...!

El mérito indiscutible de los escritores judíos con respecto a la literatura alemana consiste en el descubrimiento y la explotación literaria del urbanismo. Los judíos han descubierto y descrito el paisaje urbano y el paisaje anímico de los ciudadanos. Ellos han desvelado la multiplicidad de la civilización urbana. Han descubierto el café y la fábrica, el bar y el hotel, el banco y la pequeña burguesía de la capital, los puntos de encuentro de los ricos y los barrios pobres, el pecado y el vicio, el día y la noche en la ciudad, el carácter de los habitantes de la gran ciudad. Este camino estaba reservado a los talentos judíos porque la mayoría de ellos procedía del ambiente de la ciudad, medio al que sus padres fueron empujados por motivos sociales, y porque los judíos poseen una sensibilidad más desarrollada, así como por el espíritu cosmopolita que los caracteriza. La mayor parte de los escritores alemanes de origen no judío se ha limitado a describir el paisaje de su patria. En Alemania existe, en una medida muy superior a la de cualquier otro país, una «literatura nacional» dividida por regiones, paisajes y

razas, a menudo de elevado valor literario, aunque por fuerza inaccesible para el resto de los europeos. Para el extranjero sólo existe la «Alemania» cuyos intérpretes literarios eran en su mayoría escritores judíos. Casi todos ellos expusieron la realidad alemana al francés, al inglés, al americano. Sin embargo, los poco inteligentes críticos e historiadores nacionalistas reprocharon a los escritores judíos esas facultades como si se tratara de crímenes. De la manera más pueril, algo propio de principiantes, se tomó el asunto, el tema, por el carácter personal del autor. Cuando un escritor judío describía la ciudad, estaba «lejos del terruño». Era un «literato de café» cuando descubría los bares. Un «traidor a la patria», cuando representaba el mundo. Un «charlatán superficial», cuando daba forma sensible a la lengua abstracta que los diletantes de la provincia a menudo aportaron a los alemanes. Si poseía encanto y ligereza, era un «escritor de folletines». Si mostraba ingenio, un «payaso». Y si se aventuraba a describir el paisaje, se descubría en el acto que lo veía «con el entendimiento», en lugar de con el corazón. La conmovedora confesión de Jakob Wassermann, *Mi camino como alemán y judío*, fue despreciada. La única canción alemana de guerra, escrita por un judío austríaco que cayó en el campo de honor, el teniente H. Zuckermann, fue olvidada. Nadie pensaba ya en los poemas patrióticos de Ernst Lissauer. Se negó la obra dramática renana escrita por el medio judío Zuckmayer, que fue acogida favorablemente por el público.

En Alemania existe un antisemitismo literario desde 1900. El antisemita racista Adolf Barthel, el antisemita moderado Paul Fechter y otros muchos combatieron violentamente, a menudo con un odio personal, la obra literaria de los escritores judíos. Sin duda alguna que entre los panfletistas judíos hay también personas groseras y de mal gusto. Pero son precisamente éstos los que siempre se consideran los representantes característicos de los escritores judíos. Desde 1918 las librerías de provincias, antes de poner un libro en el escaparate, antes incluso de haberlo leído, preguntaban si el autor era judío. Y, sin embargo, no ha habido aún un solo escritor judío—a pesar de que el antisemitismo literario es cada vez más fuerte—que públicamente haya dicho una sola palabra sobre ello. Una estrecha y

a menudo honda camaradería une a los escritores alemanes judíos con los mejores entre los no judíos. Un gran estilista alemán como Hans Carossa (no judío) fue descubierto y promovido por un notable escritor judío, al que, según sé, no le gustaría ser nombrado en estas circunstancias. Recordemos con este motivo que Hans Carossa es el único escritor alemán no judío que ha rechazado pertenecer a la Academia del «Tercer Reich». Los periódicos alemanes han pasado por alto este hecho, silenciándolo, con lo que se desconoce en el extranjero.

Muchos de nosotros hemos estado en el frente durante la guerra. Muchos han caído. Hemos escrito para Alemania. Hemos muerto por Alemania. Hemos derramado nuestra sangre por Alemania de dos maneras: la sangre que nutre nuestra vida física y ésa otra con la que escribimos. Hemos ensalzado a Alemania, la verdadera Alemania. ¡Por eso hoy Alemania nos quema!

Cahiers Juifs (París)
Septiembre-noviembre de 1933

EL TERCER REICH, LA FILIAL DEL INFIERNO EN LA TIERRA

Desde hace diecisiete meses nos hemos acostumbrado a que en Alemania se vierta más sangre que tinta emplean los periódicos para informar sobre esa sangre. Es probable que el amo de la tinta de imprenta alemana, el ministro Goebbels, tenga más cadáveres sobre su conciencia, si es que la tiene, que periodistas a su disposición para echar tierra sobre la mayor parte de los muertos. Pues se sabe que la misión de la prensa alemana consiste no tanto en publicar hechos, sino en ocultarlos; no sólo en difundir mentiras, sino también en sugerirlas; no sólo en confundir al mundo—el resto de este mundo raquítico que aún posee una opinión pública—, sino también en obligarle a aceptar las noticias falsas con una ingenuidad desconcertante. Nunca hasta ahora, desde que se derrama sangre en este planeta, ha habido un asesino que se haya lavado las manos ensangrentadas con tanta tinta de imprenta. Nunca hasta ahora, desde que en este mundo se miente, ha tenido un mentiroso tantos y tan potentes altavoces a su servicio. Nunca hasta ahora, desde que se cometen traiciones en este mundo, un traidor fue traicionado por otro aún mayor, nunca se vio semejante concurso de traidores. Pero tampoco jamás esa parte del mundo que hasta ahora nunca se había hundido en la noche de la dictadura, quedó cegada hasta tal punto por el rojizo brillo infernal de la mentira, aturdida hasta tal punto por el estrépito de la mentira, ni tan sorda como ahora. Porque desde hace siglos se ha acostumbrado uno a que la mentira se cuele de puntillas, sin hacer ruido. Sin embargo, el más sensacional invento de las modernas dictaduras consiste en haber creado la mentira estridente, basándose en la hipótesis, acertada desde el punto de vista psicológico, de que al que hace ruido se le concede el crédito que se niega a quien habla sin levantar la voz. Desde la irrupción del Tercer Reich, a la mentira, contradiciendo el

refrán, le han crecido las piernas. Ya no sigue a la verdad pisándole los talones, sino que corre por delante de ella. Si hay que reconocer a Goebbels alguna obra genial, sería la de haber sido capaz de hacer que la verdad oficial cojeara tanto como él. Ha prestado su propio pie equinovo a la verdad oficial alemana. El hecho de que el primer ministro de la Propaganda alemán cojee, no es una casualidad, sino una broma consciente de la historia...

Sin embargo, hasta ahora esta ingeniosa ocurrencia de la historia universal tan sólo ha sido advertida por los corresponsales extranjeros en raras ocasiones. Pues es un error creer que los periodistas de Inglaterra, de América, Francia, etcétera, no caen en manos de los altavoces y de los transmisores de mentiras alemanes. También los periodistas son hijos de su tiempo. Es una equivocación creer que el mundo tiene una idea exacta de lo que es el Tercer Reich. El corresponsal, que tiene que dar fe de los hechos, se inclina devoto ante el *fait accompli* (el hecho consumado) como ante un ídolo, ese *fait accompli* que incluso reconocen los políticos, monarcas y sabios, los filósofos, profesores y artistas que detentan el poder y gobiernan el mundo. Aún hace diez años un asesinato, da igual dónde y contra quién se cometiera, habría estremecido al mundo entero. Desde los tiempos de Caín la sangre inocente que clamaba al cielo se escuchaba también en la tierra. Aún el asesinato de Matteotti—¡y no ha pasado tanto!—causó horror entre los vivos. Pero desde que Alemania acalla el grito de la sangre con sus altavoces, éste ya no se escucha en el cielo, sino que se difunde en la tierra como noticia periodística habitual. Se ha asesinado a Schleicher y a su joven esposa. Se ha asesinado a Ernst Röhm y a muchos otros. Muchos de ellos eran asesinos. Pero el castigo que han recibido no es justo, sino injusto. Unos asesinos más astutos y más rápidos han matado a los menos astutos y más lentos. En el Tercer Reich no sólo Caín mata a Abel a golpes. También un súper-Caín mata al simple Caín. Es el único país del mundo en el que no hay asesinos a secas, sino asesinos elevados a la enésima potencia.

Y como queda dicho, la sangre derramada clama a ese cielo en el que no se reúnen los corresponsales—criaturas terrenales—. Ellos se reúnen en las conferencias de prensa de Goebbels. No son más que

seres humanos. Aturdidos por los altavoces, desconcertados por la velocidad con la que de pronto, y contra todas las leyes de la naturaleza, una verdad renqueante se pone a correr y con la que las cortas piernas de la mentira se alargan de tal modo que a paso de carga adelanta a la verdad, estos periodistas comunican al mundo sólo aquello que les notifican en Alemania, y no tanto lo que ocurre en Alemania.

Ningún corresponsal puede hacer frente a un país en el que, por primera vez desde la creación del mundo, no sólo se producen anomalías físicas, sino también metafísicas: imonstruosas creaciones del infierno! Tullidos que corren; incendiarios que se prenden fuego a sí mismos; fraticidas que son hermanos de asesinos; demonios que se muerden su propio rabo. Es el séptimo círculo del infierno, cuya filial en la tierra lleva por nombre «Tercer Reich».

Pariser Tageblatt
6 de julio de 1934

EL ANILLO DE LOS NIBELUNGOS

No creo que los germanos que en la actualidad gobiernan Alemania sean carne de la carne y sangre de la sangre de los antiguos nibelungos, aunque sería ridículo negar que han heredado el espíritu de los nibelungos. Hay que hacer honor a la verdad, conceder a los germanos de hoy ese espíritu y no sobrevalorar a las despiadadas figuras del *Cantar de los nibelungos*, carentes de cualquier cualidad humana, por el hecho de que hayan surgido de la penumbra mitológica o porque hayan adquirido contornos terrenales en un valioso documento literario. Por consiguiente, aunque los alemanes no procedan por línea directa de los antiguos germanos, hay que reconocer sin embargo que los acontecimientos y los caracteres que aparecen en el *Cantar de los nibelungos* se repiten con frecuencia en la historia alemana más reciente. La maldad, la traición, la perfidia, el asesinato con alevosía... La historia de cualquier nación contiene esas ruindades elementales de la naturaleza humana. Pero en Alemania, la maldad, la traición y la perfidia muestran una naturaleza muy especial, como se verá en seguida. Tienen una marca especial, que no es sino la marca de los nibelungos. Siempre, en todas partes, Caín es el malvado y Abel sin duda alguna el inocente. Tan sólo a los germanos se les ha concedido el derecho a tener un malvado heroico y un taimado Abel. El sombrío Hagen de Trónege en absoluto nos parece sombrío. Si no se le hubiera acompañado tan obstinadamente y tan a menudo de ese atributo... Hagen de Trónege brilla casi tanto como el radiante Sigfrido. Y ese radiante Sigfrido ha engañado a una valquiria, y no sólo una vez, cuando la deja plantada en el Valhalla y simplemente se olvida de ella, sino incluso dos, cuando—con la caperuza que le vuelve invisible—se casa con ella y le hace creer que con quien duerme es con su esposo Gunter, el que le ha correspondido en matrimonio. Por medio de esa «lealtad entre hombres» tan sumamente grosera, es

más, repulsiva, con respecto a Gunter, el radiante Sigfrido engaña al mismo tiempo a su querida Crimilda. Y por si no tuviera bastante, esa misma noche le roba a Brunilda un anillo y comete la absoluta falta de delicadeza de regalárselo a su querida Crimilda. Sí, le cuenta a su esposa con pelos y señales las circunstancias bajo las cuales se ha hecho con él. Y la rubia Crimilda, ese delicado ejemplo de todas las bondades femeninas que un día sí y otro también teje en su rueca el lino y la virtud, está orgullosa del doble adulterio de su marido y, con el argumento en la mano, se jacta en público y en presencia de la rival de los redaños de su hombre. ¡Qué héroe tan lamentable, ese Casanova que recurre a una caperuza que lo vuelve invisible, ese antepasado espiritual de las posteriores representaciones de Sigfrido! ¡Qué triste modelo de mujer, esa Crimilda, abuela de la Margarita de *Fausto*, una furia con la corona sobre el pelo rubio como los tallos del lino que podría haber tejido ella misma, y frente a la cual Medea es un ángel!

Recordemos el posterior desarrollo de esta monstruosa historia. Hagen de Trónege es un gran héroe, pero no está a la altura de un Sigfrido físicamente invulnerable. De modo que tiene que matarlo recurriendo a una argucia. Y eso por lealtad hacia Gunter, quien no obstante había suplicado a Sigfrido en la noche de bodas que le prestara su apoyo. Naturalmente que Gunter conoce los sombríos planes de Hagen, pero es un héroe germano y hace como si no sospechara nada. Crimilda, la charlatana virtuosa, también es tonta de remate. Revela a Hagen el único punto vulnerable en el hombro de Sigfrido. Se celebra una cacería de osos, a la que como es natural un cazador como Sigfrido no puede faltar, a pesar de que Crimilda tiene malos presentimientos e incluso un sueño que le profetiza la muerte de su esposo. Si hubiera mostrado más prudencia y menos presentimientos, nos habríamos ahorrado la tragedia entera. Por desgracia no es así. Y hasta el día de hoy los alemanes valoran los presentimientos muy por encima de la razón y así no nos ahorran ninguna tragedia...

Tras la muerte de Sigfrido, Crimilda llevó luto, aunque no por mucho tiempo. Desde la lejana Hungría la llama un rico pretendiente, Atila, el rey de los hunos. La señora Crimilda no se

arredra ante el largo camino, viaja hasta allí y se convierte en reina de los hunos y en madre. Da un sucesor al rey Atila, ese bárbaro bonachón y de pelo negro que se ha encaprichado de una melena rubia. Ahora ella está segura, ahora puede vengarse. Y es que el deseo de venganza es el motivo por el que ha seguido al pobre Atila, quien naturalmente—como tantos hombres morenos—cree en el amor desinteresado y en la fidelidad de la rubia. De modo que ella invita a sus hermanos y a Hagen de Trónege con su séquito a venir a su corte. Son las primeras relaciones entre Hungría y Alemania de las que se tiene noticia...

En cuanto los héroes llegan a orillas del Danubio, un sacerdote cristiano con el hábito de Dios y la cruz sobre el pecho les sale al encuentro. ¿Y qué hace un verdadero germano a la vista de un cristiano? ¡El señor de Trónege agarra al sacerdote y lo arroja al río! ¡Una broma! ¡Una broma de mal gusto! Todos los caballeros contemplan cómo el sacerdote lucha con el agua y se mueren de risa. Pero ocurre un milagro. El hombre de Dios alcanza la otra orilla. Y éste es el origen del concordato que Germania firma con la Iglesia católica...

Tras este simpático entreacto, todo el grupo—«incluidos los dignos allegados»—se presenta en la corte de Atila, el bárbaro desprevenido y hospitalario, que en la fiesta de bienvenida manda mostrar a los parientes de su mujer venidos de la civilizada comarca del Rin el orgullo de su país, el pequeño sucesor al trono. Como una prueba especial del amor germano a los niños, aunque tal vez debido también a que ese producto de la vergüenza de la raza le molesta, el señor de Trónege saca la espada y decapita al muchacho de un único y certero golpe. Así es como Germania establece relaciones diplomáticas...

Después, como se sabe, comienza el sangriento festejo. La noche de los cuchillos largos, podría decirse. Perecen amigos y enemigos, germanos, hunos, incluso un juglar, casi un pacifista, el tocador de violín Volker. Se trata de aquel ocaso del mundo por el que los nibelungos, que perecen, pero no se extinguen, sienten una eterna nostalgia...

Sólo queda el cristiano, el margrave Rúdeger de Bechelaren, el austríaco conciliador, que habla en nombre del Crucificado. Él espera la salvación del mundo por la luz de la nueva fe.

Por desgracia, el piadoso margrave se equivoca, como siglos después muchos como él. Creyó que los nibelungos y los hunos se habían dado muerte los unos a los otros. Pero aún están vivos.

El de los nibelungos es un extraño anillo. Su magia consiste en que no puede cerrarse...

Das Neue Tage-Buch (París)
7 de julio de 1934

LOS JUDÍOS Y LOS NIBELUNGOS

I

La relación de los judíos con sus distintos países de nacimiento, en especial la de los judíos alemanes—o judíos cuya lengua materna es el alemán—con la patria alemana, forma parte desde hace tiempo de esos temas que por lo general se considera que se pueden y se deben evitar, cuando no que resultan penosos. Es como si todos nos esforzáramos por no echar a perder el engañoso barniz de buen humor que recubre el miserable estado del mundo, aun cuando sólo fuera mencionando una de las heridas que padece esta época. Sí, es como si francamente uno se esforzara por negar esa herida, en la pueril esperanza de que, ignorándola con obstinación, se habría de curar por sí sola. Por supuesto, esto no puede decirse de los antisemitas, cuya variante más sangrienta gobierna desde hace dieciocho meses en Alemania, sino tan sólo de sus víctimas, es decir, de los judíos alemanes. Pero, como no podría ser de otro modo de acuerdo con las leyes de la naturaleza y de la sociedad, precisamente como consecuencia de un enérgico esfuerzo por silenciar, disimular o encubrir algo, el efecto que produce ese estado de cosas que se ha ocultado es aún más violento, si bien no siempre encuentra la expresión que le corresponde. El dolor que uno cree haber acallado al no prestarle atención, será cada vez más fuerte, más agudo y acuciante.

No es éste el lugar para discutir el tema de una manera definitiva. Y tampoco es ésa la misión del autor de estas líneas. Sin embargo, en estos días sí me parece oportuno hacer unas cuantas observaciones, advertencias y comentarios. Especialmente, porque por algunos escritos particulares y réplicas públicas que me han llegado como consecuencia de mi último artículo publicado en *Das Neue Tage-Buch*, tengo la impresión de que a la discusión general es posible añadir una respuesta específica.

Entre los muchos escritos particulares y polémicas públicas, hay dos que creo merecen ser abordadas en detalle:

Una dama judía originaria de Alemania y residente en Holanda—quien probablemente ha huido allí—, me escribe entre otras cosas lo siguiente:

«... ¿es la pertenencia a un pueblo, a un país, algo tan arbitrario que basta con negarla para librarnos de ella?...

»¿No debería el amor a la patria ser, como todo amor, incondicional? ¿Qué diría usted de una madre que niega a su hijo si ese hijo se convierte de pronto en un criminal (...)? Creo que cualquier madre... sabría que a su hijo se le ha inducido al error, pero que no es malo. «No arrojes ninguna piedra al pozo del que alguna vez has bebido.» (Un sentencia de la Biblia.) ¡Si los mejores de un pueblo dejan sus raíces en la tierra de su antigua patria, tal vez entonces sobre ese terruño no pueda crecer tanta mala hierba! Soy judía y por eso sé lo que significa ese nuncaformar-parte-del-todo... No exhorto a que ese destino se cumpla también allí donde podría evitarse.»

Esta dama se refería a una frase que escribí en *Das Neue Tage-Buch* y que dice lo siguiente: «¡Es cierto que nuestra patria no es aquella en la que nos va bien! De acuerdo, pero a un país en el que se comete el mal no podemos seguir llamándolo nuestra patria».

En fin, es fácil adivinar que la argumentación de la dama no me convence. La comparación romántica entre la madre que no niega a su hijo criminal y un individuo que forma parte de un país que comete crímenes y que sigue reconociéndolo no es correcta, no sólo en lo esencial, sino también en sentido metafórico. Parecería más indicado comparar la patria con la madre y al individuo que forma parte de ella con el hijo. ¡Pero admitamos esa inexacta metáfora! No entiendo por qué en cualquier caso y bajo cualquier circunstancia tiene una madre que querer a su hijo criminal. Hay hijos criminales a los que su madre se lo puede perdonar todo. Pero igualmente no cabe duda de que hay criminales cuyas madres se hacen cómplices de sus crímenes si continúan reconociéndolos. Incondicional, como dice la dama, sólo hay un amor: el amor a Dios. (Para los creyentes. Y para algunos, el amor a la verdad.) Sí, y es incluso el deber de una

madre renegar de un hijo que, por ejemplo, acumula vergüenza tras vergüenza, que blasfema contra Dios y contra los hombres, que abusa reiteradamente de los débiles, que además se mofa y que, después de matarlos, los asa en un pincho y se los come en el desayuno. Cualquier madre que amara a semejante hijo sería inhumana, tan inhumana como su hijo.

En lo que respecta a la cuestión de si la pertenencia a un pueblo o a un país es algo «arbitrario» o no, la respuesta muy general, pero muy pertinente, dice así: no hay nada que sea arbitrario o casual, o bien todo es casual, según el punto de vista del observador. Especialmente los judíos tendrían mil motivos para, en la medida de lo posible, evitar la afirmación de que su pertenencia a éste o a aquel pueblo responde a un destino inquebrantable. Los antepasados de la dama vivieron primero en Palestina, después en España, más tarde en Alemania, quizá también en Polonia, después de nuevo en Alemania. Todo fue obra del destino, todo fue debido a la casualidad, como uno prefiera. Cuando la Inquisición española desencadenó su furia, los «mejores del pueblo» en modo alguno pudieron «dejar sus raíces en la tierra de su antigua patria», y la mala hierba creció en el «terruño» español. Sí, ella misma reconoce que como judía sabe lo que significa «ese nunca-formar-parte-del-todo». Sin embargo, está convencida de poder lograrlo a todo trance. ¿Cómo conseguirlo? ¡Callando!

Sólo hay, como queda dicho, un amor incondicional. El amor a Dios. Eso precisamente una judía, que forma parte de la familia de Jesucristo, debería saberlo. Y dicho sea de paso, a los ojos de los pueblos denominados «arios» sería más honroso que todos los judíos y judías reconocieran ese único amor incondicional, en lugar de empeñarse en calificar de «incondicional» el amor que sienten por una patria que cambian con tanta frecuencia. ¿No fue hace cuatro mil años Egipto la patria de los judíos? ¿Y acaso en su éxodo por el desierto no siguieron llamando a Egipto su patria? ¡Sí! Añoraban más «las ollas de carne de Mizraim» que la voz de Dios. ¡Ya entonces! Pero entonces al menos reconocían con franqueza su nostalgia por las ollas de carne...

En lo que respecta a la hermosa sentencia que dice que no se debe arrojar ninguna piedra al pozo del que uno ha bebido alguna vez, se podría contestar—para seguir con la Biblia—que fueron los judíos quienes durante más de cien años alimentaron ese pozo, es decir, Alemania. Es verdad que han bebido de él, pero también lo han mantenido. Los que arrojan piedras—e incluso veneno—a ese pozo son los nacionalsocialistas. Desde entonces es inservible y está incluso maldito.

Más vale abstenerse de beber de un pozo envenenado, sea judío o cristiano.

¡Arroja una piedra en él para que se sepa que está envenenado!

II

En el *Tagesboten* de Brno un caballero judío de nombre Karl Toller polemiza contra mi artículo aparecido en *Das Neue Tage-Buch* bajo el título «El anillo de los nibelungos» y del que espero que los lectores de esta revista se acuerden aún.

En «un artículo bosquejado a la ligera»—según este polemista—yo habría «dejado un bien cultural en manos de los satíricos».

Por tanto, el señor Toller escribe:

«El señor Roth ha perdido su patria... pero con esa desgracia no se produce en él el silencio profundo de la verdadera fe... Goethe dice del *Cantar de los nibelungos* que su conocimiento es propio de un cierto grado de cultura de la nación...»

Y como calificué la deplorable acción de Hagen de Trónege, quien arroja al agua a un sacerdote cristiano, como la forma en la que los germanos firman concordatos, este vasallo israelita leal a los nibelungos pregunta: «¿De dónde se saca él (Joseph Roth) el derecho a hablar de cosas que sin duda alguna no son de su incumbencia?»

»Este escritor», continúa el señor Toller, «que debió de asistir a alguna clase de cultura alemana...» Y también: «Es evidente que los valores espirituales de una determinada comunidad pueden ser inaccesibles para otras...». Y también: «Junto al derecho supremo... a la vida, se encuentra el deber igualmente supremo de guardar

silencio cuando uno no está llamado a hablar...». Y: «Si esos panegiristas ilustrados de la razón... hubieran valorado más el patrón de la conciencia, se nos habría ahorrado la aparición de ese triste espectáculo en el *Tage-Buch*...». O también: «¿Impera aquí el mero afán de dejar al mundo de hoy, tan alejado de los dioses, aún más alejado de los dioses...?».

En verdad, nunca hubiera imaginado que un buen día un caballero israelita de Brno, en Moravia, la actual Checoslovaquia, pudiera tratar de defender a los nibelungos frente a mí. ¡Parece que los nibelungos han caído muy bajo! Pero más aún que el hecho de que los israelitas moravos rompan una lanza en favor de los germanos, me sorprende el que uno de ellos no sepa quién soy, y que con piadosa inocencia me tome por un satírico ilustrado, cuando sus compatriotas y correligionarios saben que soy lo que se llama un «reaccionario», un creyente, incluso un monárquico, y que reboso admiración por todos los valores tradicionales, a excepción de aquellos impíos ante los que algunos judíos y nacionalsocialistas ejecutan en común su servicio divino pagánico. Por lo tanto, o la ciudad de Brno se ha vuelto tan grande desde que la vi por última vez que uno de sus judíos no tiene más remedio que vivir apartado de la nueva literatura alemana, o bien el señor Toller pertenece a esa clase de germanistas israelitas no tan raros que han logrado convertirse en unos verdaderos e ignorantes Percevaes.

Pido disculpas a los lectores del *Neue Tage-Buch* porque he de aludir a cuestiones privadas. Eso ayudará a comprender lo general.

En primer lugar, el caballero se equivoca. No he perdido mi patria. Mi patria es Austria, no Alemania, aquella Austria a cuyas puertas en otro tiempo tuvieron que detenerse los tártaros, hoy los alemanes, y de la que por esa razón me siento orgulloso. En segundo lugar, y por motivos religiosos, me importa mucho con quién firme la Iglesia un concordato. Aparte de que soy de la opinión de que un concordato de la Iglesia católica con Hitler debería interesar también a los judíos, más aún que salvar el honor de los nibelungos. En tercer lugar, en lo que se refiere a la cuestión de si estoy llamado a hablar o a guardar silencio, incluso un defensor judío de los nibelungos debería saber que tengo derecho—un derecho reconocido incluso

por los defensores arios de los nibelungos—a hablar. Que he asistido a alguna clase de cultura alemana es algo que la mayoría de los conocedores de la nueva literatura alemana debería saber.

Casi se podría creer que existe una clase de insolencia judía que aún puede ocultarse tras «intereses» germanos.

¡Ojalá los judíos se den cuenta de una vez por todas de que más les vale defender a Jehová que a los nibelungos!

III

Y si uno de ellos pone a Goethe por testigo, que lo haga documentándose. Aquí está lo que Goethe dijo acerca del *Cantar de los nibelungos*: «Los motivos son enteramente paganos. No hay rastro de una divinidad imperante. El culto cristiano carece de la más mínima influencia. Héroes y heroínas en realidad sólo acuden a la iglesia para iniciar allí sus reyertas. Y al hacerlo, son de la mayor brutalidad y crudeza».

El protector israelita de los nibelungos suprime estas palabras de Goethe o las desconoce.

Das Neue Tage-Buch (París)

18 de agosto de 1934

DIOS EN ALEMANIA

Desde aquellos días memorables en los que el mundano buscador de Dios del *Frankfurter Zeitung*, el señor Friedrich Sieburg, creyó haber encontrado al buen Dios en Francia, la relación de Alemania con Dios, como se sabe, ha cambiado de manera decisiva. Baldur von Schirach ha restaurado a Wotan, en cierto modo el subdios respecto al dios supremo. Una prueba de lo vivo que sigue estando el mundo de los dioses germanos. Hitler ha enviado al viejo Hindenburg, el fiel Eckart, al Valhalla. Schleicher, el malvado Loki—en otro tiempo colaborador del anteriormente mencionado Sieburg, cuando éste aún buscaba a Dios en Francia y un canciller del Reich en Alemania—, como no estaba coordinado, ha sido definitivamente descoordinado. El Dios cristiano, como se sabe, es a lo sumo un ciudadano de segunda categoría por sus relaciones de parentesco con el judaísmo. No tiene ni siquiera la ciudadanía inglesa o americana, por más que de vez en cuando el *Times* y el *New Yorker Herald* se interesen por Él. Pero como Dios es ubicuo, aunque invisible, no se le puede expulsar del Tercer Reich. Sin embargo, se puede suponer—en la medida en la que a un pobre hombre le está permitido conocer los caminos del Señor—que hace tiempo que ha abandonado a los dirigentes del Tercer Reich. Como la religión judía es la abuela de la cristiana, se persigue a sus sacerdotes y a sus hijos. Pero como hay que ganarse a los católicos del Sarre, últimamente se intenta, por así decirlo, ofrecer a Dios un concordato. Y es que el neopagano cree, como es natural, que es más fácil engañar al Padre Eterno que al Santo Padre. Sin embargo, en ocasiones se demuestra que las simples ovejas son más prudentes y desconfiadas que el pastor, que se mete a hacer negociaciones con el lobo. De modo que es cierto que a Dios en Alemania se le presta poca atención. Pero al Tercer Reich, a los ojos de los creyentes, aún menos.

Fue una torpe ingenuidad por parte de los filósofos del Tercer Reich prohibir a los librepensadores y a los masones y simultáneamente al Dios cristiano-judío. Poco habría faltado para que esos bárbaros estrechos de miras enviaran a Roma al tal Baldur von Schirach, como enviaron a Rosenberg, el diplomático de la fusta originario del Báltico, nada menos que a Londres. Esos bárbaros, que creyeron que un caballero de nombre Rosenberg podría impresionar a la aristocracia londinense, cuando como mucho se le habría admirado en Inglaterra como una rareza porque precisamente a ese nombre fuera asociado un credo político antisemita; esos bárbaros también habrían sido capaces de suponer que el tal Baldur podría firmar un concordato con Pacelli, y eso sencillamente por ser un enemigo de los librepensadores proletarios. Casi parece una casualidad que el tal Papen se haya marchado a Roma. Ha hecho falta mucho tiempo para que en Alemania se dieran cuenta de que no basta prohibir a los librepensadores y perseguir a los judíos para pasar por ser un Estado cristiano. Cuando el Papa ve una fotografía de Hitler, empieza —con razón— a preferir al librepensador. Y en lo que respecta al buen Dios, tras contemplar a Papen probablemente le resultan ya más simpáticos los ateos que los farsantes.

¡No! Ni los católicos de Austria, ni los católicos del Sarre van a creerse la conversión repentina de Hitler al cristianismo. Hasta los ancestros de Hitler, esos alemanes que dijeron que temían a Dios y fuera de eso a nada más en este mundo, han sufrido en definitiva una honda derrota. ¿Y qué va a ser de esas gentes del Tercer Reich que ya no temen a Dios, pero sí a todo en este mundo, incluso a los judíos?

El Tercer Reich sólo obtendrá una victoria. Y ésa ya la tiene: la victoria frente a los judíos. Es la victoria frente a los niños, los benditos, los condenados por Dios. Antes de que llegaran al poder, esos valientes paganos se mofaban de la «calle de dirección única a Jerusalén». Ahora, como han perdido el corredor polaco, Austria y—

pronto—el Sarre, sólo podrán vanagloriarse de un único éxito: el de la victoria sobre medio millón de judíos, el de la calle de dirección única a Jerusalén.

Es hora de que alguien como Sieburg escriba otro libro: *Dios en Palestina, Wotan en Alemania, Schleicher en Dios*.

Das Neue Tage-Buch (París)

8 de septiembre de 1934

EUROPA SÓLO ES POSIBLE SIN EL TERCER REICH

Sigue habiendo—incluso hoy día—un anhelo, una nostalgia de solidaridad europea, una solidaridad de la cultura europea. La solidaridad misma por desgracia ya no existe, a no ser en los corazones, en la conciencia, en las mentes de algunos grandes hombres en el seno de cada nación. La conciencia europea—me gustaría llamarla la «conciencia cultural de Europa»—empezó a atrofiarse en aquellos años en los que despertó el sentimiento nacional, la conciencia nacional. Se podría decir que el patriotismo ha asesinado a Europa. El patriotismo es particularismo. Un hombre que ama su «nación» o su «patria» por encima de todo, revoca la solidaridad europea. Amar significa valorar el objeto amado, más aún, sobrevalorarlo. Amar con los ojos abiertos, es decir, con capacidad crítica, es algo de lo que sólo son capaces algunos hombres, los elegidos. A la mayoría de las personas el amor las vuelve ciegas. La mayoría de las personas que aman su patria o su nación son unos pobres ciegos. No sólo no están en condiciones de ver los típicos errores de su nación y de su país, sino que incluso tienden a considerar esos errores como un modelo de virtudes humanas. Y a eso, con mucho orgullo, se le llama «conciencia nacional».

No obstante, la cultura europea es mucho más antigua que las naciones europeas. Grecia, Roma e Israel, la Cristiandad y el Renacimiento, la Revolución francesa y la Alemania del siglo XVIII, la música supranacional austríaca y la poesía eslava, todas esas fuerzas han moldeado la faz de Europa. Todas esas fuerzas han configurado la solidaridad europea, la conciencia cultural de Europa. Ninguna de esas fuerzas conoció las fronteras nacionales. Todas ellas son enemigas naturales del poder bárbaro, del llamado «orgullo nacional».

El estúpido amor por el «terruño» mata el amor a la tierra. El orgullo por haber nacido en un determinado país, en el seno de una nación determinada, destruye el sentimiento universal europeo. Se puede o amar a todos los pueblos en la misma medida o anteponer uno solo a todos los demás. Es decir, se puede ser europeo o un «patriota» ciego... Y la mayoría de los patriotas son ciegos, tienen que estar ciegos, como tienen que estarlo los enamorados. Si no estuvieran ciegos, no estarían enamorados.

Me invitan ustedes a decir si es posible salvar la cultura europea. ¡Sin duda alguna! ¡Incluso hoy día!

Teniendo en cuenta el peligro—nada desdeñable—de que sus lectores me tomen por un «utópico ajeno al mundo», me permito proponerles mi receta:

1. Se acuerda, se establece en un lugar reconocido por todos—aún hoy—que cualquier «orgullo nacional», cualquiera que sea, es un disparate y su invocación una muestra de mal gusto.

2. Se decreta en Ginebra, en la Sociedad de Naciones, que todos los hombres de todas las razas son iguales y se prohíbe a esa nación que no comparte esta opinión el ingreso en la Sociedad de Naciones.

3. Se prohíbe a la actual Alemania, al Tercer Reich por lo tanto, gozar de la misma dignidad de la que pueden vanagloriarse todas las naciones europeas. Porque, de todos los países y pueblos europeos, Alemania es el único que proclama su supuesto derecho a una misión especial. Se aísla a Alemania: entonces la solidaridad europea quedará restablecida. En la actualidad sólo hay un enemigo de la solidaridad europea. Ese enemigo es el «Tercer Reich». Ese enemigo es Alemania.

Ruego a los lectores que no me acusen demasiado rápido de «resentimiento» o de algún tipo de «odio». Sería mejor guardarse de esa falsa «objetividad» que al fin y al cabo lleva a abrir las puertas también a los asesinos, para que no echen en cara a sus víctimas que no han actuado con lealtad.

No siento ningún odio hacia Alemania, más bien desprecio. La alusión al pasado de Alemania me parece ridícula e infantil. Desde 1870 Alemania se diferencia de la vieja Alemania aún más que la moderna Grecia de la antigua. No se reconoce a un ministro griego de hoy por el hecho de ser un compatriota de Pericles. De modo que dejemos de una vez por todas de deducir del gran pasado alemán la esperanza en un gran futuro alemán. Más semejanza existe entre Venizelos y Aquiles que la que puedan tener Goebbels, Göring y Hitler aunque sólo sea con Hagen de Trónege. Es un error excesivo y peligroso conceder algún crédito a esa nación alemana de hoy a pesar de todas las barbaridades que comete, crédito al que su pasado al parecer le da derecho. Por conservar uno en los cementerios las tumbas de Lessing y de Schiller, no se es necesariamente el heredero de Lessing y de Schiller.

La acrópolis aún está en Atenas. Y a nadie se le ocurre afirmar que el Parlamento griego de hoy es heredero del ágora. ¿Por qué entonces conceder a la Alemania de hoy el crédito que hayan merecido sus antepasados, a los que ella hace tiempo ha negado, es más, suprimido?

¡Un pueblo cuyo Lessing actual es Goebbels tiene menos que ver con la antigua Alemania que los modernos helenos con Agamenón!

Existe una posibilidad, incluso hoy día, de restablecer la solidaridad europea, y consiste en excluir al «Tercer Reich» de la solidaridad europea.

No cabe ninguna solidaridad europea con Alemania, con el «Tercer Reich». Con él, Europa es un escándalo. Sin Alemania, Europa es una autoridad.

Die Wahrheit (Praga)
20 de diciembre de 1934

¿ANEXIÓN EN EL CINE?

En estos días se ha firmado un «convenio cinematográfico» entre el Tercer Reich y Austria. Este «convenio cinematográfico» no se puede calificar de otra manera más que como la «anexión» definitiva de la producción cinematográfica austríaca a la alemana.

Es de suponer que la Confederación de las Industrias Cinematográficas austríacas ha consumado su anexión a la Cámara de Cultura Cinematográfica del Reich alemán sin informar detalladamente al gobierno austríaco sobre cada uno de los puntos del pacto. Si no, lo más probable es que no se hubiera podido firmar.

Resulta difícil imaginar que el gobierno austríaco inaugurase—hace apenas dos semanas—un Instituto de Cultura austríaco en Roma bajo el protectorado de Mussolini y que al mismo tiempo apruebe un acuerdo cinematográfico entre Austria y Alemania que no sólo supone una especie de «anexión cultural», sino que causa sensibles daños a una «conciencia austríaca» obtenida con tanta sangre y esfuerzo.

Las negociaciones tuvieron lugar en Berlín, no en Viena. La delegación austríaca la presidió el señor Reich. A la Cámara del Cine del Reich la representaron el señor Scheuermann y el señor Corell. Esto entre paréntesis: porque la fonética de esos nombres tal vez hace pensar más bien en la vieja «guardia» que en las leyendas heroicas alemanas.

Lo más importante son las condiciones del convenio cinematográfico. En virtud de ellas, Austria puede exportar a Alemania por lo menos doce largometrajes al año de forma gratuita y libre de impuestos. Se asegura la importación de cortometrajes austríacos culturales, económicos y de otro tipo. Los actores austríacos pueden actuar libremente en Alemania, pero tienen que ser de ascendencia aria (evidentemente). Las producciones cinematográficas austríacas reciben «subvención íntegra» si se

ruedan en el territorio del Reich alemán. Por último—y ésta es la cláusula más importante—, los productores cinematográficos austríacos se comprometen a no subvencionar ninguna producción cuyo contenido y personal artístico pudiera ser considerado en Alemania tendencioso o de alguna manera ofensivo. Es fácil reconocer los motivos económicos de este convenio. El mayor consumidor de películas austríacas es Alemania. La producción cinematográfica austríaca necesita el mercado alemán. Hay tres mil trabajadores, técnicos y actores empleados en la industria cinematográfica austríaca. Austria no puede permitirse más parados.

Pero el miedo ante la idea de otros tres mil nuevos parados procedentes de la industria cinematográfica puede llevar a consecuencias políticas desastrosas para un país que tiene que luchar por su independencia con todos los medios a su alcance. Y si es necesario, incluso con los de la cinematografía.

Pero tras el acuerdo—se puede llamar ya «alianza»—que los austríacos han firmado con los productores de cine alemanes, ya no se puede rodar en Austria prácticamente ninguna película austríaca patriota que ataque, por ejemplo, a Prusia y al neopaganismo nacionalsocialista. Pues, ¿qué otra cosa significa el pacto por el que los productores cinematográficos austríacos se comprometen a no subvencionar ninguna producción cuyo «contenido y personal artístico pudiera ser considerado en Alemania tendencioso o de alguna manera ofensivo»?

Por lo tanto, en Austria, donde Dollfuss, el canciller federal asesinado, es venerado como un mártir, no se puede producir ninguna película en la que se narre su trágica muerte mostrando el trasfondo político, es decir, con la prueba—que ha aportado el propio gobierno austríaco—de que Dollfuss es una víctima del Tercer Reich.

En Austria ya no se puede realizar ninguna película sobre la emperatriz María Teresa, en la que Federico, el príncipe de Prusia aparezca, de acuerdo con la opinión de los austríacos, como el ladrón de Silesia.

De modo que, ateniendo al «mercado», la Confederación de las Industrias Cinematográficas austríacas actúa exactamente contra las tendencias del gobierno austríaco, aunque con su beneplácito.

En virtud de ese convenio cinematográfico, los alemanes se verán cada año inundados por docenas de películas de propaganda austríacas, que ciertamente no contravendrán desde el punto de vista formal las leyes de la censura austríaca, pero que describirán el Tercer Reich como un paraíso, al que ya es hora de que los pobres austríacos se anexionen a través de un plebiscito.

A la cabeza del Instituto austríaco para la Cultura Cinematográfica se encuentra el cardenal Innitzer, un enérgico adversario del nacionalsocialismo. ¿Ha actuado el señor Reich en su nombre? ¿No sabe el gobierno austríaco la importancia del medio propagandístico que deja que se le vaya de las manos permitiendo que la Cámara cinematográfica del Reich alemán dicte las leyes destinadas a regular la producción de películas austríacas?

Es posible que el señor Von Papen se haya inmiscuido en este asunto. No en vano es un «comisionado especial».

Das Neue Tage-Buch (París)
23 de febrero de 1935

EN LUGAR DE UN ARTÍCULO

Estimada redacción:

Me preguntan ustedes si, tras una pausa que les parece injustificadamente larga, no querría volver a publicar un artículo. Ya no estoy en condiciones de escribir artículos que, me temo, podrían revelar un grado de pesimismo que no es conveniente mostrar ante un público amplio, por mucho que esté preparado para escuchar la verdad. Para mí no existe—para emplear el término que se utiliza en nuestra profesión—ningún «tema» que me permita concluir un artículo con ese mínimo de optimismo que evidentemente se requiere para hacer una declaración en un periódico. Leo con gran admiración los artículos de actualidad de los escritores alemanes. Me inclino ante la nobleza de sentimientos que se expresa en resoluciones, telegramas de protesta, en la participación en congresos en los que se defienden los bienes de la humanidad, en panfletos que tratan de desenmascarar a los dirigentes y enemigos de Europa, en artículos, críticas y glosas en las que diariamente se manifiesta una fe admirable y llena de entusiasmo con respecto a ese célebre «resto de conciencia europea». Pues bien, yo no creo en ese «resto de conciencia europea». Como tampoco en la efectividad de esos modestos intentos de consuelo que consisten en echar una ojeada a la historia en busca de períodos sombríos del pasado y que desembocan en la advertencia, más o menos encubierta, aunque indudable, de que no hay que desesperar, porque anteayer las cosas eran más o menos como hoy. El recuerdo de una desgracia, pasada, sí, pero como se ve—en absoluto superada, no sirve para mitigar la que sufro en este momento...

Pero es que además dudo de que en todo el pasado europeo haya habido un período que se pudiera comparar con el nuestro. De todos los hombres oscuros y crueles que han quedado inmortalizados en la

cámara de los horrores de la historia de Europa, no veo uno solo que mostrara el rasgo característico de los tiranos contemporáneos, esto es, una absoluta falta de personalidad. ¡Si hasta su cobardía resulta insustancial! Su mentira no es sólo producto de su falta de imaginación: también en su deformidad hay algo insuperablemente pueril. El carácter psicótico de quienes hoy día no es que gobiernen, sino que pasman y aturden al mundo, no se define correctamente recurriendo a la esquizofrenia, a la ciclotimia, a la parálisis cerebral o a la paranoia. Parece que se trata más bien de un nuevo fenómeno psicótico, una especie de pubertad retardada, de inmadurez sexual esclerótica, de falta de hombría adulta e incluso sofocada por las equívocas señales externas de la virilidad (sobre todo, el cambio de voz). En otro tiempo, los horrores de este mundo tenían entidad, me parece a mí. El sanguinario era despiadado. El asesino estaba sediento de sangre. El infame era mendaz. El envenenador, astuto. El seductor, pérfido. Los términos crueldad, sed de sangre, mendacidad, astucia, perfidia eran lo que se dice ejemplares, modélicos, si es que se puede decir algo así de los vicios. Si los efectos de los tiranos actuales no fueran tan evidentes, casi estaría uno tentado a no creer del todo en su horrible naturaleza. Cuando uno ve a un adolescente manejando una ametralladora, tiende a pensar que se trata de un juguete de imitación muy logrado. A la vista del adolescente mental armado nos ocurre lo mismo.

En cualquier caso, mi juicio sobre los actuales gobernantes no debería impedirme creer en ese célebre resto de conciencia europea. Sólo que aquéllos sobre los que hoy día se ejerce la violencia me parecen tan impermeables a los consejos juiciosos como los tiranos. Han puesto sus esperanzas en quimeras, sus proyectos no pueden tener ningún objetivo, e incluso aquellos de entre ellos—y son muchos—que «por principio» no creen en los milagros, no viven más que gracias a una fe no confesada en algún milagro. ¡Jamás los elegidos para que sobre ellos se ejerza la violencia han complacido de tan buen grado a quienes la ejercen! ¡Jamás hubo una aglomeración tan grande de reses dispuestas a dirigirse al matadero! A buen recaudo, inencontrable, el «resto de la conciencia europea» probablemente descansa junto a los Siete Sabios de Europa.

¡Qué hervidero el de este mundo, una hora antes de su caída! Los ministros, los recaderos de Europa, corren desde una causa perdida a otra, ¡y de las ruinas surge una nueva desgracia! Todos los Estados mantienen entre sí «relaciones de amistad». Sus relaciones de amistad se limitan en general a que al escritor independiente le está prohibido decirle a un jefe de Estado que es un tratante de caballos. Además, basándose en el principio de la llamada «no injerencia», que dice que a Müller, el inquilino del primer piso, no le está permitido subir al segundo cuando allá arriba el inquilino Meier está matando a su hijo a golpes. Sólo queda un jefe de Estado en el mundo al que se pueda insultar: el Negus de Abisinia. Y sólo hay un Estado en cuyos asuntos está permitido inmiscuirse: Danzig. Y esa injerencia sólo le esté permitida a un vecino. Esto es, a Alemania. En un mundo en el que por el momento la moneda más estable es justo aquella que en realidad no existe, es decir, el marco del Reich alemán, de momento preferiría publicar artículos de actualidad tan sólo en una revista que no apareciera.

¡Una revista ideal! En ella podría calificar a un tratante de caballos de tratante de caballos. A un ministro, de altavoz. Al fracaso del proletariado, de fracaso. A las democracias, de pretextos para la falta de dictadores. A las dictaduras, de pretextos para la falta de juicio. A la Sociedad de Naciones, podría decirle que es una asamblea en la que el acontecimiento más significativo desde su fundación ha sido el suicidio inútil de un periodista judío. A la monarquía de los Habsburgo en Austria, el descalabro seguro de la ideología boruscia del Tercer Reich. A la política del concordato por parte del Vaticano, una desgracia. A la «otra Alemania», una especie de Fata Morgana hasta ahora desconocida, que sólo pueden ver los idealistas alemanes. Y por último, al soldado de la guerra mundial universalmente famoso, ¡un cabo!

Lo dicho. ¡Una revista ideal! Sin preocuparme por el sufrimiento de los lectores, podría recordarles a los «confiados a pesar de todo» que con sus manifestaciones de optimismo se olvidan demasiado a menudo de la única que les corresponde, que es, la de *Vae victis*! Para prever el futuro ya no es necesario tener talento para la profecía. El futuro se lee «de por sí» en los rostros de los políticos de

estación de tren a los que se fotografía cada día. Se manifiesta en los comunicados mendaces, que actúan de forma enigmática, de los estadistas que derrochan actividad, con los que no se puede crear ningún Estado y cuya misteriosa banalidad aún se enorgullece de haber reemplazado la presuntamente peligrosa diplomacia secreta. El futuro depende de los tratados, de los cuales cada uno es su propio desmentido y cuya ratificación ya casi parece la ruptura de un acuerdo. El futuro lo revelan los representantes de champán, que se convierten en embajadores ante las cortes de dinastías venerables y firman convenios marítimos con aquellas flotas a las que por naturaleza estaban destinados a venderles un suministro de Henkell Trocken. ¡Qué ilusiones las de las víctimas que creen haber escapado de los carniceros y las de aquellas otras que esperan a los matarifes convencidas de que van a rechazarlos! La cobardía se denomina prudencia. La huida, repliegue estratégico. La resignación se disfraza de virtud. El que es golpeado ya no grita, porque cree que mientras no lo haga no le pegarán. El humillado vuelve la espalda al que le humilla, para que le dé también ahí y no sólo en la cara. Acto seguido se da la vuelta y coge la mano que amistosamente se le ofrece metida en una bota prusiana, una mano que pisa como sólo pueden hacerlo los pies. Roma va en peregrinación al castillo de Wartburg y el báltico rey de Sajonia Widukindo Rosenberg anuncia la salvación. Sólo queda una hora para que se acabe el mundo. O dicho en latín: para la *pax germanica*, la hija del *furor teutonicus*. Allí donde se extiende, la hierba se tiñe de rojo.

Todo esto, o al menos la mayor parte, no podría desarrollarlo con más detalle en una revista que tenga un público. Por otro lado, sería inútil, pues no creo, como se ha dicho, que la palabra siga teniendo una fuerza inmediatamente «actual», ni siquiera allí donde no está sujeta a la censura estatal o a los escrúpulos de la redacción. A los Siete Sabios de Europa no les cuento nada nuevo. Para los otros setenta millones hablo en vano. ¿Qué son mis palabras frente a los cañones, los altavoces, los asesinos, los insensatos ministros, los diplomáticos indecisos, los estúpidos entrevistadores y periodistas que por el megáfono de Nuremberg escuchan las confusas voces de este mundo de Babel?

Si lo desean, publiquen esta carta como una carta realmente «abierta», en lugar de un artículo.

Con triste resignación, suyo

Joseph Roth
Das Neue Tage-Buch (París)
17 de octubre de 1936

LA LITERATURA ALEMANA DESTERRADA

I

Intencionadamente digo literatura alemana desterrada, y no literatura alemana de la emigración, porque el término literatura de la emigración tiene una connotación histórica propia. Si se habla de literatura de la emigración, se impone automáticamente un paralelismo entre la actual literatura alemana desterrada y la anterior literatura alemana de la emigración. Pero para ser riguroso, hay que decir que hoy día no nos enfrentamos tanto con una literatura de la emigración como con una literatura desterrada, puesto que los escritores alemanes que actualmente viven en la emigración no son en realidad emigrados, sino eso, desterrados.

Esa circunstancia explica en parte por qué no han cumplido su misión. Y es que la literatura alemana en la llamada emigración ha fracasado. Este hecho no puede borrarse de la faz de la tierra por la actitud optimista de los escritores alemanes desterrados, como tampoco por la tardía acusación formulada por el premio Nobel Thomas Mann contra el régimen, que en el fondo no es más que una noble y digna autoacusación. Que una persona noble pierda un tren, no justifica que llegue tarde. Pero esto sólo entre paréntesis.

Una larga serie de escritores, cuyo prestigio universal no se pone en duda, perseveró en su noble ceguera. Perseveraron en una confianza optimista y respetable en su influencia sobre los lectores que se habían quedado en Alemania... Sin tener en cuenta lo que ha ocurrido allí.

Pero no me propongo formular cargos, sino constatar hechos. Por un lado, está el factor material. Hay cinco o seis editoriales acomodadas y solventes que publican los libros de los desterrados. Son éstas: Querido y Allert de Lange, en Amsterdam; Oprecht, en Zúrich; Editions du Carrefour, en París; y, a lo sumo, otras dos editoriales prestigiosas en Praga. En Viena hace poco que Bermann-

Fischer, heredero del conocido editor Samuel Fischer de Berlín, ha fundado una nueva editorial.

Pero todas estas editoriales rara vez cubren gastos. Ya antes de Hitler, un escritor alemán no se las arreglaba sin cobrar anticipos. Sobre todo si era un «neófito», necesitaba al menos durante seis meses un medio de vida seguro antes de poder entregar un libro. Las experiencias que han tenido las editoriales extranjeras con la literatura alemana desterrada son—desde el punto de vista material—tan desalentadoras, que con toda razón no quieren ni pueden dar un solo anticipo más. Por eso en la práctica es de todo punto imposible que un nuevo talento alemán en la emigración pueda conseguir los medios materiales que le permitan dedicarse tranquilamente a la creación. Aunque esto hoy día es algo que resulta asimismo imposible para los autores viejos y reconocidos. Escritores como Mann, Döblin y otros de la misma categoría no reciben en la actualidad ningún anticipo. Los escritores cuyos libros alcanzaban en Alemania tiradas de cuarenta mil ejemplares, hoy las tienen como mucho de tres o cuatro mil.

Los diarios y revistas de la literatura desterrada, como el *Pariser Tageszeitung*, *Das Neue Tage-Buch*, *Die Weltbühne* y demás, no ofrecen al escritor ninguna posibilidad de asegurar su existencia material. Estos periódicos tienen bastante difusión, pero una capacidad de pago muy limitada. Su difusión guarda una proporción anormal con respecto a su base material.

Es cierto que los libros de los escritores conocidos se traducen a casi todas las lenguas cultas. Pero sólo América e Inglaterra pueden pagar, y también allí los libros han de «tener suerte». En Francia, en España, Italia, Polonia, Hungría y en los Estados de los Balcanes las traducciones de los libros, cuando no suponen un «éxito sensacional», no producen más que unos ingresos mínimos. A ello se añade el que entre la aparición del original en alemán y la publicación de la traducción transcurren por lo menos seis meses. Hasta que se saldan las cuentas de los ejemplares vendidos, incluso de un libro muy leído en América, el escritor se ha muerto de hambre. De modo que a más de uno habría que enviarle la liquidación al cementerio en el que yace enterrado. Hay una enorme

diferencia entre el eco de los escritores desterrados y su situación material. Se valora al autor, incluso a veces se lo sobrevalora, pero no se le paga.

II

Entre la literatura desterrada de hoy y la literatura de la emigración de épocas anteriores hay una diferencia fundamental. Los libros de los escritores que entonces tenían que vivir en el extranjero se publicaban, remuneraban, leían y difundían en la patria. Sólo el autor estaba desterrado, como persona. Sin embargo sus obras, incluso durante la más negra censura ejercida bajo Napoleón o Metternich, podían aparecer en la patria. En la Rusia soviética, en la Italia de Mussolini y en la Alemania de Hitler los escritores no sólo han sido desterrados físicamente, también lo han sido desde el punto de vista espiritual. Heine y Börne recibieron honorarios desde Alemania. Chateaubriand, Victor Hugo y George Sand, desde Francia. Sólo el siglo XX puede jactarse de haber creado la figura del escritor al que se le presta atención en todo el mundo, pero que para su patria está muerto. (La pequeña cantidad de libros que entran de contrabando en Alemania es en la práctica irrelevante.)

Desterrado de un área lingüística en la que—en teoría—podrían leer sus obras sesenta y cinco millones de personas, el escritor alemán se encuentra hoy día restringido al estrecho marco lingüístico formado por Austria, la Suiza alemana y Checoslovaquia. De ahí que sean tan pocos los lectores y aún menos los compradores que le quedan al escritor alemán, hasta en el caso de que se incluyan los no alemanes que leen alemán.

III

El entorno extraño en el que ha de vivir el escritor alemán, la precaria situación material que en el extranjero se nota aún más, el débil eco de que goza la palabra escrita, el aislamiento espiritual, las

dificultades triviales con las que se encuentra uno, como por ejemplo, el pasaporte que pierde validez y que no puede renovar, porque entre tanto ha perdido la ciudadanía... Todas estas circunstancias, es evidente que no favorecen la creación literaria. Cuando, a pesar de todo, el escritor alemán desterrado escribe un libro, en realidad se trata de una heroicidad a la que no se le da la debida importancia. Ese heroísmo explica también algunas negligencias e incluso algunos errores.

IV

¿Una mirada al futuro?

Ya se sabe que vaticinar desde el punto de vista político es difícil y peligroso. Pero es posible decir algo: todas esas expresiones como «alzar la bandera», «conservar la tradición», «no perder el valor», no son más que palabrería vana, frases hechas, vacías, que recuerdan a ciertos anuncios alemanes que se difunden ahora por todas partes, como ése que dice «¡Alemán, bebe cerveza alemana!», etcétera.

Hemos de reconocer que la única arma de que disponemos es la palabra. Se trata de un arma potente, un arma peligrosa, incluso mágica, pero no es ni punzante ni directa. Frente a los cañones de Krupp, los gases tóxicos de Leuna-Werke, los aviones de Göring, los campos de concentración, la policía secreta, la descortesía de los países en los que a los literatos alemanes se les ha concedido derecho de asilo, si bien considerándolos como extranjeros a los que tan sólo se tolera, frente a todo ello, no somos más que unos «pobres escritores».

Los escritores alemanes desterrados son forasteros, como lo fue Israel en Egipto. Por todas partes, hasta donde alcanza la vista, surgen nuevos faraones. Y sólo la fe en un milagro permite a los escritores proseguir su existencia desde el punto de vista físico y literario.

Pero se trata de una confianza justificada en un milagro. Porque al principio era la palabra, no la frase hecha.

Nasza Opinja (Lvov)
7 de marzo de 1937

DEL DIARIO DE UN ESCRITOR

*Lunes,
en el cuarto año del apocalipsis alemán*

Hoy han llegado los ejemplares justificativos de un nuevo libro, dos paquetes voluminosos envueltos en un papel resistente, bien atados. Los ejemplares son para los amigos. No abriré los paquetes. La mayoría de mis amigos escriben sus propios libros. Leen, así lo espero, tan sólo las obras de los autores definitivamente muertos que han sobrevivido hasta nuestros días. Es curioso, los ejemplares de regalo—algunos incluso con una dedicatoria—ocupan más espacio que las obras inmortales compradas o tomadas en préstamo a lo largo de una vida. Algunos de mis amigos tienen casa, mujer, hijos, biblioteca. Colocan los ejemplares dedicados en un estante. ¡Tal vez adoptarán también a mi nuevo libro! Aunque de mala gana, creo. De los ejemplares dedicados es difícil deshacerse. «¡Con sincera amistad!» «¡Con muchos saludos!» «Con el afecto de siempre.» La mayoría de las dedicatorias me recuerdan el dicho, no siempre cierto, que dice que «una corneja no le saca un ojo a otra». No abriré el paquete y no escribiré ninguna dedicatoria. Es mi decimotavo libro. De los otros diecisiete, quince han sido olvidados. En Alemania, también los olvidados han sido prohibidos. Fuera de Alemania, es difícil conseguirlos en una librería. Algunos locos cultos—generalmente personas sin recursos económicos—me dicen de vez en cuando que conocen éste o aquel libro olvidado.

Jueves

Hoy ha llegado la liquidación de la editorial correspondiente a mi decimoséptimo libro. En total se han vendido 3.450 ejemplares. El anticipo aún no ha quedado «cubierto». Debajo de la liquidación

pone «salvo error u omisión» y también «reclamación posible en el transcurso de las dos próximas semanas»... ¿Contra qué iba yo a protestar? Como mucho contra la observación «salvo error u omisión». Si de verdad ha habido algún error, seguro que no ha sido por mi culpa. Mi editor es un hombre de honor. En la carta adjunta escribe literalmente: «Es espantoso ver las liquidaciones. No se cubren los anticipos». He tenido ya siete editoriales. Ésta es la octava. Conozco ya por lo tanto a ocho hombres de honor. Demasiados para una vida de escritor tan corta. Y no soy el único autor. Los anticipos de mis colegas tampoco quedan cubiertos. Es un negocio singular, arriesgado, éste de editar libros. Se vive de las pérdidas. Debe de ser muy difícil, si pienso que yo ni siquiera soy capaz de vivir de los anticipos.

Viernes

Ayer fui injusto con los editores. Lo más probable es que en realidad sean los sustitutos de los mecenas. Tal vez tengan de hecho una pasión por la literatura aún mayor que la mía y al dedicarse a ella no obedezcan a esa «voz interior» a la que apelamos nosotros, los escritores. Los editores deberían apelar a ella, pues publican libros sin beneficios, incluso con pérdidas, según veo por mis liquidaciones. ¡Pobres locos! Editan libros alemanes en una época en la que la lengua alemana está menos difundida que el esperanto y el latín. Me refiero a la lengua alemana en la que—con todo—aún escribimos algunos de nosotros. Sin embargo la otra, la lengua en la que escriben y hablan los demás, está por desgracia muy extendida. Con el tiempo el cisma de la lengua alemana confundirá al mundo. Los franceses y los ingleses de hoy aún consideran que el alemán de Hitler es alemán, sobre todo porque también las víctimas de Hitler rara vez saben alemán. Pero la catástrofe de la nación hace mucho tiempo que se venía anunciando en el embrutecimiento de la lengua. Que a ti y a mí, buenos escritores alemanes, no nos entienda un alemán, a eso ya nos habíamos resignado. Pero es que ahora tampoco podemos contar con los extranjeros. Un inglés, un francés, un italiano que haya conversado una hora con Hitler, Ribbentrop o

Goebbels no estará jamás en condiciones de entender nuestro alemán. Le sonará a chino, como a nosotros el alemán del Tercer Reich. El alemán de Hitler es tan perfecto como el ruso de Stalin. El último dictador que dominaba su propia lengua fue Julio César. De Alejandro Magno no se ha conservado nada. Federico II no sabía ni alemán ni francés. Napoleón hablaba francés como un «advenedizo», a pesar de que se sabía a Corneille de memoria. ¿O era a Racine? Pero él había fundado su dominio por medio de batallas y no de una publicación literaria. De modo que «con hechos, no con palabras», como suele decir el Führer. Mussolini es un buen editorialista, de la vieja escuela de los «Avanti». Como escritor, es un Friedrich Stampfer italiano. Un discurso no es una obra. Los dictadores se ven en la obligación de hablar demasiado.

Domingo

Es un placer masoquista leer los periódicos, y hacerlo por cierto no todos los días, sino una vez a la semana, cada domingo, cuando el *weekend* está en su apogeo, uno de los factores políticos más importantes desde el inicio del Apocalipsis. Me inclino a creer que los pocos pensamientos y decisiones saludables que han comenzado a brotar en las mentes de los hombres de Estado democráticos justo en la tarde del viernes, empiezan a volatilizarse la tarde del sábado. Pero los tiranos no conocen el fin de semana. Dios creó el mundo en seis días, y al séptimo descansó. Los hombres de Estado pacíficos descansan el sexto y el séptimo. Durante cuarenta y ocho horas celebran el día del Señor. Extremen el precepto religioso y aventajan a Dios Nuestro Señor. Lo raro es que los dictadores no juegan al golf. El *šabbat* no está reservado al deporte, sino a las sorpresas. El golf tiene una considerable parte de culpa en la decadencia del mundo civilizado. Napoleón jugaba al ajedrez; el príncipe Eugenio, al dominó. Sobre el tan denostado «tapete verde» se tienen ocurrencias más provechosas que sobre las verdes praderas. Durante las Navidades de 1916 yo me encontraba en el frente. Nuestro jefe de división, el coronel, el comandante de la compañía,

se prepararon para el ansiado «respiro». Habían olvidado que nuestros adversarios, los rusos, no celebraban la Navidad hasta dos semanas después. Supieron aprovechar nuestros preparativos para la solemne pacificación y nos atacaron por sorpresa: a la luz de las velas y en plena devoción. Nos desquitamos, aunque, claro, dos semanas después y sin éxito, porque los rusos habían previsto la revancha. Los dictadores siempre retrasan sus Navidades un par de semanas. Pero los demócratas celebran siempre unas Navidades anticipadas, tienen domingos anticipados, y gracias a ese método se han apuntado hasta ahora éxitos importantes. En los campos de golf, por supuesto.

Miércoles

Me han comunicado de forma «confidencial», aunque no dudo en hacerlo público, que un escritor alemán mediocre que ha emigrado—no sé exactamente por qué—ha rechazado colaborar en una revista recién creada porque en ella trabajan también judíos. Se trata por tanto de un emigrante que vive según las leyes de Nuremberg. En Zúrich, ¿por qué no en Nuremberg? Hay muchos emigrantes que no han huido por tener una «abuela judía», sino precisamente porque tienen una abuela «aria», y que en la emigración reclaman un puesto de honor por la sola razón de que no son judíos. Van vendiendo a su abuela aria de casa en casa, donde el judío y donde el cristiano. Y tienen algún éxito, porque muchos emigrantes, nietos de abuelas judías, consideran la emigración de un antisemita como un acto de heroísmo y se sienten conmovidos hasta las lágrimas cuando ven ratones rubios.² No cabe duda de que ser judío es una «pega». Pero precisamente por eso, es una vulgaridad reivindicar incluso fuera del Tercer Reich los laureles que corresponden a la pobre abuela. ¡Desde la erradicación del analfabetismo hay tantos porteros que escriben en alemán...! Y encima a los porteros emigrados les publicarán editoriales judías puras. Un antisemita alemán que se queda en casa es una persona que merece respeto.

Pero uno que emigra y publica sus libros donde los judíos es un plebeyo. Tendría que vivir del dinero del bloqueo, no de honorarios.

Jueves

Es curioso que, a pesar de todos los apuros personales, le den a uno tanto trabajo los «otros» y lo «público». He recibido la cuenta—muy modesta—del miserable hotel en el que gozo de más crédito que de confort. Guardo la cuenta del hotel junto a la liquidación del editor. La comparación me induce a publicar una parte de este diario. Ya no estoy en condiciones de reflexionar sobre el «tema» de un «artículo». Arranco un par de páginas de mi diario y las envío como si se tratara de un mensaje en una botella...

Das Neue Tage-Buch (París)

4 de septiembre de 1937

En alemán, se dice que alguien ve ratones blancos cuando está delirando. Aquí Joseph Roth apunta que esos emigrantes judíos que consideran la emigración de un antisemita como un acto de heroísmo, deliran hasta el punto de ver ratones rubios. A su vez se burla de la demencia racial de los nacionalsocialistas, para los que todo había de ser rubio, no sólo Cristo y hasta la sangre, sino también los ratones. (*N. de la T.*)

LA EMIGRACIÓN

I

El inmerecido honor de participar en este libro, en el que sólo deberían tener derecho a colaborar mis ilustres camaradas, lo debo exclusivamente a la benevolencia del editor.

Siento que es un honor inmerecido porque no soy un emigrante desde el punto de vista político. Califico a mis camaradas de ilustres no tanto por sus méritos literarios, sino por la fatalidad que les ha convertido en emigrantes políticos. La desgracia se cebó la mayor parte de las veces tan sólo en los escogidos, y quien antes de que le sobreviniera la desgracia no era un escogido justamente por eso lo es.

Por eso digo que se me ha concedido un honor.

Recibir el derecho de asilo en la comunidad de los «sin techo» es, en el reino de las buenas costumbres en el que deseamos vivir, una distinción aún mayor que lo que de feliz coincidencia supone en el reino de la vida práctica obtener una nacionalidad y un pasaporte.

Yo, que todavía poseo una patria política, estoy orgulloso de poder hablar entre los apátridas.

II

He hecho esta observación previa, porque me siento obligado a hablar sobre la emigración alemana en un tono tal vez más sincero—por ser más objetivo—del que resultaría cómodo y posible para la mayoría de mis camaradas afectados políticamente y desde el punto de vista del derecho público, pues también ese mezquino trozo de papel, al que se denomina certificado de nacionalidad, partida de matrimonio, pasaporte o documento de identidad, ejerce en nuestra manera de pensar y en nuestra capacidad crítica una influencia

mucho mayor de lo que en general nos gustaría creer. La palabra, un sello—incluso tan profanada, profanada o negada con tan incompetente temeridad—, tiene de todos modos un poder mágico. El hecho de que en pleno *delirium tremens* de la demencia racista se les haya negado el derecho de residencia a la mayor parte de mis camaradas alemanes que se dedican a escribir, tuvo que llevarles a ellos, los servidores de la palabra, a considerar por fuerza la emigración de una manera tal vez no del todo justa. Para decirlo de un modo más claro: sería peligroso comparar la emigración alemana de hoy con otras del pasado e incluso contemporáneas. No se la puede comparar ni con la de la Rusia blanca, ni con la italiana, ni con la española. Como tampoco con la francesa o la alemana del pasado.

Heine y Börne no podían vivir en Alemania, pero sus escritos aparecieron en Alemania. Voltaire no podía vivir en Francia, pero sus obras se leían allí. Victor Hugo tampoco podía vivir en Francia, pero sus libros aparecían en Francia. Hay muchos ejemplos como éstos. No es necesario mencionarlos todos aquí. Hasta ahora—eso me parece—no se ha llamado la atención sobre el hecho de que esta emigración se diferencia de cualquier otra en que en este caso la literatura ha sido proscrita en su patria no sólo desde el punto de vista físico, sino también espiritual. Sí, también hay emigrantes—por primera vez desde que en la historia de la civilización se conoce el fenómeno de las emigraciones—que, sin haber visto su vida ni su integridad física amenazadas o habiendo sido en cierto modo respetados, se han quedado en el país y que, no obstante, son emigrantes.

Entre esos escritores alemanes a los que no se les puede aplicar la ley de la demencia racial, hay muchos que pueden quedarse en su patria, que no tienen que callarse y que sin embargo no son escuchados. Tal vez ésta sea una maldición aún mayor que la de la emigración física. De los escritores alemanes que han emigrado la mayoría son judíos o tienen sangre judía. No vacila uno en decirlo de antemano. Tal vez suponga una dicha mayor ser un escritor alemán de sangre judía y conocer la miseria corporal, aunque también la libertad física del exilio, que quedarse en un país en el que la lengua

está paralizada, el oído sordo, el ojo cegado y en el que hasta la pluma se niega a obedecer la voluntad de la mano que debe guiarla incluso tras esa ley.

Hasta hoy no ha habido nunca una emigración provocada por leyes raciales, sino tan sólo políticas. Por eso, al examinar esta emigración, tanto en quienes participan en ella como en quienes la rechazan surgen juicios y opiniones poco claros, más aún, desconcertantes.

Sería un error no reconocer que entre los muchos emigrantes alemanes que han abandonado Alemania por motivos denominados «raciales», hay algunos que en ningún caso habrían emigrado por motivos políticos, sino que, al contrario, habrían visto con buenos ojos e incluso habrían apoyado las concepciones políticas del régimen de Hitler.

Entre los emigrantes judíos se encuentran sin duda alguna innumerables personas que de no ser por la legislación racial se habrían convertido en bravos secuaces de las SA y de las SS. Para expresarlo de un modo paradójico y casi sacrílego, podría decirse que Dios ha preservado a los judíos del pecado y que por medio de la desdicha les ha concedido la dicha.

Sólo bajo este aspecto—me parece a mí—se puede examinar este nuevo tipo de emigración. Cualquier comparación histórica con emigraciones anteriores no está justificada y no lleva más que a la confusión.

III

Sólo tras estas consideraciones se puede examinar la emigración alemana desde un punto de vista humano.

Y es que un judío desterrado, aun cuando de no existir las leyes raciales se hubiera convertido en su patria en un asesino de las SA, sigue siendo un desterrado, y nosotros, que somos creyentes, debemos reconocer en ese desterrado la gracia de Dios, que le ha impedido convertirse en un asesino. No debemos juzgar sus intenciones ocultas, sino su suerte. Es pobre, es desdichado, no sólo merece ayuda, la reclama con razón.

IV

No nos engañemos acerca de tres hechos decisivos. En primer lugar, que la mayoría de los emigrantes alemanes son judíos. En segundo lugar, que en la mayor parte de los países impera un antisemitismo latente. En tercer lugar, que entre los reproches que se le hacen al Tercer Reich, el que denuncia su bestial antisemitismo es el que menos influencia puede tener.

Más bien se podría decir que, al contrario, el antisemitismo del Tercer Reich es uno de sus medios de propaganda más efectivos. Acierta de lleno en el instinto latente en cada plebeyo fuera del territorio del Tercer Reich, un instinto que le convierte en una bestia que, nacida para el odio, como no puede odiar lo autóctono, tan sólo porque se lo prohíbe la ley, se arroja con una violencia diez veces mayor contra aquel sujeto que está menos protegido por la ley o que no lo está en absoluto.

Toda la simpatía—y no nos engañemos, no es poca—que ha encontrado el Tercer Reich fuera de sus fronteras se explica por ese antisemitismo latente. De hecho, el Tercer Reich ha conseguido que toda la emigración se identifique con el judaísmo, y la hipótesis era acertada. De antemano se supone que todo emigrante es judío. Con ello se crea un punto de vista, si no injusto, sí equivocado, «incorrecto». A continuación trataremos de demostrar hasta qué punto es falso, equivocado e «incorrecto».

V

Aunque un ochenta, incluso un noventa por ciento de los emigrantes sean judíos, a pesar de todo no son característicos, de la misma manera que una mayoría numérica nunca es característica.

Si por el bien de Alemania se admite que Hitler no la representa, aunque ha recibido el ochenta o el noventa por ciento de sus votos,

tampoco se puede decir de la emigración que es judía porque esté constituida en un ochenta o noventa por ciento por judíos.

¡No olvidemos a los cristianos!

A los ojos de los paganos hitlerianos no sólo los judíos, también los cristianos son hijos de Israel. Y para cualquiera que comprenda claramente las cosas es obvio que el antisemitismo fue un pretexto y que en realidad se trata de un anticristianismo. En el Tercer Reich se ha comenzado por el boicot a los negocios judíos únicamente para proceder después al de las iglesias cristianas. Se ha escupido a la estrella de David para atacar la cruz. En este método había un sistema. Era la teoría de Alfred Rosenberg, el autor de *El mito del siglo XX*, que sabe—y también lo dice—que la estrella de David y la cruz de Cristo están emparentadas entre sí, jamás en cambio la cruz con la esvástica.

Hoy día es demasiado tarde para reprocharles a los cristianos alemanes que no se dieran cuenta a tiempo del peligro al que se expusieron mostrándose casi impasibles, en cualquier caso indiferentes, frente a la legislación racial contra los judíos. Quizás aquí por primera vez en la historia europea los judíos hayan arriesgado la piel por el cristianismo, y tal vez sea ésa la intención de la providencia, cuyo sentido y designios desconocemos. Quizá los judíos hayan de padecer aquí por primera vez una mínima parte del oprobio que se le infligió al Redentor, para que empiecen a reconocer lo grande que fue. Pero igualmente el hecho de asistir a la más mínima parte de su oprobio debería ser un indicio para los demás pueblos de que los Hitler y los Rosenberg están cometiendo un delito.

Las pintadas difamatorias que hace cuatro años se leían sólo en los templos judíos y en las sinagogas, aparecen hoy en los muros de las iglesias cristianas. Y así como—ya hace cuatro años—el nombre de Moisés se consideraba sinónimo de infamia, actualmente ocurre lo mismo con el de Jesucristo. ¡No! En realidad no se referían a la estrella de David, de la que en cualquier caso no había nada que temer. Se referían a la cruz, a la que se temía mucho más. No se puede por menos de hacer un reproche a la Iglesia católica, es decir, a los representantes políticos de la Iglesia católica, por no haber

reconocido a tiempo esa conexión. No supone atacar la autoridad de la Iglesia el hecho de indicarle uno de los muchos errores políticos que ha cometido en el transcurso de los siglos, sin que su esencia sufriera ningún daño; pues perdurará más tiempo que *El mito del siglo XX* de Rosenberg, del mismo modo que sobrevivió a la Inquisición española, de la que también ella fue enemiga. Eso hay que subrayarlo claramente.

VI

Hay que subrayarlo claramente, porque el antisemitismo pagano-alemán de hoy en día se compara muy a menudo con la Inquisición española.

Y como en general—cuando no se tiene un conocimiento exacto de las divergencias que surgieron entre España y Roma—se tiende a responsabilizar a Roma de la Inquisición, aun cuando ella misma se podría decir que fue una víctima de la Inquisición, existe el peligro de que también en la expulsión de los judíos por parte de los nuevos paganos no se vea más que el antisemitismo de los «cristianos» a secas. A lo que se niegan muchos judíos.

De todos modos, ni siquiera la Inquisición española, a la que también desafió Roma, se puede comparar con el antisemitismo de los alemanes de hoy, porque el antisemitismo de la Inquisición fue un malentendido religioso, metafísico, mientras que el de los bárbaros alemanes de la actualidad no es ningún malentendido metafísico, sino una consecuencia lógica de un racionalismo pagano. No se puede—aun cuando uno se avergüenza de ello—repetir lo bastante a menudo que los alemanes de hoy no odian a los judíos por haber crucificado a Jesucristo, sino porque fueron ellos quienes lo trajeron al mundo. Y si los judíos estuvieran dispuestos a complacer al autor de *El mito del siglo XX* y a probar una falsedad histórica, tratarían de ganar a sus ojos confesando que crucificaron a Cristo.

VII

La emigración alemana católica, aunque muy inferior en número a la judeo-alemana, me parece bastante más característica en su importancia. Porque tan sólo en el católico alcanza el neopagano el objetivo al que en un principio apuntó con su antisemitismo. Esa fe en la sangre por parte de los bárbaros, que es incapaz de entender el símbolo, ve en el sacrificio de la misa una progresión física del «semitismo», y la sangre del «judío» Jesucristo corre—en la imaginación de esos mentecatos—por las venas de quienes profesan la religión cristiana. Cuando Rosenberg empezó a boicotear a los pequeños comerciantes judíos, pensaba en el cristiano, como creyente y portador de la cruz. Y para los bárbaros, cuya ramplonería se alía fácilmente con la astucia táctica, estaba claro que tenían que poner los instintos antisemitas del ignorante al servicio de sus tendencias anticristianas. Si hasta el bárbaro no hubiera sentido un miedo tan justificado frente al poder que la cruz ejerce sobre los ignorantes, a Moisés Leibschütz de Schleisnitz lo habría crucificado antes que ponerlo en la picota o apalearlo.

Pero cuanto más claro tuvo que el ignorante no se daba cuenta de que en realidad contra lo que se iba era contra la cruz y no contra el tal Leibschütz, tanto más arrogante se volvió frente a la cruz.

De ahí viene el que hoy día en los muros de las iglesias se vean esas pintadas que en otro tiempo aparecían en los de las sinagogas. Sí, y que los bárbaros casi hayan olvidado las sinagogas frente a las iglesias y que los Siete Sabios de Sión resultaran a los ojos de los neopaganos menos peligrosos que el Santo Padre de Roma.

Empezaron escupiendo sobre el Muro de las Lamentaciones de Jerusalén, pero pensaban en la Iglesia de San Pedro, con la que han firmado un falaz «concordato».

Por eso afirmo que los emigrantes católicos son más característicos de la emigración que los judíos.

Los Rosenberg no temen los congresos mundiales del sionismo, ni a los Siete Sabios de Sión, ni el destruido Templo de Jerusalén. Temen lo indestructible: el Evangelio.

VIII

El protestantismo alemán ha experimentado con el inicio del Tercer Reich su mayor sorpresa. También se sorprendió el mundo, que nunca pensó que un poder político podría combatir en Alemania al protestantismo. El antisemitismo era una tradición natural. La lucha contra la Iglesia católica casi lo era también. ¿A quién se le podría haber ocurrido que el nacionalsocialismo atacaría también al luteranismo? Cuando Hitler llegó al poder y su libro *Mi lucha* fue elogiado por todas las lenguas adictas al régimen, la comparación entre Hitler y Lutero fue algo habitual. No examinaremos aquí la verdad intrínseca de esa comparación. Al autor de estas líneas le parece de hecho que el neopaganismo de Hitler está relacionado con las tesis de Wittenberg y que sin ellas sería impensable. Pero a la vista de las persecuciones de la Iglesia protestante enmudecen las convicciones personales del autor de estas líneas. Y también han enmudecido en el Tercer Reich aquellos que comparaban a Hitler con Lutero.

Los judíos estaban preparados para un ataque. Los católicos alemanes podían haber imaginado que serían perseguidos por el Tercer Reich. (Fue así desde Bismarck.) Pero, ¿los protestantes?

La persecución de la Iglesia protestante en Alemania es una originalidad del Tercer Reich, al igual que las leyes raciales contra los judíos.

Los protestantes al principio callaron. Por primera vez, desde que existe un nuevo Reich alemán, se persigue a los protestantes. Desde hace trescientos años los protestantes alemanes no tienen por así decir ninguna tradición en ser perseguidos. Se deben de haber acostumbrado a ello muy deprisa.

Y se han acostumbrado a ello muy deprisa. Sus reacciones fueron incluso más violentas y más rápidas que las de los católicos. Estas circunstancias tienen bases muy reales.

El sacerdote católico depende directamente de Roma. Y Roma está lejos. La jerarquía eclesiástica de la Iglesia católica es complicada. Lleva su tiempo hasta que un vicario recibe una orden de su obispo,

el obispo del arzobispo, el arzobispo del cardenal, y es natural que así sea. El Vaticano es un Estado soberano. Los clérigos protestantes gozan en cambio de una mayor libertad de movimientos desde el punto de vista político. Podían reaccionar de modo más rápido. Han reaccionado.

Ése fue uno de los primeros errores de cálculo de la política neopagana. Los rosenberguianos creyeron que tras firmar un simulacro de concordato con el Vaticano sería muy fácil acabar con la idea de Cristo y que los protestantes no eran más que «medio cristianos».

Pero mira por dónde, ¡se han equivocado!

Los protestantes son cristianos del todo y, como se ha demostrado, están imbuidos de una pasión que alcanza los límites del martirio. Sí, y aún hay más: la relación entre protestantismo y catolicismo en Alemania nunca fue tan intensa como ahora. Y nunca tan firme la convicción de que la fe en una misma cruz y en el mismo Redentor es más importante que cualquier reminiscencia de las luchas religiosas del pasado. Ese espíritu que siempre quiere el mal y siempre hace el bien ha desencadenado aquí su furia de una manera sorprendente. Por primera vez en la historia alemana desde la revolución existe una auténtica solidaridad entre protestantes y católicos.

Muy pocos protestantes emigran fuera de Alemania. En la naturaleza de su religión no está el emigrar, sino precisamente quedarse y protestar. Tienen asegurada la muerte en este mundo. Con su sangre fecundan los campos de Alemania, de los que en los próximos años surgirán nuevos sembrados cristianos.

IX

Junto a los judíos, los elementos llamados «revolucionarios»—socialistas, comunistas y anarquistas—constituyen la mayor parte de la emigración. Los «ilegales», huidos más allá de las fronteras, sufren por primera vez el destino de sus padres espirituales. Permitidos en Alemania, saturados por así decir de legalidad, ya casi

estaban dispuestos, no a renunciar a sus ideas, pero sí a perder aquel «ímpetu» que es parte esencial de cualquier idea revolucionaria. Considerado desde el punto de vista histórico, el Tercer Reich tal vez haya destruido los conceptos transmitidos por la metodología revolucionaria, aunque ha potenciado enormemente el ímpetu de los individuos revolucionarios. En muchos socialistas y comunistas ha vuelto a despertar aquella disposición anarquista que en otro tiempo inspiró a los revolucionarios sociales rusos que con sus bombas abrieron el camino al terror individual condenado por Marx y Lenin, el bolchevismo. Pues, no nos engañemos, ni *El capital* de Marx, ni la doctrina socialista, ni su interpretación leninista prepararon la revolución en Rusia, sino precisamente las acciones particulares de esos terroristas a los que Lenin y después Stalin condenaron aún más que en su día el zar.

Si las cosas hubieran sido como pensaban Marx y Lenin, la revolución mundial se habría producido como muy tarde dos años después de la bolchevique. ¿Por qué no se produjo? ¿Por qué no se cumplió ni siquiera la «profecía» de Lenin según la cual la revolución triunfaría en España después de hacerlo en Rusia?

¡El caso es el contrario! En España triunfará la reacción fascista, si no la salvan la gracia de Dios y la de Inglaterra por medio de una monarquía.

Tampoco en los demás países, excepto en Rusia, ha habido terroristas ni revolucionarios sociales. Decisivo, decisivo desde el punto de vista histórico, lo es siempre el individuo, la herramienta designada por Dios. La estúpida interpretación literal de la doctrina marxista ha destruido de raíz el ímpetu revolucionario que en estado primitivo existe en cualquier individuo. Esa idea abstrusa y abstracta que prohíbe lo rebelde en el individuo, otorgándole en cambio legitimidad únicamente en el marco de lo colectivo, no sólo no ha traído consigo ese «progreso» que es la religión de los marxistas, sino que, al contrario, ha generado el fascismo y el nacionalsocialismo. No se despoja impunemente al individuo de su derecho fundamental a rebelarse.

Son numerosos los indicios que permiten entrever que muchos han abjurado de la doctrina socialista y comunista. Tal vez se pueda decir

que se está formando una nueva Internacional, la cuarta, la socialrevolucionaria, cuyos miembros proceden de todos los ámbitos, tanto del religioso como del irreligioso, y que no dependen ni de Moscú ni del llamado trotskismo.

X

No es fácil hablar de los emigrantes llamados «burgueses» que—burgueses o no—han abandonado Alemania por motivos económicos. Por lo que respecta a los judíos, para ellos podría valer esa frase que dice que Dios vive muy arriba y uno sólo se acuerda de Él cuando le va realmente mal. Esos emigrantes son los que en el fondo desvirtúan la nobleza implícita en este término. No tendría ningún sentido hablar sobre ellos, si no fuera por el hecho de que tienen hijos, hermanos y primos que viven de ellos. La mayor parte de los pequeñoburgueses judíos dedicados al comercio se habría quedado en Alemania de no haber sido, claro está, por el boicot impuesto a los judíos. Muchos de ellos incluso han regresado allí. Los banqueros judíos que antes del inicio del Tercer Reich no sólo consideraron el nacionalsocialismo como «en absoluto tan malo», sino que incluso trataron de ganar puntos ante los futuros gobernantes mediante aportaciones de dinero directas e indirectas, tampoco han dejado de pensar hoy día en el regreso a Alemania. ¿Qué esperanza los induce a creer en esa vuelta? ¡Qué trágica y equivocada manera de pensar! Sí, imenudo trastorno mental! ¡Ellos son así! En Alemania el negocio iba bien. En el extranjero va peor o menos bien. Y de ese modo, de una manera curiosa, el sentido de los negocios se mezcla con el patriotismo. Y el espíritu mercantil se convierte en nostalgia por la patria.

Cualquier emigración tiene aspectos repulsivos. Pero más repulsivos que estos negociantes alemanes no los ha habido nunca hasta ahora. A pesar de toda la nostalgia que sienten por la patria, compran pasaportes cubanos, la nacionalidad peruana, y cuando ya se disponen a defraudar al fisco en su nueva patria, lloran lágrimas

alemanas sobre los nuevos pasaportes y los documentos de identidad.

Son la hez de la emigración. Nadan—evidentemente—guardando la ropa, y como prometen traer dinero resultan menos incómodos para los países de acogida que los proletarios, los científicos, los artistas y los escritores. Consiguen sentirse tan a gusto en su nostalgia de la patria como en sus restaurantes. Y si hubiera alguna posibilidad de que las autoridades aplicaran al permiso de residencia las normas de higiene y de buenas costumbres que deseamos, sería oportuno exigir su expulsión.

Con todo, los rusos aún eran acomodados o adinerados cuando emigraron. Los alemanes eran pobres cuando se inició el Tercer Reich. No tenían oro, ni joyas, ni propiedades en el extranjero, como los emigrantes rusos. Cientos de miles de alemanes que querían emigrar, no hubieran podido comprar ni siquiera un billete para llegar hasta la frontera. Por lo tanto, la justicia impone añadir en la cuenta a los cientos de miles de emigrantes que se han quedado en Alemania. ¿Cómo viven? ¿Qué leen? ¿Cómo piensan? No se sabe. No puede uno imaginar el estado en el que se encuentra una persona que ha emigrado y que al mismo tiempo se ha quedado en el país.

Se dice que algunos alemanes del sur—en especial bávaros o renanos—han puesto sus esperanzas en la única tierra alemana que sigue siendo libre, esto es, Austria. Confían en la independencia permanente de esa nación.

Manuscrito (¿fragmento?) de 1937
Leo Baeck Institute (Nueva York)

EL MITO DEL ALMA ALEMANA

I

Los desconcertados intelectuales de Occidente se han refugiado en el mito del «alma alemana». Han huido del espectáculo perturbador que les ofrece la historia alemana. Pero aún más perturbador que el aspecto que presenta esa historia resulta la huida de sus testigos.

Existen, como todo el mundo sabe, algunos lugares muy concretos, bien conocidos de los geógrafos, en los que hasta la aguja imantada pierde por así decir el rumbo. A pesar de eso, la brújula no se considera un instrumento disparatado, pues no hay nada en este mundo que esté al margen de la ley, que sea puramente inesperado. ¿Qué se habría dicho de los investigadores y exploradores si, estupefactos ante el presunto fallo de la aguja imantada, no hubieran intentado averiguar las causas naturales de ese fallo? ¿Y si les hubiera dado la locura de pensar que la brújula se había vuelto «inexplicablemente mística»?

No hay nada de místico en el hecho de que, en determinados lugares, la aguja imantada se desvíe. Y no hay nada de místico en que en determinados ámbitos nacionales el intelecto se encuentre desorientado. Lo dicho, es un cómodo subterfugio afirmar que se trata de una irregularidad antinatural. Este subterfugio es peligroso, como toda huida. Pero resulta aún más peligroso porque da pábulo a una leyenda, la de que es materialmente imposible comprender un problema, y a ese estado de ánimo en el que se dice «aquí-no-hay-nada-que-hacer», con el que uno se enfrenta precisamente a lo «insondable».

Existe ya—sobre todo en Francia, tierra clásica de la razón, que siente un amor desgraciado por el delirio y que en cada jirón de niebla alemán ha creído aprehender la verdadera noche de Walpurgis—la malhadada leyenda del «alma germana». No hay un trastorno mental más difícil de corregir que el esnobismo espiritual

colectivo. El «alma germana» se ha definido en última instancia como algo indefinible, ¡y punto! Los hechos históricos importan tan poco como los que ocurren cada día, cada hora, actualmente. Se ha acostumbrado uno a observar las vergonzosas escenas teatrales que de vez en cuando se representan en Alemania a través de unos anteojos como los que se suelen llevar para asistir a una ópera de Wagner. Incluso el diplomático y el periodista occidentales viajan a Alemania con una disposición de ánimo parecida a la de un espectador de teatro que se sube a un taxi para ir a ver *El anillo del nibelungo*. Ese esnobismo cómodo en extremo, es más, indolente, se alimenta de la mitología. Los políticos, diplomáticos y periodistas occidentales ejercen la filología germánica, no la política. Y de hecho no pocos entre ellos son en realidad germanistas de profesión. En el fondo están dispuestos de todo corazón a interpretar las *Edda*, mientras se les paga para que observen y expliquen la actualidad. En efecto, tienen la habilidad de ver en un vulgar portero que se ha convertido en funcionario de la Gestapo y que es capaz de matar por dinero, un Fasolt, un Fafnir o sabe Dios qué. En un empaquelador fracasado por ejemplo a Sigfrido. En un literato miserable, en cuya mano la pluma que empuñaba se resistió con tal fuerza que él se vio forzado a dedicarse al indefenso altavoz, a ser posible a Loki, el genio maléfico y traidor. Ven en los honrados carteros, a los que se obliga a prestar el «servicio de trabajo», verdaderos nibelungos. A Crimilda, en la hija necia de cualquier vendedor de *delicatessen* que tiene que hacer profundas genuflexiones en las Juventudes Hitlerianas. Y en cuanto resuena la radio alemana, les parece escuchar las trompetas de Richard Wagner. La idea—así mismo tergiversada o al menos incorrecta—de la «pulsión fáustica» del «hombre alemán», aún en boga hace unos años, va siendo relegada cada vez más a un segundo plano en favor de esa otra, la del «nórdico», al que de acuerdo con los tiempos se caracteriza por supuesto con la palabra «dinámica». Resulta asombroso que a las camisas pardas de las SA no se les llame sin más pieles de oso.

Esa manera de observar el mundo alemán la conocen muy bien los alemanes que hoy día se encuentran en el gobierno, y saben aprovecharla. Dentro y fuera, lo cual resulta significativamente más

peligroso. Organizan una escenografía wagneriana, y así de la vulgar política práctica hacen una ópera del agrado de los extranjeros. Complacen las exigencias románticas de esos necios observadores venidos de países extranjeros, a los que lo que más les gustaría es contemplar una ejecución bárbara, sencilla, grosera de un trabajador o a una mujer «decapitada» preferiblemente desde el punto de vista del espectador de teatro. Porque es más cómodo y es propio de la naturaleza humana el considerar lo que resulta demasiado atroz como si fuera un juego. O se cierran los ojos o se pone uno delante unos prismáticos de teatro. Prefiere uno interpretar a ver, mirar y observar. En la historia alemana y en especial en la historia de la literatura—hay puntos de apoyo suficientes para una interpretación y una concepción poética de la atroz realidad alemana. (También el arte puede tener consecuencias inhumanas.)

No en vano Hitler adora las óperas de Wagner o pretende adorarlas. No creo que aprecie su valor musical. Adora su simbología—una simbología falsa, dicho sea de paso—y su carácter de cartel político.

Tal vez no adore a Wagner. Tal vez sólo dependa de ese genial alta-voz tanto como de ese deficiente al que ha nombrado su Wagner propagandístico.

II

No cabe duda de que gran parte de la indiferencia que muestra el mundo frente a los alarmantes síntomas alemanes se puede atribuir al esnobismo wagneriano de Europa. El asesinato es visto bajo una luz de bengala. La sangre que, roja, mana de la herida, recibe, como quien dice, un tono violeta que la distancia del observador, y tanto la víctima como el asesino parece como si sólo estuvieran esperando a que baje el telón para entre bastidores desmaquillarse amistosamente el uno al otro el dolor, la herida y el cuello. Los alemanes siempre tuvieron el don de matar con acompañamiento musical. Pero por eso hace tiempo que no son unos «bárbaros nórdicos». Bajo Federico el Grande se ejecutó la tristemente célebre

carrera de baquetas de tal forma que las filas de soldados que propinaban la paliza, y entre las cuales tenía que correr el delincuente, cantaban ruidosas canciones al ritmo de sus golpes, para ellos mismos, los verdugos, no escuchar el griterío de sus víctimas. Esta clase de barbarie tiene tan poco que ver con la crueldad nórdica como con la astucia nórdica. No procede en absoluto de las *Edda*, sino del reglamento del servicio prusiano. Y el «efecto» que fluye de la decoración arquitectónica de Nuremberg sobre los extranjeros invitados a la celebración del Día del Partido en la ciudad tiene tan poco que ver con Hans Sachs—me refiero al auténtico, no al de *Los maestros cantores de Nuremberg*—como la Kurfürstendamm de Berlín con Wotan o como Baldur von Schirach, al que han invitado a París a dar una serie de conferencias sobre Goethe, con el Baldur de la mitología, con Goethe y con París. Sí, el terror político que Hitler ejerce sobre sus colegas europeos se funda en el error romántico del mundo, inconsciente o subconsciente, de creer que el señor Gustav Schulze de Magdeburgo, que se alimenta de copos de avena cuando le duele el estómago y de pasta de hígado cuando se encuentra bien, es cuando menos un caballero y un compañero de armas de los vikingos. Sí, hasta el «sucedáneo» de uniforme que le obligan a ponerse a Schulze parece una armadura de metal a la luz de las antorchas. Y el pobre periodista, que no ha leído ni las *Edda* ni el *Cantar de los nibelungos*, ni la *Gudrun*, pero que sin embargo conoce todos los cuentos de viejas acerca del «alma germana», llega a Alemania indiscutiblemente preparado para descubrir la antigua aliteración alto-alemana en el alemán de papel maché que hablan y escriben los dirigentes alemanes. Un resplandor teatral grotesco, que los hombres toman por la «realidad alemana», oculta la verdadera realidad alemana. Esto es, la «quiebra». Hasta tal punto, que se ha empezado a confundir la metáfora judeo-alemana del «buitre de la quiebra» con el famoso cuervo de Wotan. El peligro consiste en que los banqueros judíos de Londres concedan más crédito al cuervo de Wotan que al «buitre de la quiebra» del tristemente célebre Schacht, que no en vano lleva un nombre de pila nórdico, el de Hjalmar...

La mascarada wagneriana es, como se ve, perfecta: las imposturas de «Baldur» y «Hjalmar» son características. (No son nombres de pila.) La simbología prusiana es tan mediocre como grande la credulidad romántica de los europeos occidentales. El espíritu mecanizado, el uniforme prusiano de dril, se ha engalanado con la simbología germánica. Y a eso que se ha dado en llamar el «mundo europeo», hablando, no en nórdico, sino con propiedad, lo ha «engañado».

Das Neue Tage-Buch (París)
12 de marzo de 1938

MISA DE DIFUNTOS

Ha fallecido un mundo, y el que sobrevive ni siquiera concede al muerto una ceremonia funeraria digna. A Austria no se le ofrece ni una misa ni un *kaddish*. El Vaticano debería hacer que sonaran todas las campanas, pero el sínodo es impotente y además cada día se convierte más y más en un gueto. El mundo civilizado europeo tendría que organizar por así decir un entierro de primera clase, en el sentido más estricto de la palabra, un «entierro de Estado». Pero parece un paralítico que tuviera que velar al muerto sentado en su silla de ruedas junto al catafalco. La bota prusiana pisotea la cosecha más antigua de Europa. A la torre de la catedral de San Esteban, que hace un par de siglos se libró de la Media Luna, pronto se le asignará la cruz gamada como símbolo de la falsedad. Bajo el suave cielo entre cuyas bóvedas y nubes flotan casi al alcance de la mano las melodías de Beethoven, Mozart y Bruckner, se escucha desde ahora el estruendo de los pájaros de acero de Alemania, los buitres carroñeros de Prusia, y sobre la Cripta de los Capuchinos ondea la vieja enemiga negra, blanca y roja. Hasta hoy parece que «Europa» únicamente ha entendido que un pequeño país ha sido sojuzgado por uno mayor. «Europa» apenas se da cuenta de que todo un gran mundo, concentrado—y por tanto de una energía potencial diez veces mayor—en un pequeño espacio y en un puñado de hombres, ha sido sencillamente aplastado por un coloso vacío, aunque impetuoso. Un país por un nopáis. Un Estado por un no-Estado. El hombre por un no-hombre. Un refugio para la cultura sin techo por una mierda subida a un carro de combate. El bullicio por la disciplina. El buen humor por lo desabrido. La alegría de vivir por un masoquismo suicida. A ese país no le sobrevino el diluvio, sino la cloaca.

Esa «Europa» se ha dejado cortar de forma descuidada, casi voluntaria, un pedazo de vital importancia de su propia carne. ¿Qué

digo? Un órgano vital de sus entrañas. Sin sentirlo. Narcotizada como está desde hace unos años por la mirada de basilisco del dictador. Un año, un siglo de éstos, cuando despierte de la anestesia, experimentará un dolor que no podrá mitigar y la incapacidad de caminar erguida, de mantenerse en pie. Las campanas de Notre Dâme y las de Westminster—iy las de San Pedro también, Eminencia!—suenan de un modo distinto si las de San Esteban tocan el himno de Horst Wessel o si enmudecen. Y el Canal de la Mancha y el Rin ya no son fronteras si los vecinos del Spree pescan en el Danubio.

No se puede escuchar a Corneille ni a Shakespeare cuando se mete a Grillparzer bajo tierra, y no puede uno ya reír con Molière cuando Nestroy es recitado por los de Königsberg. Incluso si Grillparzer, Nestroy, Beethoven, Mozart o Schubert fueran desconocidos en el mundo—y algunos de ellos lo eran—, el que se ha dado en llamar «mundo civilizado», esa «Europa», seguiría existiendo gracias a ellos, pero sin ellos no puede existir, sin Austria ya no existe. Porque el «milagro austríaco» consistió en que no fue la patria material, sino espiritual del genio. Ha despreciado siempre la parte corporal del genio, pero ha recogido, conservado, multiplicado por diez y difundido el resplandor del genio. Fue el único Estado con innumerables contrastes y las mínimas tensiones. Sus contradicciones sólo se manifestaban como divergencias, y el mundo, que no comprende el Barroco—el Barroco en el que está vivo el gusto por la contradicción, una humorada y no una disensión—, ese mundo, que se ha vuelto simple, un trapecio, que ha dejado de ser una esfera, un mundo de dos dimensiones, transparente como un vaso de agua, vio un odio trágico allí donde sólo había motivos para una discusión. En la antigua Austria a un americano desprevenido que visitara pongamos por ejemplo Ischl se le podría haber contado que el socialdemócrata Friedrich Adler era el emperador Francisco José o cuando menos Lueger, el alcalde cristianodemócrata. Se podía confundir fácilmente al ministro Bilinski de Galitzia con Masaryk y al judío Mendel Singer de Moravia con el

croata Korovec. Aún ahora, incluso en la nueva Austria, no se ha agotado esa disposición latente, ese entusiasmo barroco, productivo, autoirónico, hábil, por la mezcolanza, por la «deglución», a renovar por tanto esa tolerancia física que se puede aprehender con las manos, en lugar de la mortal esterilización a través de la procreación en consanguinidad de los «autóctonos» que se han vuelto políticamente activos en los últimos años y que en parte adolecen de una excrecencia determinada geográficamente y rara vez visible. Seiscientos años de Habsburgo no podían ser borrados por la estupidez de los dogmáticos de la izquierda ni por los imbéciles alpinos de la derecha. Ahora por fin lo han sido. Lo ha hecho uno de Braunau. Ha contaminado Austria con el espíritu de Linz. Por lo tanto, está perdida.

El mundo europeo, el mundo civilizado... Es difícil no poner esos dos términos entre comillas, pero presentárselos al lector como quien dice encadenados y con esposas significaría aumentar aún más irreflexivamente la tragedia que proyecta su sombra sobre esos dos términos. El mundo civilizado pronto se convencerá de que no se puede renunciar a una patria del pensamiento europeo sin perder la segunda, la tercera y la cuarta. Se acabó el bullicio en París desde que la bota prusiana desfila por Viena. La *Marsellesa* no tiene ya ningún eco sin la marsellesa de los generales, es decir, sin la *Marcha Radetzky*. La seriedad londinense ha adquirido un matiz de mala conciencia. Y desde que en la plaza de San Esteban se entona la canción de Horst Wessel, el *God save the King* ha perdido esa mágica fuerza de evocación de la que viven los himnos.

A Prusia se le ha entregado un mundo. ¿Un mundo? El mundo se ha puesto en manos de Prusia. A las duras y a las maduras. Mucho más a las duras. No sólo han perdido a Beethoven, a Mozart, a Schubert, a Brahms, sino también el último país al que aún huían las grandes sombras de Alemania, sin pasaporte: los Goethe, los Kant, los Schiller y todos los testigos de la grandeza alemana maltratados en los campos de concentración espirituales. El mundo negocia entretanto con Ribbentrop. *Quos Deus perdere vult...*

Das Neue Tage-Buch (París)

19 de marzo de 1938

EL ORADOR APOCALÍPTICO

La propaganda del Tercer Reich: un peligro universal

I

A los alemanes se les ha reservado—gracias a un designio inescrutable de Dios—el derecho a introducir el elemento diabólico en la política, y ello precisamente a través de aquel entre sus ministros que, marcado por el destino y por el infierno en sus ademanes, en su semblante y su defecto físico, no sólo dispone de altavoz, sino que es también la personificación de un altavoz. La voz de la verdad es discreta, la de la mentira ruidosa. Tan poco segura de sí está la mentira, que tiene que gritar con vehemencia. Como si quisiera sonar más fuerte que ella misma.

Si es cierto que Dios da entendimiento a aquellos a los que concede un cargo público, entonces el diablo presta a aquellos a los que nombra sus ministros el poder sobrenatural para negar y deformar la verdad con éxito. La negación y adulteración de la verdad es más peligrosa que la simple mentira, porque esta última destruye, pero a aquélla sólo con esfuerzo la puede enmendar un desmentido. La adulteración de la verdad se consigue en el período más corto de tiempo recurriendo a la exageración o a la simple negación de la realidad. Ése es el secreto, el método de Goebbels, ministro de la Propaganda. Aquí—reconozcámoslo abiertamente—lo diabólico raya en lo genial.

El Tercer Reich fue el primer Estado que implantó un «Ministerio de la Propaganda», como si el país al que gobierna fuera una fábrica de jabones. Si el mundo hubiera sido más crítico y menos benevolente con respecto a los bandidos legalizados, tendría que haber desconfiado por el mero hecho de que un Estado hiciera propaganda, y por nada más. Hoy en día, como el mundo ha prestado oído y crédito al súper ministro de la Propaganda de todos

los tiempos, con lo que su oído ha quedado aturdido y su confianza burlada, también él se ve en la necesidad de hacer propaganda. Pero como hasta cierto punto ama la verdad y aún no ha firmado ningún pacto con el demonio, sólo alcanzará la maestría del ministro de la Propaganda alemán por medios decentes. La verdad requiere propagación, pero no «propaganda». Por lo demás—sea dicho entre paréntesis—, resulta significativo que el Tercer Reich, afectado por esa manía de la depuración lingüística, no haya encontrado aún una expresión adecuada con la que sustituir el término extranjero de «propaganda». Y ésa debería haber sido la primera tarea de Goebbels... La traducción adecuada podría haber sido la siguiente: «Ministerio para la adulteración y la calumnia». Pero al demonio, ya se sabe, no le gusta la transparencia. A nosotros sí, y por lo tanto vamos a intentar analizar los métodos de Goebbels.

II

La propaganda del ministro Goebbels comprende: 1) el interior del país; 2) el extranjero.

En lo que respecta a la propaganda en el interior del país, imperan los siguientes principios:

- a) disimulo, encubrimiento;
- b) negación;
- c) enardecimiento, exaltación;
- d) falseamiento, exageración.

La propaganda destinada al extranjero no se basa únicamente en los cuatro principios que rigen la del interior del país, sino también en los siguientes:

- e) intimidación, o mejor dicho, soborno material o inmaterial de los observadores extranjeros;
- f) adulación, o mejor dicho, intimidación;
- g) influencias imperceptibles.

Es evidente que estos métodos son groseros, aunque eficaces. Desde que existen los estafadores matrimoniales, han utilizado frente a las mujeres—en especial frente a aquellas que se

encuentran en edad más madura—los mismos métodos: el encubrimiento, la negación, el enardecimiento, la exageración, la adulación, la intimidación y la influencia encubierta. Éstas son las habilidades del Ministerio alemán de la Propaganda.

Las consecuencias de la propaganda de Goebbels en Austria son evidentes. No me parece demasiado atrevido afirmar que Goebbels tiene tanta culpa como Hitler del trágico destino de Austria. Quiero recordarles que el convenio de julio de 1936 se inició en primer lugar con una llamada «paz de prensa» entre Austria y Alemania. Hay en ello un método, Goebbels siempre recurre a la misma canción. Primero, a la prensa del país con el que se está en negociaciones o al que se quiere conquistar se le pone una especie de bozal de cortesía. Quiero recordarles que Hitler, en muchas cuestiones un alumno aventajado de su siervo Goebbels, exigió del gobierno inglés y del francés que censuraran la prensa en favor de Alemania. Éste es el primer proyectil de la propaganda de Goebbels. Con él acostumbra a abrir la ofensiva.

A los corresponsales extranjeros que le resultan incómodos los amenaza con la expulsión. Es uno de sus recursos más infames. Sabe de sobra que la existencia privada del periodista depende con frecuencia de su labor en un país determinado y que en el llamado interés de las llamadas buenas relaciones entre los Estados la redacción del diario extranjero procurará enviar a Berlín a otro corresponsal que sea más del agrado de Goebbels. Otro de los métodos de este ministro de la Propaganda verdaderamente «infamoso» consiste en enviar a los periódicos correspondencia, textos y fotografías gratis o a un precio irrisorio. Y ya se sabe lo mucho que se puede mentir con las fotografías, las llamadas pruebas «documentales». Como es sabido, se pueden «retocar». Así, por ejemplo, hace algunos días se pudo ver en un diario de París una fotografía del general Gamelin, que más bien parecía una caricatura, y junto a ella una foto de generales alemanes que desplegaban todo su pavoroso esplendor incluso sobre el texto de las cuatro columnas del periódico. No es de extrañar. Las agencias fotográficas de todos los países mantienen entre sí relaciones de intercambio, y en tanto la prensa mundial no boicotee a las agencias

fotográficas de Goebbels seguirán apareciendo en los periódicos extranjeros ilustraciones que proporcionan una imagen falsa, pseudo-documental de los hechos y de las personas.

Acabamos de experimentarlo de manera estremecedora. La caída de Austria se inició con la llamada «paz de la prensa». Los periódicos austríacos no podían decir la verdad sobre Alemania. Pero los periódicos alemanes, que difundían mentiras sobre la situación en Austria, sí que se leían en Austria. Algunos rotativos importantes no quisieron «perderse el negocio alemán» y por lo tanto no se atrevieron a informar de toda la verdad. Si quiere uno conocer la verdad sobre Alemania tiene que recurrir a aquellos diarios que—igrotesca situación!—están prohibidos en Alemania. Y escribir la verdad—aunque sea *post festum*, si puede uno expresarse en este caso de una manera cínica—sólo pueden hacerlo aquellos corresponsales que han sido expulsados por Goebbels...

Con el tiempo este hombre, el más pequeño de los literatos con el más grande de los altavoces, no sólo transformará los periódicos de su patria en órganos de encubrimiento, sino también los de otros muchos países.

III

Sobre los medios de propaganda más burdos de Goebbels, el cine y la radio, no hace falta entrar en detalles.

Más importantes, por ser desconocidas para una gran parte de la opinión pública, son las llamadas «relaciones de intercambio cultural». Cuando a un analfabeto fanático como Baldur von Schirach lo invitan a ir a París para pronunciar nada menos que una conferencia sobre Goethe, se trata también de una flecha salida del carcaj de la propaganda del pequeño Goebbels. Ideará igualmente unas «semanas de la música alemana» en París y en Londres. Trasladará Bayreuth al Bois de Boulogne y a Hyde Park. Con los cuadros es más fácil. El Führer, él mismo pintor, los ha prohibido...

Con todo, ¡el doctor Goebbels no es tan severo! Los judíos pueden producir películas germanas, editar libros germanos. *Non olet!*

No nos engañemos, Goebbels es tan peligroso como Hitler. Goebbels es el heraldo radiofónico de Hitler. Digamos que en lo que dice se le adelanta. (Ninguno de los dos sabe montar a caballo...)

¿He dicho antes *non olet*? Sí, me refería al dinero judío. No a Goebbels...

Pariser Tageszeitung
20-21 de marzo de 1938

CARTA A UN GOBERNADOR

Señor mío:

Me entero de que ha sido usted nombrado gobernador de Austria y supongo que tramita las llamadas «operaciones en curso», lo que significa acelerar la liquidación de todos los cargos públicos austríacos anteriores, para el 10 de abril poder entregar el país en el que no ha nacido, pero al que debería servir, porque voluntariamente se responsabilizó usted de él, a su Führer, el señor Adolf Hitler, depurado de cualquier tradición austríaca. Espero que, como yo, se muestre usted interesado en una liquidación sustancial, o para decirlo en su idioma, «íntegra y totalitaria», incluso de las cuestiones más humildes que forman parte del legado de un difunto, más aún tratándose de uno al que es probable que haya dado muerte usted mismo. Mi caso figura entre las cuestiones más humildes de todas las que forman parte del legado austríaco, y le pido disculpas, señor gobernador, si exijo demasiado de su escrupulosidad y si tal vez le molesto en la misión verdaderamente trascendental que está usted ahora a punto de cumplir.

Como antiguo soldado austríaco y combatiente, considero incompatible con mi conciencia figurar en las listas del ejército prusiano y, por lo tanto, me siento en la obligación de renunciar a mi grado. Si usted, señor gobernador, fue soldado y estuvo en la guerra, de lo que sin embargo me permito dudar, entonces comprenderá mi aversión ante la idea de una eventual pertenencia al ejército enemigo que invadió mi país, incluso si mi pertenencia se debiera únicamente a un error o a un ligero descuido. Como luché durante dos años y tres meses en el campo de batalla defendiendo Austria, por supuesto como consecuencia de un error histórico fatal del que no soy responsable, del lado de los alemanes del Reich, o para decirlo de nuevo en su idioma, hombro con hombro con ellos,

sobre los que hace unos años se montó su Führer, en la actualidad me siento doble o triplemente obligado a declinar cualquier solidaridad con las hordas irreprochablemente disciplinadas, ya que el ser incluido en sus listas sería algo más que una desgracia, esto es, una vergüenza, y el no ser aceptado en ellas significaría algo más que una suerte, esto es, un honor. Lamento profundamente, señor gobernador, que no pueda usted participar de él, aunque aprovecho la ocasión para declinar una vergüenza, aun cuando no se trate más que de la más remota de las posibilidades.

Sin duda alguna le resultaría fácil contestarme que con gusto renuncia usted a un viejo teniente del ejército imperial y real como yo. ¿Qué no le resultaría fácil, cuando no sólo ha renunciado usted a su país, sino que incluso lo ha vendido para obtener el plato de lentejas que representa el gobierno de una provincia? No obstante, siempre existe la posibilidad de que su Führer y su ejército, libres de todos los rocambolescos escrúpulos que puedan abrigar contra mí, en la hora de la gran aventura a la que velozmente se aproximan ustedes, pudieran añadir una gran medalla de plata al valor y una cruz de oro al mérito en la banda de la medalla al valor militar por los méritos sobradamente demostrados en mi calidad de soldado. Pues bien, jamás he hablado de mis condecoraciones, señor gobernador, lo hago por primera vez en este momento en el que por su falta de grandeza humana me induce usted a decirle que mis cualidades como soldado en la hora de la aventura que prepara su Führer no servirán a su provincia austríaca, como tampoco a la recién inventada y artificial «gran Alemania», sino a sus enemigos. Me propongo servir a Francia, que se propone atacarlo a usted, y creo poder esperar que muchos de mis viejos camaradas estarán conmigo y no con usted. Quiero evitar que por casualidad un gobernador austríaco como usted me conceda alguna condecoración, y le ruego tome nota de que ya no soy un soldado austríaco.

Joseph Roth, antiguo teniente
del ejército imperial y real³
Das Neue Tage-Buch (París)

26 de marzo de 1938

Esta carta dirigida a Seyss-Inquart resulta tanto más curiosa y divertida por cuanto Joseph Roth jamás llegó a poseer el grado de teniente. A la observación de su amigo Morgenstern sobre lo que le podría ocurrir si la Gestapo lo averiguaba, Roth contestó: «Eso lo tengo aprendido del doctor Goebbels; si la mentira es descarada y cien por cien falsa, es creída» (Soma Morgenstern, *Huida y fin de Joseph Roth*, Pre-Textos, Valencia, 2000, página 261). El autor se mantuvo hasta la muerte en la ficción de ser un oficial austríaco. (*N. de la T.*)

NO VALE LA TINTA

Por sí solo, el «caso» del que aquí se hablará no vale la tinta que cuesta este artículo, porque se trata de aquel «mediocre escritor austríaco» del que hace unos meses escribí en el *Neue Tage-Buch* que había rechazado cualquier colaboración en la revista fundada por Thomas Mann debido a que en ella publican judíos. A pesar de que no mencioné su nombre, el aludido pareció sentirse hasta tal punto aludido que él mismo declaró ser aquél al que yo reprendía, y pidió que tanto el *Neue Tage-Buch* como el señor Thomas Mann y yo mismo nos retractáramos: que se trataba de una calumnia. A pesar de que rara vez una aclaración se pareció tanto a una autodenuncia, se dio satisfacción a aquel escritor. En el *Neue Tage-Buch* escribí que se le había calumniado en mi presencia.

Pero ahora resulta que él, que se había expatriado del Tercer Reich y que durante su dudosa emigración, como ocurre siempre, supo apreciar a los editores judíos, se ha trasladado desde Zúrich cruzando la frontera alemana para participar en el llamado plebiscito.

Sería demasiado mezquino y también demasiado triste que me alegrara por mi instintiva previsión en un caso como éste. La dificultad del momento exige por sí sola una crítica implacable no sólo con el banal escritor, sino también con los lectores igualmente banales que, cautivados por cualquier cabeza rubia verdaderamente aria que parezca compartir con ellos el destino del fugitivo o que lo pretenda, ajenos y alejados de la agricultura, no son capaces de distinguir el trigo rubio de la paja rubia. El hecho de que un ciclista⁴ literario tenga los ojos azules les parece una garantía, y valoran más a un ave de paso que gorjea que a un judío que canta.

Podría uno conformarse pensando que las minorías tienen su propio esnobismo. Pierden la mitad de su capacidad crítica frente a cualquier miembro de la mayoría enemiga que eventualmente

prefiera acercarse a ellos y que, como dice un refrán, intente «bailar en dos bodas con un solo trasero». En su obstinación echan mano incluso de la cuenta bancaria, nada más que para agradar al fiel ojo azul, y el crédito que por lo general tanto les cuesta conceder, se lo dan con ambas manos, e incluso con cuatro, a aquel que en su mediocridad artística se muere por ser mantenido con una dote.

¡La minoría es desoladora y la mayoría lastimosa! Y mi necesidad de denunciarlas aún mayor. De modo que no vamos a seguir transigiendo y tan sólo de pasada anotaré el nombre de ese escritor que se ha reconocido a sí mismo bajo el calificativo de «mediocre» casi con la misma rapidez con la que se ha apresurado a acudir al plebiscito. Se llama Ernst Glaeser. Decía que no se había coordinado. Ahora en su patria lo ha hecho sin disimulo.

Das Neue Tage-Buch (París)

14 de mayo de 1938

El autor alude a un dicho que aparece más adelante (véase «El enemigo de todos los pueblos») y según el cual siempre que sucede algo malo son los ciclistas y los judíos los que tienen la culpa. Casi todo el mundo pregunta extrañado: ¿Y por qué los ciclistas? (*N. de la T.*)

ACERCA DE ALGUNOS VEREDICTOS DEMASIADO ABSURDOS

El autor de estas líneas es un legitimista austríaco. Hace especial hincapié en subrayarlo para poder afirmar con rigurosa franqueza que se propone manifestar lo siguiente *sine ira et studio*. Al hacerlo obedece a una suerte de deber histórico testimonial. La impresión, que podría compartir buen número de nuestros contemporáneos, de que el legitimismo austríaco no tiene ya ningún futuro, en absoluto justifica una actitud indiferente, y menos aún la condena del mismo y de sus representantes. A continuación se verá hasta qué punto se le hace una injusticia, cuando aún podría ser útil. Y así mismo, que no se le achacan los graves errores que en verdad cometió, sino precisamente las faltas imperdonables de ese «gobierno autoritario» de Austria contra el que siempre ha luchado, rara vez de manera pública y casi siempre encubierta—a menudo por motivos tácticos.

La mezquina tendencia de nuestra época a poner etiquetas ha generado sin duda la confusión o mejor dicho equiparación entre poderes políticos que en Austria no sólo son distintos, sino incluso divergentes. Reunidos bajo el sello de «reaccionarios» se encontraban la Heimwehr, Starhemberg, Dollfuss, Schuschnigg, los grupos de asalto de la Marca Oriental, los nacionalistas alemanes (o nacionalsocialistas) y los Habsburgo. El primitivismo de aquellos a los que les bastaba el término «reaccionario» para definir o incluso explicar todos los fenómenos austríacos citados, respondía evidentemente a la burda improvisación del «Estado corporativo cristiano» y a la obstinada hipocresía con la que tan efímeros carpinteros de una engañosa constitución *ad-hoc* invocaron el *quadragésimo anno*. En realidad, el «Estado corporativo cristiano» austríaco estaba casi tan alejado de la Encíclica del Papa como el becerro de oro de los diez mandamientos. Ni la muerte atroz, casi antigua, con la que Dollfuss ha pagado el pogromo de los

trabajadores llevado a cabo por Fey y Starhemberg; ni el lamento humilde con el que el canciller Schuschnigg expía su culpa, elevándose como quien dice a una verdadera dignidad; como tampoco el espantoso final de Fey, pueden disculpar la ligereza con la que, por un afán de hacer concesiones, el patriotismo austríaco fue vinculado al orgullo nacional de los alemanes. Es decir que, contraviniendo la ley de Dios, el buey y el burro han sido uncidos al mismo yugo. En este caos improvisado y autoengañoso, a los mentecatos fanáticos de las etiquetas, con su acostumbrada falta de discernimiento, les resultó muy fácil pasar por alto matices, diferencias e incluso antagonismos. En fin, el objetivo del autor no es emprender rehabilitaciones inútiles, ni disculpar más o menos a las distintas criaturas de un engendro estatal. De la misma forma se podría intentar hacer creer a alguien que el cardenal de Viena es cristiano. Pero nos parece más útil, en interés de la verdad histórica, constatar de manera muy clara que el legitimismo austríaco ha estado en oposición, en ocasiones abierta y siempre oculta, al Estado corporativo, a muchos de sus pilares y a sus formaciones paramilitares. En el último año, es decir, hoy hace aproximadamente un año, aquellas personas que en Austria por razones emocionales o de convicción política, por resentimiento o costumbre, estaban en contra de los Habsburgo y de la monarquía, por motivos racionales no podían por menos que preferir la monarquía al látigo de piel de hipopótamo de Hitler. El legitimismo austríaco en los dos últimos años no era ya en modo alguno un movimiento de «aristócratas arruinados» o de «oficiales escleróticos». El capitán Oswald, en otro tiempo ayudante del emperador Carlos, apreciado por los trabajadores vieneses y recibido con gritos de júbilo en cada asamblea legitimista a pesar de su aspecto feudal, contaba en Viena con más de ochenta mil partidarios. Entre ellos, no pocos «ilegales», que sólo podían decir abiertamente que eran ilegales y socialdemócratas en las asambleas legitimistas. A partir de un grupo relativamente reducido de viejos y fieles servidores de los Habsburgo se creó, apenas un mes después del asesinato de Dollfuss, el «Anillo de Hierro», la organización central del legitimismo, la organización más fuerte, por ser la más libre. El «Frente Patriótico», una

formación reciente y relativamente perniciosa, se formó a partir de fermentos dispares. Sus emblemas no sólo eran abstractos, sino incluso inventados: abstracciones inventadas. Y aunque el presidente del «Anillo de Hierro» se llame Hohenberg; el vicepresidente, Richlin-Waldegg; el presidente de la «Liga imperial de los austríacos» sea el capitán general Dankl; el vicepresidente, Su Excelencia el señor Wiesner; el presidente de los soldados legitimistas, Schönburg, en el para nada feudal «Frente Patriótico» los compatriotas austríacos, los «estudiantes libres», los «legitimistas judíos», los «médicos y abogados legitimistas» se encontraban tan poco en su casa como en el «Estado corporativo cristiano». No es de extrañar. Puestos a elegir entre el cetro y el látigo de piel de hipopótamo, como es natural, escogieron el cetro. Un enérgico exabrupto que, poco antes de los preliminares de Berchtesgaden para los funerales de Austria, escuchó el autor de estas líneas en una asamblea legitimista de boca de un hombre del pueblo vienés, podría ilustrar mejor nuestra argumentación. El orador hablaba de la vecina Alemania, gobernada por plebeyos. Aludió claramente a los plebeyos de Austria. Y un honrado «hombre del pueblo» exclamó: «No necesito que me gobierne un portero. Para portero, yo mismo.»

No dede seguir ignorándose por más tiempo que el canciller Schuschnigg, digno de lástima desde el punto de vista humano, pero al que políticamente no se le puede disculpar, era el persistente obstáculo en el camino de Austria hacia la monarquía. Los católicos dispuestos a negociar, los «constructores de puentes», como se les llama en los círculos legitimistas, eran los enemigos de Otto, y no sus promotores, como quieren creer los fanáticos de las etiquetas. Si el «iHeil Hitler» del cardenal de Viena ha sorprendido, es que Austria nunca le conoció de verdad. Quien en la adhesión de ese engendro estatal, el más anticristiano de todos, a la bandera roja, blanca y roja, no haya percibido la hostilidad hacia la única verdadera en Austria, la negro-amarilla, y al mismo tiempo la adhesión semivergonzante al «pangermanismo», es que no conoce esa Austria bastante más restringida desde el punto de vista espiritual que geográfico. La Austria de los de Braunau, de los de Linz y de las

excrecencias alpinas, resumiendo, de los autóctonos. Esa adhesión inoportuna de los gobernantes austríacos al «segundo Estado alemán» se proponía, entre otras cosas, sepultar la Austria de los Habsburgo bajo las enormes y ultramodernas ruinas recién erigidas del hermano alemán. Después de que el pobre canciller asegurara al mundo entero durante tanto tiempo y con tanta insistencia que Austria era el «segundo Estado alemán»—lo que subrayaba con obstinación no era el hecho de que fuera el «segundo», sino que fuera «alemán»—, después de haberse defendido frente a Otto de Habsburgo con todas sus fuerzas—fuerzas que los legitimistas por desgracia sobrevaloraron tanto como él mismo—, fue víctima, como era lógico e inevitable, del destino alemán, del segundo destino alemán. También después de Berchtesgaden siguió despreciando los serios consejos de los legitimistas. Y no precisamente a la ligera. ¡No! Sino de manera consciente, lo que aún es peor. Ese «Estado corporativo cristiano», junto con su padrino Innitzer, en ningún caso fue el aliado «reaccionario» de los Habsburgo, sino su enemigo. El sano instinto del pueblo no sólo habló en contra de la cruz gamada, sino también de la bandera roja, blanca y roja de los falsos cristianos; antes bien, para ser muy prudente y no caer en la sospecha de la idea preconcebida, a favor de la corona.

La adhesión del legitimismo austríaco al pueblo y a los trabajadores fue, desde el asesinato de Dollfuss, inequívoca. Y clara, demostrable desde el punto de vista documental, su oposición a la hipocresía del grotesco Estado provisional, un Estado sangriento y ajeno al pueblo. De todos los Estados que, desmembrados del antiguo Imperio austro-húngaro, se defendieron de los Habsburgo, tan sólo hay uno que de verdad combatió a esta casa: el «Estado corporativo cristiano».

Más que Stojadinovitsch, Horthy y Beck, y sin lugar a dudas más que Horthy, lucharon Schuschnigg e Innitzer contra la corona. Como por desgracia el canciller ahora sufre por fin un verdadero «destino alemán», de momento y hasta su liberación ahorrémosle otros reproches.

9 de julio de 1938

LA CÉDULA DE ANTEPASADOS EN LA CELDA DE INCOMUNICACIÓN

El director del Servicio de Salud Pública ha anunciado que los enfermos mentales judíos van a ser internados en manicomios independientes. Esos psiquiátricos serán administrados por judíos bajo control ario. El doctor Conti informa con tal motivo que los enfermos mentales judíos en Berlín constituyen el diez por ciento, a pesar de que sólo un tres por ciento de la población berlinesa es judía.

Ignoro si también antes de Hitler había en Berlín tan sólo un tres por ciento de judíos. En cualquier caso, los enfermos mentales judíos no pudieron huir y es probable que en relación con los judíos en otro tiempo establecidos en Berlín no hayan representado un porcentaje llamativo. Pero es muy probable que tras la toma del poder por parte de Hitler—así como poco antes—muchos judíos hayan sido arrastrados sin más a la locura. Comparado con el alcance y la crueldad de las triquiñuelas nacionalsocialistas, de sus disposiciones y su manera de llevarlas a cabo, del sadismo regulado por ley y espontáneamente desatado de la raza nórdica, la cifra de judíos enajenados en Alemania resulta incluso muy reducida. No es necesario hablar de compararla con la cantidad y el grado de peligro público que en Alemania suponen otros dementes. Otros que no han sido internados.

¡O sí! ¡Sí que es necesario! El empinado camino que el carácter alemán se propone asaltar en su entusiasmo furioso lleva de una cima del desvarío a la siguiente, aún más alta, y cuando parece que ya se ha alcanzado la última, resulta que se trataba tan sólo de la penúltima. Hasta ahora ningún furibundo guerrero nórdico ha alcanzado jamás semejante récord, y no digamos los endebles sucesores de Amok. Éstos, dentro de los rabiosos, no son más que unos calzonazos que carecen de método. Cualquier energúmeno con

categoría del Tercer Reich rabia por un proyecto sistemático basado en estadísticas, por varios proyectos, de los que no se sabe con exactitud si proceden de esa «concepción del mundo» o si tan siquiera abocan a alguna. Cuando en Alemania los ciegos arios puros empezaron a asegurar que ya no soportaban la vista de sus compañeros de desgracia judíos, se podía haber esperado tal vez una protesta por parte de los perros pastores alemanes decididos a no guiar ya a un solo judío. Pero nada más. Entonces aparece—imira por dónde!—una ley que, en lugar de ser fruto de una larga deliberación por parte de los expertos, parece haberse adelantado más bien a una resolución de la liga de enfermos mentales arios puros. O a una solicitud de los pobres enajenados al hombre de la providencia panalemana para que les libre de la insoportable proximidad de los compañeros de habitación y vecinos de celda semitas. ¡Dicho y hecho! En enero ese diez por ciento de enfermos mentales judíos será trasladado a manicomios judíos puros. Por su parte, los médicos y celadores judíos encargados de vigilar a los enfermos semitas se encuentran expuestos al peligro de que pronto, de una manera lenta o «brusca», las instancias arias de control superior los vuelvan locos.

Probablemente cabe esperar nuevos decretos de aplicación más precisa en lo que respecta a las particulares formas en las que los paranoicos, los maníacos cíclicos, los esquizofrénicos o los paralíticos cerebrales deberán probar su identidad aria, y acerca de cómo habrá que actuar en casos excepcionales. Pues podría ser que, por ejemplo, uno de los numerosos enfermos que padecen delirios de grandeza, que imaginan ser el rey Salomón o incluso el Redentor, se niegue en redondo a colaborar en la evacuación de sus compañeros de raza adoptivos. Y al contrario, que algunos judíos puros que se dan a sí mismos el tratamiento de Gauleiter o de Gauleiter supremo, reclamen el derecho a examinar el árbol genealógico de sus compañeros de destino. En otros casos podría ocurrir que la teoría de la «terapia de choque», tenazmente defendida por muchos psiquiatras, se revelara eficaz en algunas curaciones repentinas. Los arios restablecidos tendrían que acudir a un campo de trabajo y reclamarían los regalos que no se les dieron en Navidad y

excursiones para recobrar «las fuerzas a través de la alegría».⁵ En cuanto a los judíos restablecidos apenas cabrían en los campos de concentración. Todo esto puede tener consecuencias incalculables, en las que el doctor Conti, a pesar de su meticulosidad alemana, tal vez no ha pensado en absoluto. ¿Cómo hay que actuar por ejemplo frente a los paralíticos cerebrales que deben su dolencia a una vergüenza de la raza? ¿Y cómo frente a los paranoicos que se ven desesperadamente amenazados por la «Liga de Muchachas Alemanas»? ¿Qué hay que hacer con esos esquizofrénicos que, según confiesan ellos mismos de viva voz, al escribir claramente un «ino!» en el último plebiscito han superado la escisión de la conciencia y a su vez la han demostrado? ¿Qué con ese enfermo maníaco-depresivo que alterna la lectura de *Mi lucha* con los discursos completos de los banquetes de Ribbentrop? ¿Y qué con un psicólogo diagnosticado como delirante que simula las preocupantes alucinaciones de un italiano del sur del Tirol? ¡Ah! No alcanza uno a ver el final y, si no nos engañamos, el ministro de la Propaganda tendrá que ejercer su influencia sobre los indecisos a través de discursos por la radio y de publicaciones especiales de la agencia de noticias alemana. Pero si la cifra de enajenados judíos aumentara aún más, Schacht tendrá que intentar enviarlos fuera a cambio de divisas, lo más lejos posible, para que, tal vez repentinamente curados al primer contacto con el mundo sensato, no organicen terribles campañas de difamación contra su patria.

Eso sería posible. Pero es dudoso que ahora por fin, tras la implantación de las leyes raciales entre los enajenados, el mundo sensato esté en condiciones de reconocer la magnitud de la monstruosidad que fomenta mediante la objetividad y que alienta mediante el principio que ordena a cualquiera guardarse de no volver la espalda frente a la puerta de un manicomio ajeno...

Pariser Tageszeitung

13 de diciembre de 1938

En la Alemania de Hitler existía una organización llamada «Fuerza a través de la alegría», que se encargaba de organizar excursiones, vacaciones, viajes, etcétera, para gentes con escasos recursos económicos. (*N. de la T.*)

LA EXPOSICIÓN

El partido fascista proyecta una exposición «anti-burguesa» dentro de la ya inaugurada «Exposición de la Autarquía». De lo que se trata es de estigmatizar de una manera evidente los usos y costumbres que en Italia pasan por ser específicamente burgueses. Entre los asuntos que son blanco de la censura, el corresponsal especifica los siguientes: el apretón de manos, el saludo levantando el sombrero, un banquete, las veladas literarias, los juegos de sociedad, el té de las cinco, la celebración de Fin de Año, la vida fácil y cualquier tipo de compasión hacia los judíos.

Advierto a los que sientan ganas de burlarse. ¡En esto no hay de qué reírse! No cabe duda de que el fascismo ha llegado al clímax. Sus abstrusas innovaciones no proceden de un peligroso trastorno del «ánimo» o del «espíritu», sino, por así decirlo, de una transformación absoluta de la personalidad. No sólo se ha interrumpido la normalidad, sino que ha sido reemplazada por lo imprevisible, justamente lo irregular. A partir de ahora no hay vuelta posible a la regla. Incluso allí donde lo abstruso es consecuencia del cálculo y de la astucia, el diagnóstico no falla. La alevosía y el ardid son, por el contrario, indicios de una psicosis incurable que se manifiesta orgánicamente. Incluso acciones que con posterioridad se reconocen como largamente sopesadas, preparadas en secreto y decididamente sofisticadas, se han llevado a cabo con la peligrosa complicidad de esa fuerza misteriosa surgida, desencadenada en cierto modo, en la fosa del alma. Advierto a los que sientan ganas de reírse. Hace dos décadas, cuando aún se podía suponer con cierta seguridad que los organizadores y los visitantes de exposiciones no pertenecían al «tipo asocial», contemplé en una ocasión dibujos y pinturas realizadas por esquizofrénicos. Pues bien, en Roma hoy día es como si al recorrer la exposición antiburguesa al visitante no lo guiaran los médicos, sino los propios psicópatas. Y

quién sabe si una gran parte de los visitantes no ha sucumbido igualmente a la psicosis incluso antes de entrar en la exposición. Es sintomático que esa estigmatización de la burguesía se lleve a cabo en el marco del enaltecimiento de lo autárquico. De la tendencia de una colectividad a alcanzar la «autarquía» a la necesidad del individuo mentalmente desequilibrado de aislarse, la pulsión del «encierro», no hay mucho trecho. Es como si la esquizofrenia englobara en su entorno a un sector de la ciclotimia, una extraña ciclotimia, por supuesto, en la que los accesos depresivos no alternaran con los maníacos, sino en la que unos y otros se confundieran.

Parece que a quienes sufren manía persecutoria les da miedo estrechar la mano de un conocido, saludar levantando el sombrero, participar en juegos de sociedad, amargarles a otros la vida hasta el extremo en que ellos mismos se la complican. En lo que se refiere al odio hacia los judíos, es cierto que puede ser abordado como una cualidad poco distinguida, aunque en absoluto imbécil. Pero considerar la compasión hacia los judíos como una costumbre específicamente burguesa sí que nos parece un indicio serio.

Se sabe que la psiquiatría aún es una ciencia joven, tal vez condenada para siempre a los tanteos, y que no dispone de ninguna terapia. Se reduce a definiciones y nomenclaturas, y hasta sus diagnósticos son con frecuencia dudosos. Su aportación es más bien literaria que médica. (La mayoría de los buenos psiquiatras son también buenos creando.) A un futuro escritor histórico de categoría que prepare una obra sobre la dictadura en el siglo XX la colaboración de un alienista le resultará indispensable. No cabe duda de que será fácil constatar que la dictaduritis italiana muestra un desconcertante aumento, que se verá agudizada por un brutal afán de adaptación. Un desfile al paso de la oca con botas de siete leguas, directamente a los orígenes de las *Edda*. Ésa parece ser justamente la «idea fija».

De todos modos, la psiquiatría aún puede evitar que los enfermos causen algún mal a los sanos. Hay celadores, celdas individuales, baños fríos, inyecciones de escopolamina, camisas de fuerza. Se requiere, sin embargo, personal con una buena formación y en

número suficiente y médicos con presencia de ánimo. Y ellos no podrán hacer que su vida resulte tan fácil como la de los estadistas europeos.

Das Neue Tage-Buch (París)
24 de diciembre de 1938

AL FINAL ES LA PALABRA

I

El lector de nuestros días se acerca a la palabra impresa con desconsolada aversión. El escritor se sienta ante la hoja en blanco con una sensación de desaliento, a pesar de que cree estar colmado de palabras que podrían dar en el blanco, surtir efecto, matar y dar vida. ¡Ah! Sabe que el oído del lector está ya repleto de una acumulación de palabras adulteradas, malgastadas, despedazadas, contrahechas. Monstruosas composiciones de sílabas sin sentido. Concebidas como quien dice sin las entrañas, se trata de sonidos que se asemejan al lenguaje y que el hombre parece haber aprendido del papagayo. Las metáforas, disueltas en sus diferentes elementos, que pueden volver a ser combinados de manera arbitraria, van dando tumbos entre aquéllas de sus hermanas que han quedado aún menos incólumes, víctimas macabras de un bárbaro asalto a las imágenes del lenguaje. Y las comparaciones buscan en vano el verdadero sentido de su existencia: el *tertium comparationis*. No se puede ser lo bastante prudente cuando uno desea que lo entiendan. Habría que reducir los conceptos a su acepción original. Así debió de irles a los pocos escritores que quedaron tras el derrumbamiento de la torre de Babel.

Ya se sabe que el eje se ha trasladado del interior del globo terrestre a la superficie del mapa, donde de forma despiadada corta meridianos y paralelos, y que además tiene la facultad de «alargarse» a voluntad, según pudo leerse hace poco en los periódicos. Que la base de las negociaciones diplomáticas suele ser un «asunto pendiente», que expresiones como propio de la tierra, instintivo, propio del pueblo, pertenencia a la raza, productos mixtos, infrahombres, judíos en seis octavas partes y otras similares son las herramientas indispensables para el entendimiento dentro de un único territorio lingüístico y entre diferentes territorios lingüísticos ya

no es motivo de sorpresa para nadie. Los superlativos, desvalorizados minuto a minuto como si fueran billetes de banco en plena inflación, trastocan los conceptos elementales y la natural jerarquía de las cualidades. ¿Creéis acaso que lo más negro habría tenido siquiera la intención de serlo? ¿Es un siglo más o menos que una década? Por no hablar de los símbolos de la tradición ilustrada. Desde el caballo de Troya, por ejemplo, que tallan los propios sitiados, a las Tablas de la Ley, que son «inflexibles». Y aún falta el talón de Aquiles, sobre el que cayó la hoja de un tilo. Un hombre culto, un lector ideal, al que estos días mostré uno de mis escritos, me llamó la atención sobre dos expresiones que resultaban confusas. En mi relato, que transcurre en los años noventa del siglo pasado, yo había escrito que el aparato de Morse punteaba en un despacho de telégrafos de una estación de tren sumida en el silencio de la noche. El lector señaló que entonces el punteado del «claqué» no se había impuesto aún. Pero yo me refería al punteado que hace una máquina de coser. De mi héroe, al que yo comparaba con un «torrero», dijo que se le podía confundir con un torrero de los que labran el campo. Lo más conveniente era decir «torrero vigía», para evitar cualquier malentendido.

¿Por qué le sorprende a uno todavía que alguien falte a la palabra? ¿Y cómo un contrato, compuesto por locuciones confusas, palabras tullidas y asertos balbuceados, no iba a ser un simple pedazo de papel? Es como si las plumas con las que se escribe en la actualidad no se hundieran en tinta, sino en goma elástica. Y lo que está en pie, se cae. Y lo que está tendido, se curva. Y lo estable, fluctúa.

¿Cómo seguir leyendo? ¿Cómo seguir hablando? Hace tres años, tan sólo un país había sido atacado por la epidemia de la tergiversación y la parálisis de la lengua. Pero desde entonces esa peste lingüística ha traspasado todas las fronteras.

II

Que no se crea que lo que me proponía escribir aquí era un estudio filosófico. Sólo quiero hacer un intento optimista de contribuir de nuevo al reconocimiento del origen «inmediato» del término moral,

de la voz de la razón, y evocar una vez más la magia honesta del lenguaje. Me gustaría poder hablar una lengua angelical, persuasiva, para dejar claro que en este mismo momento y a través de cientos de miles de radios hablan cientos de miles de lenguas diabólicas, que los líderes del pueblo ladran, que los ministros maúllan, que los diplomáticos graznan, que los escritores roncan y que de cien personas sin cargos ni dignidades públicas apenas cincuenta serían capaces de entenderse. ¿Cómo iban a ponerse de acuerdo? Hace diez, cinco años el acuerdo tácito entre escritores y lectores de que un desmentido no debe ser noticia todavía procuraba una relativa transparencia. Pero ahora resulta que los desmentidos contienen noticias. ¿Quién iba a enterarse de algo, cuando ve de repente a las mentiras subidas sobre unas piernas largas? ¿Es cierto que ese ministro se ha marchado a la Riviera para ponerse moreno? ¿O su viaje tiene como objetivo engañar a sus aliados bajo la luz de la metáfora, mientras él va en busca de la real? ¿Y qué significa que haya viajado para reunirse con su esposa que se encuentra allí, y ese otro con su suegra? ¿Desde cuándo andan las mujeres, las hijas y los yernos mezclándose con tanta alegría en la política internacional y revolviendo las aguas ya de por sí revueltas? Un visitante diplomático que no alzara levemente un extremo de la cortina de su dormitorio, difícilmente exhibiría los encantos políticos de su mujer en la sala de conferencias. Y mientras él coloca coronas, ella concede entrevistas. Y es como si a la lisonjera expresión «media naranja» hubiera que conferirle nuevo brillo por medio de la galantería un tanto forzada de los periódicos, incluso a costa de unos preparativos de guerra. De este modo, inesperado, según cree él mismo, el suplemento de moda se cuela en el editorial. Y dentro de poco podrá leerse en el cuartel de la prensa de guerra.

Esa confusión, ese embotamiento, esa promiscuidad tal vez no estén desligados del abuso en el lenguaje. No se profana la palabra, que era en el principio, sin profanar el espíritu, la fe, la dignidad, la libertad. Sólo los esclavos esclavizan la palabra. Sólo los mentirosos la tergiversan. Sólo los enajenados perturban la lengua. Sólo quienes cometen el mal la socavan. No por casualidad los criminales profieren la consigna siguiente: «Nada de palabras, ¡acciones!». Esa

exclamación los delata. Y no es casualidad que esa exclamación que los delata no contenga siquiera una amenaza seria. Pues de ella no se siguen acciones, sino nuevas y extrañas composiciones que suenan como si fueran palabras, y como mucho actos criminales, que son los engendros de las acciones.

¿Qué más podría decirse en medio de este ruido infernal? ¿En estos días de Navidad? ¿Puede un hombre sensible decir todavía «¡Cristo ha nacido!» sin pensar que será crucificado? ¿De dónde sacar el valor para desearle algo al prójimo cuando incluso la acústica se ha distorsionado hasta tal punto que uno ya no está seguro de si los buenos deseos no sonarán como lo contrario? ¿Qué nos queda más que la fe apasionada en la fuerza inmanente de la palabra verdadera, de la palabra auténtica, llena de sentido, sencilla, aquella que viene de Dios y del alma? Sé que mientras nosotros nos esforzamos por decir la verdad, en un simple papel, el altavoz ya está allí preparado para el transmisor de mentiras. Las ondas se apresuran a difundir por el mundo su turbación, su barbarie, su demencia brutal. Y el progreso progresará aún más, para estar presente a su debido tiempo, cuando el mal le necesite. Aun así, nosotros hablamos. Aun así, escribimos. Porque sabemos que las palabras veraces no mueren. Nuestra fe es sólida, porque no teme la duda. Al contrario, ésta la refuerza. También al final será la palabra verdadera, tan clara como lo fue en el principio.

Pariser Tageszeitung
25-26 de diciembre de 1938

LO INEXPRESABLE

Mes tras mes, semana tras semana, día tras día, de hora en hora, de un instante al siguiente, en este mundo resultará cada vez más difícil expresar lo inexpresable. El círculo de fascinación de la mentira, que los criminales levantan en torno a sus fechorías, paraliza la palabra y a los escritores, que están a su servicio. No obstante, se impone el deber, inexorable, que le ha encomendado a uno la gracia, de perseverar hasta el último momento, es decir, hasta la última gota de tinta, de tomar la palabra en el verdadero sentido de la palabra, la palabra amenazada por la paralización. En nuestros días debe uno disculparse si escribe... Y sin embargo tiene que seguir escribiendo...

Hay que escribir precisamente cuando uno ya no cree que se pueda mejorar nada por medio de la palabra impresa. A los optimistas es posible que escribir les resulte fácil. A los escépticos, por no decir desesperados, les cuesta mucho, y por eso sus palabras deberían tener más peso. Las suyas deberían ser por así decir voces del más allá. Deberían estar envueltas en el brillo de lo estéril. (¡Y es que lo estéril tiene su brillo!)

II

¿Quién estaría en condiciones de imaginar tamañas monstruosidades, cuando él mismo no las comete? Las monstruosidades que actualmente son difundidas cada día por la radio y por las redacciones del mundo entero. Y menos aún las monstruosidades que una y otras silencian. Es monstruoso hasta el hecho de que, lejos de la amenaza, aún pueda uno hundir la pluma en el tintero con toda tranquilidad para informar de esas verdades que a un mundo apático, perezoso, sordo, le gusta calificar de «cuentos» y hasta de «cuentos de terror», de «falsas atrocidades», en un momento en el que la realidad es una atrocidad de tal índole

que ella misma se convierte en un cuento y una verdadera atrocidad resulta un idilio comparado con esa realidad. Esa realidad está armada hasta tal punto que ya no puede regir ningún *inter arma silent musae* y uno debería acostumbrarse a esta otra versión: *inter arma clamant musae de profundis*.

III

En el edificio de viviendas del número 67 de la Obere Donaustrasse de Viena, un judío de setenta y dos años fue obligado a trepar por una escalera de bomberos sosteniendo la manguera en la mano izquierda y agarrándose con la derecha al pasamanos. Los hombres de las SA lo llamaron «prueba de fuego». Cuando el portero declaró a los verdugos que estaba dispuesto a trepar en lugar del judío, se le amenazó con detenerle y se le envió de vuelta a su sótano.

En Wilster el tribunal ha decidido que a los padres que impidan a sus hijos el ingreso en las Juventudes Hitlerianas se les negará la «patria potestad». (¡Madres suprimidas!)

El Tribunal Supremo en Colonia ha establecido en una sentencia que una casa en la que viva un judío puede considerarse «defectuosa».

Al dueño de un café en la Währinger Strasse vienesa los nazis le dejaron ciego.

¿Es suficiente?

No. Me temo que no lo es. Y he de temer mucho más si prosigo con el informe de las verdades: me incluirían entre los «notorios» inventores de atrocidades, denunciados «hasta la saciedad», de quienes los autores de las atrocidades nos cuentan sus propios cuentos (no los nuestros).

Son muchas las atrocidades que conozco. Y también son numerosos los que las consienten. Pero, ¡saber! ¿Quién quiere saber algo de esto? El mundo se ha vuelto apático y sordo, desconfiado frente a los que dicen la verdad y confiado frente a los que difunden la mentira. Sé que escribo en el desierto, ¡y que todos nosotros clamamos en el desierto...!

Noticias como las que he mencionado anteriormente—y similares—le llegan casi cada día al autor de estas líneas. Publicarlas sería evidentemente el deber de los periodistas extranjeros, si no supiera uno que a sus obligaciones se les han puesto límites y que por tanto lo monstruoso sucede. ¡Que los mensajeros de la verdad están obligados por sus patronos a un compromiso, es decir, que, puestos a elegir entre la verdad y la mentira, tienen que hacer justicia de la misma manera a una y a otra!

Suceden cosas monstruosas. «Los ojos y los oídos del mundo», como se dice en los noticiarios semanales, deslumbran los ojos despiertos y aturden los oídos de los hombres dispuestos a escuchar.

Un brillo infernal único—el reflejo rojizo del fuego del averno—emana sin embargo de la mentira, que en modo alguno se conforma con encubrir una verdad, sino que además está dispuesta a ponerse en su lugar y a alcanzar su título. Y lo ha conseguido, ¡no cabe duda! ¡Qué mundo! En él, las más atrevidas fantasías de Balzac palidecen, las más formidables entre las de Shakespeare pierden color y uno se siente forzado a reconocer que esta década, en lo que respecta a la intensidad de su ruindad diabólica, podría avergonzar a varios siglos...

IV

Pienso en el anciano judío de setenta y dos años al que obligaron a trepar por la empinada escalera de incendios. No había allí ningún corresponsal extranjero. Y si hubo alguno, no informó sobre ello. Y de haber informado alguno sobre ello, habría caído en el olvido.

¡En efecto! Frente a la indiferencia del mundo, las atrocidades del no-mundo son una minucia.

Y la más terrible de las «pretendidas atrocidades», de la que aún hablarán nuestros bisnietos, es el embotamiento de un mundo que se ha convertido en un nomundo. Como si, de manera grotesca, quisiera alegar que no ha sido creado a partir de la palabra de Dios, sino de una errata de Satanás.

Manuscrito de 1938
Leo Baeck Institute (Nueva York)

EL BOZAL PARA ESCRITORES ALEMANES

La verdadera patria del escritor emigrado es la lengua en la que escribe. Y su libertad, la libertad de poder expresar lo que piensa.

Eso hoy en día ya no puede hacerlo.

No puede uno escribir lo que piensa: una sentencia banal. ¡Y sin embargo de la mayor actualidad!

La censura de los países gobernados dictatorialmente trabaja de modo casi tan colegiado con los censores de los países gobernados liberalmente como la policía, es decir, la policía criminal. Y así como en otro tiempo, en aquellos dichosos tiempos en los que sólo los delincuentes criminales tenían que temer la orden de arresto internacional, se solía perseguir a un carterista internacional, parece que en nuestros días se ha empezado a acosar también a los escritores sin patria, cuya misión consiste no sólo en declarar la verdad sobre su propia patria, sino también en prevenir frente al enemigo al país que los acoge y en el que han encontrado refugio.

Pero parece que los países de acogida no quieren que se les prevenga. Parece que prefieren ser amenazados y desdeñar a quienes, denunciando a los enemigos, los previenen.

Por consiguiente, a nosotros, los amigos del extranjero, se nos pone un bozal.

Aunque llevar un bozal también puede ser un honor.

Resignémonos a lo que comúnmente se califica de inevitable y que en realidad podría evitarse.

He oído decir que también hay perros que llevan el bozal con dignidad. Con esa dignidad que no sólo parece avergonzar a sus amos, sino incluso perjudicarles.

He oído decir que los llamados escritores apátridas parecen perros sin amo, y que una persona que no tiene un pasaporte vigente y que no obstante sigue escribiendo, puede ser detenido incluso en el

extranjero por uno de esos maestros del rastreo que confunden la escritura con un ladrido.

Por lo tanto, en nombre de todos los escritores alemanes que se han quedado sin patria, creo poder manifestar el deseo de que el bozal se nos ate aún más fuerte. Pobres de nosotros, perros alemanes, tendremos que callarnos y en ningún caso podremos ladrar tan pronto como nuestros viejos amos alemanes se acerquen peligrosamente al país de acogida que teníamos intención de vigilar.

La tinta se ha vertido tan inútilmente como la sangre. Hagámonos a la idea de que el mundo, para el que en otro tiempo habíamos pensado escribir, se ha vuelto sordo y estúpido, y de que nos queda poco que buscar en él. Tal vez nada...

Manuscrito de 1938 (?)
Leo Baeck Institute (Nueva York)

GUÍA PARA LECTORES DE PERIÓDICO, AÑO 1939

Como se puede suponer que las noticias en el nuevo año serán tan veloces y contradictorias como lo han sido en los anteriores, parece oportuno dar al lector algunas indicaciones y consejos sobre la mejor manera de administrar unas reservas de confianza ya de por sí bastante mermadas. Que sepa ante todo que la mentira, espiando, ha robado a la verdad un par de notas convincentes y que la ha degradado hasta convertirla en uno de sus rasgos característicos. Ningún estilo ha de acogerse con tanta prudencia como el patético, y junto a la noticia dada en tono objetivo e indiferente, sólo merece crédito el informe teñido de ironía. Y no es que la verdad se esconda, sólo se disfraza. En una época como la nuestra, en la que se la persigue con tanto celo, puede ocurrir que ande por ahí con el hábito de la exageración. Ya no se la reconoce por lo fácil que resulta comprenderla, sino con toda certeza por la nitidez de su voz, incluso cuando se ve obligada a susurrar. Jamás se adentra por caminos retorcidos, aunque en ocasiones dé algún rodeo y resulte difícil de ver. Sin duda es más difícil seguirla a ella que a la mentira, que a menudo parece ser directa, tener unos modales marcadamente francos, un porte erguido y una mirada sincera como un rayo azul, conservándose sana y elástica hasta una edad avanzada y viéndose ornada con la dignidad de una cabellera de plata. Por el contrario, al primer vistazo la verdad puede parecer en ocasiones decaída, achacosa y contrahecha, además de que, antes de empezar a hablar, no se sirve de capciosas muletillas de introducción ni de florituras. Cuando alguien comienza una frase diciendo «Debo confesarles sinceramente...» o «Hablando con franqueza...» o tal vez «Hablando entre hombres...», se impone una enorme desconfianza. Aunque a menudo se comprueba, lo cual resulta sumamente curioso, con qué gusto sucumben los

incorruptibles e incluso los desconfiados a la hipnosis barata de una afirmación, que ya demuestra lo superflua que es por el hecho de ser emitida. Se trata por así decir de un ritual de los mentirosos, y se cree en ella, simplemente, porque es celebrada.

Los periódicos, los informadores, los corresponsales, los redactores emplean expresiones antiquísimas, casi inextirpables, que poco más o menos por cortesía se denominan «consagradas», para que el mundo no se dé cuenta de que son poco seguras. Así, por ejemplo, una noticia de la que se dice que proviene «de fuentes bien informadas» antes de que sea difundida telegráficamente o por teléfono, no es ni correcta ni incorrecta, ni verdadera ni falsa, no merece siquiera la categoría de rumor. En una categoría superior hay que clasificar los partes que tienen su origen «en círculos de iniciados». Y de los que menos se puede dudar, aun cuando nunca son dignos de crédito sin reservas, es de los informes científicos y de las noticias sobre suicidios.

Pero todo esto no son más que verdades elementales. Muchos lectores de periódico las saben. El periódico empezó a complicarse a partir de la guerra, al tener que ofrecer una imagen diaria, de hora en hora, de un mundo complicado en extremo por medio de una simplificación demasiado afanosa. No en vano el especialista denomina «estereotipo» al negativo en plomo de una página de periódico. En descargo de ese estereotipo hay que decir que es lo más fiel posible y que no es responsable de la imagen distorsionada que refleja de acuerdo con su deber. El corresponsal, el redactor, sólo en caso de necesidad echa mano de esas «expresiones consagradas», y no para representar como un suceso digno de crédito algo que no ha ocurrido en absoluto o que ha ocurrido de otra manera, sino porque al acontecimiento real le falta sustancia. En este mundo «corre la voz de» algo, en lugar de ocurrir. La guerra no estalla, pero nunca se concluye la paz. La diplomacia no es secreta, pero guarda secretos. Aunque también esos secretos han perdido su sentido y su sustancia antes de ser revelados, por alguna indiscreción o de manera intencionada. Y el mundo se parecerá cada vez más a un extraño teatro en el que de vez en cuando se levanta el telón para mostrar un escenario vacío. Es como si los periódicos

hablaran entre bambalinas para comentar unos sucesos que son invisibles y que tal vez—¿quién puede saberlo?—han ocurrido un rato antes, detrás del telón.

¿Cómo iba a ser de otro modo en el año 1939? Es imprudente profetizar y resulta inútil escuchar con solemne aplomo lo que cada uno piensa por sí mismo. Como nuestra vida es tan corta, nuestros periódicos son así de limitados, pero como tenemos que tomárnoslos en serio, esperamos verdaderas épocas de transición de los distintos períodos del calendario. Y ni la providencia ni «la historia» tienen motivo alguno para comprender por qué habría de cambiar algo una vez que ha pasado el día de Fin de Año. Si eso que denominamos «catástrofe», término bajo el cual entendemos la guerra, habrá de sobrevenirnos o si la situación que en verdad es una catástrofe, sin que oficialmente se la denomine así, nos quita aún más el aliento, uno no puede aventurarse a decirlo. Los cambios internos, que preceden a los externos, permanecen invisibles, imperceptibles. Uno sólo puede sacar parcas conclusiones. Y por lo tanto, en cuanto uno afirma algo, casi en el mismo momento, ha de advertir frente a lo exagerado de esa afirmación.

Nada indica que los dictadores vayan a dejar de empapelar el mundo con su paz; ni que aquellos que tienen competencia, aunque no han sido llamados para decidir sobre nuestro destino, sean más inteligentes o más perspicaces que tú, que yo o que aquel lector de periódico sentado en la esquina del café. Nada indica que la pueril credibilidad que concedemos a las palabras, decisiones, aspiraciones y planes de éste o de aquel político vaya a encontrar siquiera la sombra de una justificación. Probablemente nuestra incapacidad para mantener la «sangre fría», nos conserve en su lugar ese profético pesimismo con el que aventajamos a quienes hacen historia, a quienes dirigen el mundo y a los administradores de la «opinión pública». ¿De dónde vendrán los vientos, cuya presa somos nosotros? ¿Hacia dónde nos dispersarán en este nuevo año? ¡Ah! Es difícil escribir frases que no vayan entre signos de interrogación. Y el mejor consejo que se le puede dar al lector es el siguiente: ¡que tan sólo confíe incondicionalmente en las frases interrogativas!

Pero, ¿seguirá ese consejo?

Pariser Tageszeitung
1-2 de enero de 1939

EL ENEMIGO DE TODOS LOS PUEBLOS

Muchos antisemitas han aprovechado el cambio de año para expresar las preocupaciones de las que viven. Entre ellos, en primer lugar y como es debido, el más destacado, es decir, Goebbels. Le gustaría, dice—en el *Berliner 12-Uhr-Blatt*—, no tener que obligar necesariamente a otros pueblos a emprender el «proceso de depuración», aunque cree, no obstante, que la cuestión judía encontrará una «solución internacional». El líder de los fascistas londinenses afirma que los judíos quieren la guerra y que se sirven de Eden, Duff Cooper, Churchill y otros para convencer al pueblo de la necesidad de una guerra. Un antisemita francés opina que la aristocracia francesa está judaizada; el italiano asegura que pasada una generación no vivirá un solo judío en Italia; el húngaro pretende que habría que acelerar la emigración de los judíos centroeuropeos. La pregunta superflua de por qué los antisemitas imputan a los judíos el deseo de que estalle una guerra, la mezcla de la aristocracia en Francia, la corrupción de la nación italiana y la de la húngara, no necesita más respuesta que el conocido dicho según el cual los judíos y los ciclistas siempre tienen la culpa. Una observación casi tan antigua como el antisemitismo y las bicicletas, y de la que a pesar de todo no se puede prescindir. Pues resulta casi imposible escapar de una vulgaridad trillada cuando tiene uno que hablar de una brutal. Los absurdos no se pueden rebatir. Cada una de las palabras que uno estuviera dispuesto a perder hablando sobre ello, se habría echado a perder en un doble sentido.

Sin embargo, me parece que no está perdido algo que podría prevenir frente al optimismo a quien se ve afectado por el antisemitismo desde el punto de vista físico y moral. Y es que, según parece, la parte honesta de la humanidad, desde muy antiguo, no subestima la deshonestidad clara, manifiesta, pero sí la labilidad indiferente. La ley de la indolencia acústica, que ordena al oído del

indiferente considerar también lo abstruso como algo lógico y evidente tan sólo porque se repite con frecuencia, es poderosa. Es una ley natural. Y dondequiera que se proyecta cometer el mal, dondequiera que ocurre, no cabe duda de que la culpa es de los causantes. Pero los indiferentes siempre han contribuido a que el mal triunfe.

El gesto del director de orquesta Erich Kleiber, por ejemplo, quien a consecuencia de las leyes raciales italianas se ha negado ahora a actuar como invitado en la Scala de Milán hace diez años habría sido algo natural. Hoy en día se considera noble. Sin embargo, nada demuestra de forma tan evidente la decadencia de Europa en este momento como la exaltación a la categoría de noble de lo que resulta natural. Si el humanitarismo se percibe como excepcional, ello significa que la inhumanidad es lo acostumbrado. Lo natural se convierte sin más en sobrenatural.

Es cierto que quienes combaten noblemente la bestialidad cuentan, como se ha dicho, con el peligro que ésta representa, pero no con el de la «neutralidad», que es mucho mayor. Nada es tan brutal como la indiferencia frente a lo que ocurre en el terreno de lo humano. Un solo hombre al que le dé igual que peguen o no a un judío, es más nocivo que los diez que con sus propias manos golpean al judío—o al negro o al pelirrojo o al de ojos verdes—. Comparada con la «neutralidad», la bestialidad es casi un atributo al que se puede calificar de humano. La indiferencia es el enemigo de todos los pueblos. Y no los judíos. Ni siquiera el antisemita. Sólo el indiferente.

Pariser Tageszeitung
3 de enero de 1939

UNA CIUDAD VERDADERAMENTE LIBRE

A raíz del decreto de la Ciudad Libre de Danzig que priva del derecho de ciudadanía al anterior presidente del Senado, el Dr. Hermann Rauschning, el Senado dirige una citación a cincuenta ciudadanos de Danzig, instándoles a regresar de inmediato a la patria. En caso contrario, también ellos perderán su ciudadanía. Esos cincuenta ciudadanos son judíos o socialdemócratas. Es de suponer, por lo tanto, que no regresarán y que perderán sus pasaportes. Probablemente son cientos de miles los que deambulan por el mundo sin patria, sin Estado, sin pasaporte y sin protección. ¿Qué digo deambulan? Más bien se encuentran detenidos en las fronteras de las ciudades, en el mejor de los casos, de los países, entre los muros de una cárcel o tras las alambradas de un campo de concentración. No se trata sólo de los cincuenta ciudadanos de Danzig.

Pero la estricta observancia de las formas con la que un Estado, que miles de veces elude, falsea, niega y suspende resoluciones, compromisos y leyes, exhorta a sus cincuenta ciudadanos a regresar a la patria, ilustra el cinismo de quienes detentan el poder y la autoridad de manera más flagrante que el propio atropello. El Senado de la Ciudad «Libre»—ya el propio nombre resulta una burla repugnante—encarcela a los ciudadanos de Danzig de una manera arbitraria, grosera y en contra de la ley, aunque sirviéndose de una puntillosa escrupulosidad formal para hacer que aquellos a los que pretende encerrar vengan hasta la puerta de entrada a la cárcel. Es algo más que una formalidad. Alcanza el horror de un tétrico ceremonial, de una etiqueta macabra. Cuando antiguamente, en algunos países, el verdugo tenía que rendir un reverente saludo antes de que se le autorizara a decapitar a un delincuente de posición elevada y sangre real, la atroz reverencia no era una expresión de cinismo, sino una respetuosa sujeción a una simbología

determinada. También la hipocresía en cada época resultaba natural según un acuerdo tácito. Pero jamás se vio que los bárbaros, surgidos de sus bosques de cemento, hormigón, asfalto y acero inoxidable, de metal cromado y vidrio, redujeran las formas a escombros lanzando una arrogante carcajada y jactándose abiertamente de ejercer la violencia y el vicio, y que con todo no se pudiera prescindir del sadismo esmirriado, mezquino y ordinario de un perverso y pequeño secretario de juzgado, ni del afán de enviar citaciones justamente a aquellas personas que se encuentran entre las víctimas de la nueva moral de la violencia. «Por la presente se le conmina a presentarse ante el comandante del campo de concentración de Danzig-Este antes del 15 de junio de 1939 con el objeto de cumplir condena por su ascendencia judía. El Senado de la Ciudad Libre de Danzig.» ¡Barbarie con formalismos y formularios! Para retirarle el pasaporte a una persona se requiere un escrito. Sólo resulta superfluo cuando de lo que se trata es de quitarle la vida.

¡Ah! Todo esto tiene un significado diabólico y una finalidad práctica y vulgar. El demonio siempre hace pactos. Tiene una corte. Mantiene diplomáticos de uniforme y agentes secretos de civil. Los diplomáticos le entregan sus credenciales. Es cierto que lo diabólico ha adoptado los modales de lo franco, fresco, libre, de lo considerado sin ambages como criminal, pero no puede renunciar a la retórica. Y traducida a un lenguaje claro—¡qué fácil resulta la traducción!—la alocución de un Führer con motivo de la habitual recepción de Año Nuevo suena más o menos así: «Excelencia, en la medida de lo posible, estoy decidido a someter por medios pacíficos el apreciable país al que usted representa. Sabe que mantengo mi palabra. Puede usted anunciar a sus ministros con la conciencia tranquila que en los próximos meses presentaremos a su país un trozo de papel para que lo firme solemnemente. Creo haber dado hasta hora suficientes muestras de mi leal antipatía. Note cómo le estrecho la mano, sin segundas intenciones, como si fuera un tornillo de banco».

NUESTRA PATRIA, NUESTRA ÉPOCA

No hay que buscar en los acontecimientos externos de la política actual un significado más profundo, como tampoco ninguna coherencia histórica. Apenas es necesario decir algo que es de dominio público: que la historia la hacen los seres humanos, los cuales sólo con los recursos insuficientes del instinto, la experiencia y la razón pueden comprender el significado de sus palabras y de sus acciones. Incluso aquellos que son conscientes de la trascendencia de su responsabilidad, que han sopesado su actitud con profundo y cuidadoso rigor y que ponderan cada decisión, llegan pronto al convencimiento de que a menudo el error aguarda precisamente allí donde habían supuesto la meta. ¿Qué se puede decir para empezar de esos responsables que parten de un error descarado o incluso de uno inocente y a los que un destino imprudente parece haberles encomendado una misión decisiva? Bastante arduo resulta ya descubrir alguna consecuencia en los acontecimientos pasados. Ciegos, andamos a tientas por nuestras propias historias. Ciegos también, por la Historia.

Pero aun cuando no se pueda reconocer la conveniencia de los acontecimientos y todos los esfuerzos por demostrarla no sean más que laboriosos y diligentes pretextos, no obstante en cada suceso, y por así decirlo en la manera en que ocurrió, se puede distinguir el estigma de la época. Los contemporáneos, hay que decirlo, son más vinculantes, más significativos que cualquier paisano. Contra todas las apariencias, hay más fatalidad en la época que en el lugar de nacimiento. Ninguna patria da a sus hijos tantos rasgos específicos y comunes como una época a los suyos. (¡Basta con echar un vistazo, dicho sea entre paréntesis, a los retratos de los hombres importantes y a los de aquellos que fueron indiferentes en un siglo concreto!) La ley según la cual determinados pueblos habitan en determinados territorios parece dudosa comparada con aquella otra

demostrada, irrefutable, según la cual las epidemias, el baile de San Vito, la imbecilidad, la genialidad, la bondad, la grandeza de corazón, la razón y la verdadera fe se dan en determinadas épocas y casi siempre aparecen juntas. No en vano se habla de «espacios de tiempo», como si el espíritu humano buscara un término para denominar esas patrias que no están englobadas en un territorio, sino dentro de unos límites temporales. En el transcurso de los siglos las patrias han cambiado de dueño, de manera no muy diferente a como el «saldo activo», las fincas rústicas, las casas y pueblos enteros han cambiado de patria, por no hablar de millones de individuos. Pero de una patria que le ha sido a uno asignada únicamente por la época, no puede uno apartarse ni huir. Y por eso los matusalenes viven en la leyenda, no en la Historia.

Antes se pueden detener la peste, la viruela negra, el tifus y el cólera en las fronteras de los países, aislándolos en barracas sanitarias, que la imbecilidad, el fanatismo, la rudeza del corazón o comoquiera que se llamen todas esas enfermedades mortales, si hubiera medios para combatirlas y por lo tanto tratados médicos en los que aparecieran. Una época tiene sus propias fronteras, y no se preocupa por las de los distintos Estados, reinos o países. La maldición o la bendición que caracteriza un determinado siglo tampoco retrocede ante partidos, ideologías y autoridades de diversa índole. Y por eso es inútil creer que en épocas en las que impera el mal se podría confiar en alguna de las instituciones reconocidas a lo largo de los tiempos como uno de los poderes que representan el bien. ¡No! Sólo se las puede apoyar. Más aún, hay que apoyarlas. Porque, lejos de poder ofrecernos amparo, por ser impotentes, lo buscan ellas en cada uno de nosotros. Y es como si el bien, como si cada uno de nosotros, pidiera ayuda frente al mal, que en estos tiempos no necesita pedir nada a nadie...

Se trata evidentemente de una época perversa y, por tanto, fracasan todas las autoridades. A la intensa bestialidad que impera allí corresponde, es decir, responde aquí la *senilitas praecox*, que en su empeño por desautorizarse a sí misma, ejecuta indignas imitaciones de una juventud bárbara y falsa. Al desvarío patético de los bárbaros responde en ocasiones la seriedad carente de humor de

una autoridad que se ha vuelto subalterna, en ocasiones también una condescendencia insensata, a la que se toma por sabiduría paterna. A veces en la parte honesta de este mundo—se trata de una parte temporal, no espacial—parece que los hombres de cierta edad simularan ataques de locura juvenil para demostrar que aún están en forma. A veces como si estuvieran convencidos de que su grotesca indulgencia podría restituir lo degenerado a su condición primera y natural. Siempre que un rey besa a un salteador de caminos en ambas mejillas, responde a las convenciones de una época en la que un salteador de caminos representa la grandeza de su nación. Los votantes siempre son igual de grandes y de pequeños, igual de nobles y de miserables que aquellos que salen elegidos. Cuando en Vladivostok asesinan a un oficial, en Cincinnati linchan a los negros. Y los camisas negras, azules, verdes, grises emergen por así decir en todas partes por igual, en todos los países. Cuando en Berdichev matan a un solo tendero judío a golpes, en Roma fracasa un cardenal. Y cuando en Barcelona una bomba alcanza a una sola mujer embarazada, se condenan los descendientes de un ministro del imperio con todos sus ancestros.

Podemos, aunque con dificultad y esfuerzo, marcharnos de los países cuya nacionalidad arrastramos. Pero de la época en la que hemos nacido jamás podremos escapar, a no ser mediante la muerte. Tanto si vamos de la «izquierda» a la «derecha» o nos quedamos en el «centro», tanto si vestimos de rojo, verde o azul, tanto si hablamos indostaní o calmuco: todos somos hijos de nuestro tiempo, hemos sido marcados por él, es más, marcados a fuego. Nuestra época es nuestra patria. Nuestros «hombres de Estado» deberían denominarse hombres de la época. Y nuestro deber, nuestra ley, nuestro futuro no es otro que actuar, establecernos por tanto, en aquellos sectores en los que sabemos que el bien tiene su morada y desde los que escuchamos su llamada. Incluso nuestra época tiene uno de esos sectores. Ésa sería nuestra patria, la verdadera. ¿Tener una patria? No se trata de eso. Sólo se tiene una patria cuando se la encuentra, es decir, cuando se ha escuchado la llamada del bien.

Pariser Tageszeitung
15-16 de enero de 1939

EL CASO AUSTRIA

El *Journal* publica hoy la correspondencia entre Otto de Habsburgo y el infeliz canciller de la difunta Austria. Es un poco anterior a la entrada de las tropas de Hitler en Austria. El heredero del trono austríaco pensaba hacerse cargo de la cancillería.

El desventurado canciller respondió al heredero del trono diciéndole que se equivocaría. Que él, el canciller, era de la opinión de que el heredero del trono no debía inmiscuirse en los asuntos del país, de su país, aun cuando estuvieran amenazados.

Con respecto a esto hay que decir una cosa: el pobre canciller está en la cárcel. Hoy ya no puede defenderse. Pero podría haberlo hecho. Es el clásico ejemplo de que uno puede convertirse en mártir por la sencilla razón de que se ha equivocado.

En otros tiempos era más difícil convertirse en un mártir. No hay en el mundo compasión suficiente que pudiera bastar para comprender la desgracia de un desdichado. Pero todos nosotros, que alguna vez nos expusimos al mundo despiadado de la opinión pública, debemos aguardar el juicio que nos depare «el mundo», el desalmado.

Y así como es cierto que el heredero de un trono escribió esa carta inútil movido por un sentimiento noble, aunque tal vez y a pesar de ello también político, se puede decir que la respuesta del canciller es abiertamente el anuncio de su propia desgracia y de su estancia en el hotel Metropole de la Gestapo.

Los destinos particulares nos conmueven. Los destinos particulares de los hombres públicos igualmente. Pero nos parece necesario manifestar de una vez con toda la así llamada «dureza» que un destino particular no puede variar nuestro juicio sobre la conducta de un hombre de Estado responsable.

Con la correspondencia entre Otto de Habsburgo y Schuschnigg más que nunca queda claro que este último no perdió a su país de una manera frívola—isin duda alguna!—, pero sí imprudente.

Nunca lo tuvo en sus manos, pero lo ha dejado caer.

Pariser Tageszeitung
17 de enero de 1939

LA EJECUCIÓN DE AUSTRIA

I

Los acontecimientos históricos que de los últimos años de la existencia de Austria se han conservado aquí y allá en opúsculos, libros y artículos, y a partir de los cuales se intenta explicar la ejecución de ese país por parte de Hitler, en modo alguno son suficientes en sí mismos, como «material», para comprender el ímpetu con el que en esta ocasión ha obrado la cobardía que por lo demás suele ser tan legal. Para explicar la caída de Austria no basta con enumerar los pasos que con anterioridad ha dado en falso, sino que es preciso comprobar la predisposición condicionada desde el punto de vista constitucional de los distintos gobiernos frente a una «anexión» abierta o encubierta, desde el primer día de la república hasta el último del Estado confederado cristiano. Una limitación constitucional, por lo demás, que aún se deriva de los errores de la vieja monarquía, y que básicamente ha consistido en permitir que en el marco de un gran imperio formado por dieciséis naciones, a los austríacos de habla alemana se les considerase como una especie de «pueblo nacional» dominante. Los profesores pangermanistas de ideología guillermina y aspecto casi también guillermine, mantenían ocupadas las más importantes cátedras de las escuelas superiores austríacas y enseñaban allí la arrogancia *made in Germany*, que tras Sedan se dispuso a extenderse por el mundo. Como el aliado austríaco poseía una gran parte, la mayor, de las carreteras de acceso a aquellas regiones que la altanería había escogido, en primer lugar hubo que aprovechar diligentemente la conciliadora disposición del austríaco, que tendía a admirar algo contrario a su naturaleza. Dio resultado. Ya entonces. Bajo Francisco José. En todos los partidos. Si el esplendor de uno de los desfiles del cuerpo de bomberos que solía desplegar Guillermo II imponía a los nacionalistas alemanes austríacos y a los liberales austríacos en el

lenguaje, en lo escrito y en los gestos, a la socialdemocracia austríaca, cuyos líderes más destacados eran por añadidura nacionalistas alemanes convertidos o «pangermanistas», aún le gustaba más la disciplina prusiana de los sindicatos alemanes. Jahn, el padre de la gimnasia alemana, andaba haciendo ejercicios por todos los clubs de los partidos políticos de Austria e incluso en la redacción del cristianodemócrata *Reichspost*, al que el conflicto entre la Iglesia y el Estado en Alemania debería haber intimidado aún más que la Taborstrasse a dos porteros judíos. Los estudiantes alemanes en Austria eran los más sólidos propagandistas del «Aleman de Rembrandt»⁶ y del antisemitismo a lo Chamberlain. El instinto pequeñoburgués de los votantes cristianodemócratas los acogió amistosamente. De modo que desde el centro de un imperio que por naturaleza estaba llamado a ser el modelo de una verdadera Sociedad de Naciones, la esencia de ese complicado organismo estatal fue falseada, adulterada y envilecida de la manera más plebeya y nacionalista. Una aristocracia irreflexiva, a la que la política simplemente le «repugnaba», incluso cuando pretendía ocuparse de ella, fue comparada por los pueblos superficiales, pero dispuestos a juzgar desde el punto de vista moral, con los «meticulosos» *junkers* alemanes. «Meticulosos» sencillamente porque parecían resueltos. Una camarilla de fieles e inquebrantables hombres de la Corte y de Estado impidió las sanas intenciones del heredero del trono, Francisco Fernando, quien con justicia amaba a los pueblos eslavos. Que uno de sus representantes fuera precisamente quien mató a Francisco Fernando de un tiro es uno de los errores más funestos. (Aunque tal vez él representara también un peligro para los nacionalistas serbios. Tal vez hubiera creado un gran reino eslavo del sur, que habría absorbido a Serbia sin pérdida de tiempo.) Es un hecho que cuanto más se inclinaban los austríacos alemanes hacia Guillermo II, más apremiaban los demás pueblos de la monarquía para conseguir la autonomía respecto del Estado. Amaban la Corona. Odiaban el casco en punta. El emperador Carlos accedió al trono demasiado tarde, en la época desastrosa de la guerra. «Hombro con hombro» con el orgullo desmesurado de los

alemanes, se hundieron en Austria la macabra esterilidad, la imprudencia predominante y el patriarcado gimnástico alemán.

II

Entonces los hijos de Hegel, el padre de la gimnasia espiritual, heredaron la pequeña república, y de acuerdo con su tradición nada les pareció tan urgente como la anexión a una Alemania que por fin se había quedado sin káiser. Confundieron la ausencia de un káiser con la república. Algo tan tonto como la creencia nacionalista de que todo se debe a la sangre. Fueron consecuentes, sin más. No se les ocurrió que ser consecuente no protege frente a la insensatez. Aunque no se unieran a los pangermanistas, «formaron una banda» con ellos. Ellos mismos dispararon a los trabajadores. Desde su punto de vista, el «socialista», no percibieron el triste comportamiento de los Scheidemann subalternos, un pensamiento revolucionario que habría cabido en el interior de una cómoda pequeñoburguesa. Cuando en Austria se produjo la inflación, hasta los judíos especularon con el marco, y perdieron. El primer gobernador que después de seiscientos años ordenó la «amputación» de los extranjeros en Austria, fue el socialdemócrata Sever. Y los «extranjeros» eran por supuesto judíos «procedentes» de Galitzia, que acababan de regresar de la guerra, mutilados. Empezó una carrera entre socialdemócratas, pangermanistas y cristianodemócratas, que no puede calificarse más que de «autóctona», por llevarse la palma del antisemitismo. Socialdemócratas y cristianodemócratas quedaron al final «empatados».

Así se preparó el gobierno de Schober. El miedo cerval de los mentecatos frente a una sotana impidió que prosperara la comprensión hacia la diplomacia de Seipel, una diplomacia sensible y que preveía otras dimensiones. Mentecatos de todos los países y de todos los partidos, ¡uníos! El tal Schober formaba una unidad con Curtius como la que compone el cepillo de una escoba con el palo. Y de haber vivido Curtius en un lugar como Berchtesgaden, Schober

habría acudido allí, y el padrino de la ejecución no habría sido Bürckel, sino el esforzado Severing.

III

Toda la tragedia que viene a continuación no es más que una consecuencia lógica. La cuna política de Dollfuss no está en el *Reichspost*, sino en sus intermediaciones. Una falsa amistad con Mussolini le permitió olvidar a los austríacos, algo a lo que los *maccheroni* están siempre dispuestos. Seipel sólo había sido su protector, no su maestro. Sin duda Dollfuss tiene buena parte de culpa. Moral, porque permitió que dispararan. Política, porque con posterioridad no hizo casi nada por reconciliarse. Pero murió de una manera cuando menos tan penosa como pocos entre sus adversarios.

Su sucesor sí que había nacido en la redacción del *Reichspost*, justo al lado del despacho del redactor jefe, Funder. Un cristianismo moderado por la ambición; una religiosidad auténtica, que sin embargo no estaba a la altura de la universalidad del catolicismo; una teutomanía, que a partir del «autoctonismo» concedía un privilegio abiertamente contrario al pensamiento austríaco; un talento para la abogacía que sin duda alguna le habría deparado algunos éxitos en el juzgado de Innsbruck; el deseo de mostrarse diplomático y la tendencia a confundir la diplomacia con la jurisprudencia... Éstas eran las cualidades del desdichado—que fue un legitimista, aunque tampoco pudo escuchar al heredero del trono—, las que le llevaron hasta el final. Podría haber tenido de su parte a legitimistas, trabajadores y a algunos generales, incluso en los últimos días. Su lamentable actitud, que sólo se volvió trágica con Hitler, se manifiesta en una de las últimas frases que pronunció en la radio, según la cual no debía correr «sangre alemana». El pobre Funder, que ahora debe de estar también en la cárcel, no lo podía haber dicho de manera más concisa.

Desde entonces en Austria corre mucha sangre, alemana y de las otras. Desde Berchtesgaden un único reguero de sangre conduce

hasta Austria.

La culpa histórica de ello es vieja. La moral, más reciente. Si quiere uno comprender el abuso cometido contra Austria, no debe olvidar aquélla con ésta. Cualquier culpa es más profunda y más antigua de lo que supone el «sentido de la actualidad».

Pariser Tageszeitung

11 de marzo de 1939

August Julius Langbehn, llamado el Alemán de Rembrandt. Escritor y filósofo de la cultura (1851-1907). Su primera obra importante, titulada *Rembrandt como educador*, apareció de manera anónima en 1890. Con su antimoderna crítica de su tiempo y la condena de la ciencia, la industrialización y la gran ciudad—basándose en el arte de Rembrandt—influyó enormemente en la visión del mundo de muchos alemanes, de la época guillermina a la nacionalsocialista. Hasta 1936 se publicaron ochenta y cinco ediciones de la obra. (*N. de la T.*)

NATALICIO

¡Que no llegue a viejo! Le deseo una muerte natural, por supuesto, aunque no rápida, ni fácil. Miles, ¡qué digo!, decenas de miles, tal vez más, han muerto en medio de lentos suplicios por su culpa, por su iniciativa. Como por desgracia hemos ido evolucionando desde la Edad Media hasta llegar a esta Edad Moderna y por tanto ya no existen los anatemas, me veo en la necesidad de maldecirle. Aunque no tengo ninguna autoridad para hacerlo, estoy no obstante legitimado a los ojos de todo hombre honesto. Nadie puede impedirme golpear la cruz cuando uno de los miles de rabos del Maligno me sale al encuentro con figura humana. Sí, mi religiosidad me obliga, francamente, a sacudir el hisopo contra Satanás.

No es responsable. ¡Lo sé! Es un enviado. ¡Todos nosotros sabemos de quién! Desde los más profundos sótanos del infierno, esos que sólo podría describir alguien como Dante, pero que un débil escritor como yo al menos es capaz de denunciar, ha traído consigo una epidemia. Ha traído la peste y la lepra y, lo que es aún peor, la epidemia de la inmoralidad. El demonio, desde Sodoma y Gomorra, nunca se había atrevido a tanto. Los salteadores, que clavaron al Redentor en la cruz, estaban al servicio de un poder divino que necesitaba la Cruz. Pero él, que la deforma, no se limita a ser un Judas. ¡Es un súper-Judas! O más bien, un infra-Judas. Ha recibido allá abajo el encargo de no conformarse con treinta monedas de plata. Ah, yo sé de dónde viene. Sé también que no es culpable. Es un enviado, y debe obedecer a su amo. Es algo más que un enviado: un mensajero.

Si no fuera creyente, diría: que lo exterminen. Pero no me está permitido, y tampoco puedo hacerlo. Nos ha sido impuesto: el azote de Dios. Cada uno de sus pasos es una maldición. Cada una de sus palabras es una serpiente. Él mismo está atormentado, como todos sus semejantes, y tal vez lo esté más que nosotros, a los que él

atormenta. Debe hacerlo, no puede hacer otra cosa. Tiene el semblante de una vulgar medusa y la mirada de un basilisco sacado de un gabinete de curiosidades. Quien lo ve, lo vota. Siempre obtiene mayorías y nunca calidad.

Aparte de los elefantes, los cocodrilos y las tortugas, conozco pocos animales que lleguen más allá de los cincuenta años. El resto de los pobres animales, ¿por qué mueren tan pronto? ¿Y por qué viven tanto, tanto, tanto tiempo los enviados, los mensajeros?

Golpeo la cruz, sacudo el hisopo. Recuerdo el Apocalipsis en el que se anuncia que han de venir unas criaturas que llevarán distintivos en la frente y en el brazo. Ya están aquí. Y aunque él no las ha creado, las ha traído al mundo. Se las han enviado desde allá abajo, gratis, a portes pagados. No puede evitarlo. Nada deseo más ardientemente que quien le ha enviado aquí se lo lleve.

Die österreichische Post (París)

1 mayo de 1939

UN ANTIGUO SUICIDA

I

Entre los más nobles deberes de un escritor se encuentra el de honrar a un hombre muerto contra el que se previno con pasión en los tiempos en los que aún estaba vivo. Aunque en la amarga gravedad de estos días el retractarse tardíamente de una hostilidad pueda entenderse como un eco anticuado de una época olvidada y que se considera ya «superada», una época en la que el saludo militar aún era una expresión de respeto; aunque hoy día se diga aquí y allá que hay «preocupaciones más urgentes» que la de hacer justicia a alguien medio desaparecido, no dejaré que me hagan cambiar de opinión acerca de que las leyes más elementales de la humanidad en Europa, incluso en la más acuciante de las necesidades materiales, siguen siendo de la máxima actualidad, por ser las más sólidas. Y pedir perdón a un adversario muerto, aun cuando ese adversario no tenga ya ninguna importancia, significa para mí una aportación pequeña, muy pequeña, al restablecimiento de una moralidad hundida, cuya persistencia sería sumamente valiosa desde el punto de vista «actual»...

Hace pocas semanas se cumplió el aniversario de la muerte violenta de Austria, así como el de la de muchos de sus hijos. Entre ellos se encontraba el mayor Emil Fey, de cuya actividad política aún se acordarán muchos, la mayoría. Siempre que me fue posible, como austríaco que no combate en la política, me enfrenté al mayor Fey, tanto en conversaciones privadas como en cartas igualmente privadas. Lo consideraba el verdadero responsable de la guerra sangrienta del canciller federal Dollfuss contra los trabajadores austríacos. Yo, un soldado, no pude entender que él, oficial y caballero de la orden de María Teresa, saliera ileso de la cancillería después de que los nazis causaran allí el conocido baño de sangre, ni que apareciera en el balcón de la Ballhausplatz para negociar con

los asesinos de su patria. A él—y no al cardenal Innitzer, ni al beato montón de mierda de SeyssInquart—lo consideré capaz de traicionar a Austria con Hitler. Pero entre tanto, después de que fueran éstos quienes lo hicieran, me enteré por fuentes incontestables, de boca de hombres de los que no cabe dudar, y por cartas de despedida ante las que tampoco cabe duda alguna, de que ese hombre del que hablamos aquí era muy distinto a como yo lo había imaginado. Y aunque su aparición efímera perteneciera únicamente a la periferia de la historia contemporánea, sólo por la forma en que se extinguió, muestra rasgos de una grandeza clásica como no se ha vuelto a ver en las últimas décadas. En consecuencia, esa muerte merece ser dignificada por medio de la palabra.

II

Esa muerte hermosa desde el punto de vista antiguo—por supuesto, no desde el cristiano—se consumó en la noche anterior a la irrupción de Hitler en Viena. El hijo del mayor Fey era un cadete alumno de la Academia de Oficiales de Neustadt (Viena). Para no tener que prestar juramento a Hitler, juramento que se había vuelto inevitable, el joven desertó por la noche, huyendo a la casa familiar. Encuentra a sus padres dispuestos los dos a morir, pero no a huir. El joven ve que su padre ha escrito ya las cartas de despedida para sus amigos. ¿Qué le cabe esperar? El joven va a la habitación contigua y se dispara una bala en la sien. Pero él, el cadete, falla. Tan sólo se queda ciego, no muere. «¡Sólo me he quedado ciego, padre!», dice. El padre le pega un tiro en el corazón. (Es la una de la madrugada.) Después el mayor escribe sus dos últimas cartas. Seguidamente dispara a su mujer. Luego mata a su perro. Por último se dispara él mismo.

Me convence la forma en la que un hombre sabe morir. No puedo evitarlo. A mí, a quien cualquier manera de morir, cualquier suicidio, tiene que resultarme una atrocidad tanto desde el punto de vista físico como ideológico, no es tan sólo un sentimiento estético-literario el que me lleva a pedir públicamente perdón a un muerto. Esta muerte posee grandeza. Por supuesto, no una grandeza

cristiana, sino una grandeza antigua. Eurípides no se habría avergonzado de componer una muerte semejante. Todo el heroísmo mercantil de los dictadores, de los Führer, de los sub-Führer, de los Gauleiter encuentra aquí una rectificación. Entre los hombres cultos de nuestros días, a los que se les ha despojado intencionadamente, en parte por encargo de un poder infernal—de las antiguas bases para fijar el valor de lo verdaderamente heroico; entre los hombres, para los que se ha inventado la metodología verdaderamente diabólica de los «hechos» en lugar de los «valores humanos», habrá aún sin duda alguna muchos que sabrán honrar una muerte como ésta, aun cuando no la acepten desde el punto de vista moral. A ellos no les costará entender que en estas páginas, por desgracia tan perecederas, haya querido conservar la memoria de un acontecimiento periférico de la historia contemporánea que, ay, pasa tan discretamente deprisa.

Das Neue Tage-Buch (París)
27 de mayo de 1939

EL SEMPITERNO «DINAMISMO»

I

El «dinamismo» alemán no es de ayer, y tampoco de hoy. El nacionalsocialismo no es una regresión sorprendente, desconcertante, del pueblo alemán desde el espíritu humanístico, cristiano y humano al bárbaro, impío, inhumano y anticristiano. El nacionalsocialismo es la consumación de aquello que los propios alemanes llaman su «esencia». Lo que se ha dado en llamar su «esencia» es el protestantismo. El protestantismo es el dinamismo de Wittenberg. De Lutero, pasando por Federico II, Bismarck, el káiser Guillermo, Ludendorff, a Hitler y Rosenberg hay un camino recto. El que no lo vea, está más ciego que un ciego, es decir, que un «político realista».

El odio inmanente de los alemanes hacia lo persistente, lo que perdura, hacia lo tradicional, me resulta incomprensible. Por lo tanto, no puedo explicarlo. Pero considero que es mi deber constatarlo. Desde el siglo XI los alemanes han cambiado de religión nada menos que dos veces, y su lengua materna nada menos que tres. Entre el antiguo alto-alemán, el medieval y el nuevo hay más diferencias que entre el español, el provenzal y el francés. Si, por ejemplo, resucitara un francés del siglo XIV, los parisinos actuales no le entenderían del todo, pero él podría entenderse con ellos. No le ocurriría lo mismo a un resucitado alemán.

Los alemanes han sido cristianos nada más que durante trescientos años, entonces ya empezaron a protestar. No puedo determinar si los alemanes actuales son «germanos» o no, pero debo señalar que, por motivos hereditarios o de otro tipo, no se comportan de manera distinta ni muestran unos rasgos esenciales diferentes a los de las figuras del *Cantar de los nibelungos*. Recordemos los sucesos que se cantan allí.

El ideal del héroe alemán, Sigfrido, ha olvidado sin más en la tierra a su prometida Brunilda, a la que escogió en el Valhalla. Se enamora de la rubia Crimilda, cuyo hermano, el rey Gunter, se casa con la novia de Sigfrido en el Valhalla, Brunilda, aunque no logra consumar el matrimonio. Entonces hace que su cuñado, Sigfrido, se meta en el lecho nupcial recurriendo a la ayuda de una caperuza que le vuelve invisible. El ideal del héroe alemán, Sigfrido, no olvida quitarle a Brunilda un anillo del dedo. Y noble, como lo son los alemanes, por así decir dinámico, regala ese anillo precisamente a su mujer Crimilda. A partir de ahí se desarrolla el trágico asunto. Ambas mujeres riñen—lo cual es característico de los alemanes—a la puerta de la iglesia. Después Brunilda, profundamente humillada, se sirve del «sombrío» Hagen como instrumento de venganza. Entonces éste, de una manera hábil—de una alemana «puñalada por la espalda»—mata al noble alemán Sigfrido. Crimilda lleva luto exactamente hasta que encuentra a un huno de pelo rizado al que le atrae el cabello rubio y que la pide en matrimonio. Tras casarse al fin con Atila, rey de los hunos, y después de darle un hijo, Crimilda decide invitar a toda su parentela de Renania. Los esforzados varones alemanes aceptan la invitación, cruzan el Danubio, y en ese momento Hagen de Trónege arroja a un sacerdote cristiano al agua, para probar si es verdad que el Dios de los cristianos no deja que perezcan sus servidores. El milagro se produce. Los germanos, llegados a la corte del rey Atila, son agasajados solemnemente. Con este motivo, Atila muestra a su hijo, el que ha tenido de Crimilda. ¿Y qué hace un esforzado varón alemán al ver a un niño? El señor Hagen de Trónege saca su espada y decapita a la criatura. Es el origen de la noche sangrienta en la que perecen todos, tanto los nibelungos como los hunos. El único cristiano que aparece en el *Cantar de los nibelungos*, y por cierto que sólo lo hace al final, es el margrave Rúdeger de Bechelaren. Un austríaco.

No es mi intención bromear con el horror e interpretar el *Cantar de los nibelungos*, por así decir la *Ilíada* de los alemanes, de una manera tendenciosa. Esta epopeya nacional de los alemanes necesita tan poco de un comentario, como los hechos ocurridos en Alemania desde Lutero. Nosotros, los creyentes, sabemos que en el mundo no existen las «casualidades». No es casualidad que Wittenberg se encuentre en Sajonia, en lugar de estar por ejemplo en el Tirol o en la Lombardía.

No me corresponde investigar aquí por qué motivos, que a nosotros nos resultan inexplicables, entre todas las naciones de Europa son precisamente los alemanes los que están condenados a fomentar lo diabólico con una precisión inquietante e incluso a representarlo. Me conformo con afirmar—algo que, allí donde la ciencia debe acabar, sólo me permite hacer la fe—que por lo visto el Eterno debe de haber condenado a determinadas regiones de este mundo a destinar élites pavorosas a los infiernos. Por lo que a mí respecta, y con todo el respeto que siento hacia los protestantes, que dentro de los cristianos son los que nos toleran, no soy capaz de ver diferencia alguna entre los escritos de Lutero, como por ejemplo en aquellos dirigidos a la nobleza alemana, y los del señor Rosenberg. Las noventa y cinco tesis son justamente el «mito del siglo XVI». Una línea recta conduce de aquel famoso tintero con el que Lutero debe de haber tratado de combatir al demonio, hasta ese otro «pedazo de papel» igualmente famoso. Quien en la traición de Lutero a los campesinos, a los príncipes, a los judíos, no sea capaz de ver el modelo de las traiciones políticas cometidas por el alférez prusiano-protestante contra la Iglesia y el mundo, no es más que un iluso. Sin Lutero y el protestantismo, probablemente Hegel y Marx no hubieran sido posibles en Alemania. Y hasta en la «dionisiaca» resistencia de Nietzsche se puede reconocer al protestante disfrazado de pagano.

Sólo este mundo insensato, que se ha vuelto insensato con la Gran Revolución y el liberalismo, es capaz de considerar el antisemitismo de los alemanes, tan agudo en este momento, como un fenómeno espantoso e inesperado. A un cristiano le parece que se sobreentiende que un pueblo que apenas es capaz de mantenerse en el seno del cristianismo durante trescientos años, no podría ser antisemita. Ese odio tiene motivos más profundos de lo que creen incluso quienes lo sienten. Me inclino a creer—y se me dirá por eso que soy de «índole mística»—que los alemanes son el azote de Dios para los judíos. Sería malinterpretar el antisemitismo de los alemanes, si nos empeñamos en considerarlo exclusivamente como una variante del antisemitismo claro, aun cuando no sobreentendido, de todos los pueblos. El odio a los judíos por parte de los alemanes tiene motivos absolutamente metafísicos, religiosos. No odian a los judíos, sino a Jesucristo, el vástago de la tribu de David. Ellos mismos creen que odian la estrella de Sión, pero en realidad odian la cruz. Creen que en los judíos odian la afición al dinero, a la usura y a la explotación. Pero en realidad odian el sufrimiento, el dolor que supone el amor.

Su «dynamismo» conduce a un vacío estremecedor. Sólo el dolor que no conocen y que es lo único capaz de redimirlos, podría hacer que algún día fueran mejores. Quizás el del Juicio Final. Hasta entonces, dependiendo de si somos soldados o sacerdotes, sólo podemos combatirlos o rezar por ellos.

O ambas cosas.

Manuscrito, primavera de 1939
Leo Baeck Institute (Nueva York)

CARTAS A STEFAN ZWEIG

París
33, rue de Tournon
Hotel Foyot

26 de marzo de 1933

Apreciado y querido amigo:

Creo que en estos tiempos hay que hacer todo lo posible para no perder el contacto. Por eso le respondo en seguida.

Le ruego procure que sus cartas me lleguen vía Suiza. Es que algunas me vienen por Alemania.

Estoy completamente de acuerdo con usted: hay que esperar. Por ahora. Sólo que aún no tengo del todo claro hasta cuándo.

El embotamiento del mundo es mayor que en 1914. El hombre ya no se conmueve cuando se vulnera y asesina la condición humana. En 1914 desde todas partes se esforzaba uno por explicar la bestialidad con razones y pretextos humanos.

Pero hoy en día se pertrecha a la bestialidad con explicaciones bestiales, que son aún más atroces que las propias bestialidades.

Y nadie se mueve, en todo el mundo. Quiero decir, en el mundo de los hombres que escriben, exceptuando a Gide, el eterno excéntrico, quien, comunista desde hace poco, ha celebrado aquí sin ningún éxito una grotesca asamblea para *snoobs* y para el funcionariado internacional comunista; y salvo los judíos de América e Inglaterra, a quienes en definitiva lo que les preocupa es el antisemitismo, tan sólo un pequeño segmento dentro del gran círculo de la bestialidad.

Para usted está claro: en la misma medida en la que un animal enfermo tipo Goering se diferencia de un Guillermo II, quien aún se mantenía en el marco de lo humano, en esa misma medida se diferencia el año 1933 de 1914.

Está claro que los imbéciles cometen estupideces; las bestias, bestialidades; y los locos, desvaríos: todo ello es suicida.

Pero lo que no está claro es cuándo un entorno igualmente enfermo y desconcertado reconoce la estupidez, la bestialidad, el

desvarío.

De eso se trata. Y yo me pregunto si ha llegado el momento en que estamos obligados a aislar por medio de la palabra a nuestro entorno de lo que está enfermo, para que no se contagie.

Me temo que después de todo es demasiado tarde.

Me temo que estoy en situación de tener que desear una guerra lo más rápida posible.

No voy a Viena por muchos motivos. Desde hace diez años vivo en Francia unos seis u ocho meses al año. ¿Por qué no ahora? Y sobre todo, ¿por qué no, si a los hombres que se empeñan en ver en mí el mal absoluto siempre se les ocurrirá decir que he huido? ¿Y por qué no, cuando es natural que uno en efecto huya?

En Viena se corre más rápidamente que aquí la voz de que me he marchado de Alemania. Sí, justamente allí, porque he vivido allí muchos años, en otro tiempo, y creen que podría volver.

En una revista francesa de chismorreos aparece su nombre entre las personas que han huido a Suiza, y yo lo hago con el de Ernst Roth, al parecer porque se ha omitido el de Toller.

En Zsolnay tampoco yo puedo hacer nada, porque Landauer⁷ es amigo mío y, al publicarme, tiene que poder sacar beneficios. Pues también él está en apuros.

En cambio, iré a Salzburgo y a su casa, aunque sólo sea por un par de días, en cuanto, gracias a un nuevo contrato, consiga un poco de dinero y cierta seguridad.

En lo que respecta a lo que hay en nosotros de judío, estoy de acuerdo con usted en que no hay que dar la sensación de que se preocupa uno tan sólo por los judíos y nada más.

Sin embargo, al mismo tiempo hay que tener siempre en cuenta que la condición de judío no exime a ningún hombre religioso del deber de tener que acudir también a primera línea del frente, como cualquier no-judío religioso.

En esto hay un determinado punto a partir del cual la nobleza se convierte en incumplimiento del deber, además de que no sirve para nada, pues para las bestias de arriba uno sigue siendo un peligroso cerdo judío.

Como judío, usted se ha opuesto a la guerra. Y yo, como judío, he ido a la guerra. Los dos tenemos muchos camaradas. Ninguno de nosotros se ha quedado en la retaguardia.

En el campo de batalla del humanitarismo, podría decirse, también hay judíos en la retaguardia.

No se puede ser uno de ellos.

Nunca he sobrevalorado la tragedia del judío, y menos ahora, cuando ser una persona honesta resulta verdaderamente trágico.

En eso estriba la bajeza de los demás, en ver judíos. No conviene que con nuestra reserva confirmemos el argumento de esos insensatos animales.

Como soldado y oficial, yo no era judío. Como escritor en lengua alemana tampoco lo soy. (En el sentido en el que estamos hablando ahora.)

Me temo que hay un momento en el que la reserva judía no es más que la reacción del judío discreto frente a la desfachatez del que no lo es.

Entonces aquélla resulta absurda y nociva, como ésta.

—Tiene uno—como ya le dije—un compromiso tanto frente a Voltaire, Herder, Goethe, Nietzsche, como frente a Moisés y a sus padres judíos.

De ahí se deriva el compromiso siguiente:

Salvar la vida cuando se ve amenazada por las bestias. Y la obra.

No rendirse a aquello que precipitadamente se denomina destino.

E «intervenir», luchar, en cuanto llegue el momento adecuado.

La cuestión es si no ha llegado demasiado pronto.

Siempre cordial, su fiel

JOSEPH ROTH

Paul Zsolnay (Budapest, 1895-Viena, 1961) fundó en 1923 una editorial para autores austríacos contemporáneos. En 1938 emigró a Inglaterra y en 1946 fundó otra editorial—Paul Zsolnay Verlag GmbH—que desde 1996 forma parte de la editorial Hanser. Walter Landauer dirigió la sección de literatura alemana de la editorial Allert de Lange en Amsterdam entre 1902 y 1945. (*N. de la T.*)

Hotel Foyot
París

6 de abril de 1933

Querido, apreciado amigo:

Espero que hasta cierto punto ya se haya tranquilizado. Por supuesto, lo que le ha ocurrido es duro, pero tiene usted que resignarse y empezar a ver claro que en definitiva expía usted todos los pecados de los judíos, no sólo los de quienes comparten su apellido. Si el señor Goebbels le confunde a usted con otro, a él le tiene sin cuidado. Para él usted no es más que una oportunidad que se le presenta en un determinado momento para atacar. Lo que ya le había escrito yo es cierto: nuestros libros en el Tercer Reich son imposibles. Ni siquiera se nos incluirá en los anuncios. Como tampoco en el boletín de los libreros. Los libreros nos rechazarán. Las tropas de asalto de las SA romperán los escaparates. En la obra de Günther, el teórico de la raza, aparece su imagen como la del típico semita. No hay acuerdo posible con esas gentes. ¡Tenga cuidado! ¡Se lo aconsejo! Incluso en Salzburgo, si uno se atreve a hacer algo, pone su vida en peligro. Ya sabe la suerte que han corrido los Rotter en Lichtenstein. No trate con nadie. Resígnese a la idea de que los cuarenta millones de personas que escuchan a Goebbels están muy lejos de establecer alguna diferencia entre usted, Thomas Mann, Arnold Zweig, Tucholsky y yo. El trabajo de toda nuestra vida, en el sentido temporal, ha sido en vano. No se le confunde a usted porque se apellide Zweig, sino porque es un judío, un bolchevique cultural, un pacifista, un literato de la civilización, un liberal. Cualquier esperanza resulta vana. Esa «renovación nacional» conduce a la más extrema de las locuras. Se trata exactamente del modelo de conducta que en psiquiatría se conoce con el nombre de maníaco-depresivo. Así es este pueblo. Sólo cabe esperar en silencio. Y ni por casualidad se le ocurra, por favor, escribir directamente y en la forma que sea contra esa gente. Tarde o temprano lo publicará

usted. Esos simios desconocen las buenas costumbres. No se desprenda usted de nada. iiiNo proteste de ninguna manera!!!
Guarde silencio... O luce, lo que le parezca más sensato.

Siempre cordial, su viejo

JOSEPH ROTH

24 de julio de 1935

Hotel Foyot
París VI

Mi querido amigo:

Su amable carta, que le confirma a usted ni más ni menos de lo que me estremeció a mí, no admite demora alguna en la respuesta. Por eso le escribo en seguida, y le ruego que por su parte me confirme con un par de líneas que ha recibido la mía, porque últimamente vuelven a perderse muchas de las cartas que pasan por Alemania. Tal vez tenga razón en lo que respecta a que no pudo usted tomar parte en la brusca caída de Romain Rolland. Es una caída en las tinieblas. Pero no tiene usted razón al calificar mi cólera defensiva de odio agresivo. No es prudente por su parte, usted que debería conocerme tan bien. Que yo, Josel Roth de Radziwillow, junto a todo el gran pasado alemán defendiendo a Alemania, lo tengo perfectamente claro. Mi judaísmo nunca me pareció nada más que un atributo accidental, algo así como mi bigote rubio—que lo mismo podría haber sido negro—. Nunca sufrí por ello. Nunca me enorgullecí de ello. Tampoco ahora sufro por el hecho de pensar y escribir en alemán, sino porque en plena Europa haya cuarenta millones de personas que son unos bárbaros. Este sufrimiento lo comparto con muchos, unos veinte millones de personas alemanas, en la medida en que algo así se puede traducir en cifras. Creo en un Imperio católico, de carácter alemán y romano, y estoy a punto de convertirme en un católico ortodoxo, tal vez incluso militante. No creo en «la humanidad». No he creído nunca en ella, sino en Dios, y en que la humanidad, sin Su merced, es un pedazo de mierda. Pero confío en Su merced. «Palestina», «humanidad», son términos que desde hace tiempo me repugnan. Sólo me importa Dios, y de momento, en la tierra, como entorno en el que puedo trabajar y en

el que he de cumplir mi misión terrenal, un Imperio católico alemán. Eso, en la medida de mis débiles fuerzas, procuraré conseguirlo por medio de los Habsburgo. Por cierto que a eso, según mi convicción, no pretendo «convertirle», pues siento demasiado respeto por sus ideas. Pero no quisiera que me imputara usted agresividad y odio, como por ejemplo a *Die Weltbühne* de infausta memoria y a los «emigrantes». Mi cólera es justa, no es odio. Se demostrará que tengo razón, porque Hitler no va a durar mucho más, como mucho otro año y medio, y se acerca un nuevo Imperio alemán, despacio, pero seguro.

Mire, querido amigo, usted creyó en la «humanidad» y de haber sido tan insensato como «su maestro» Rolland, en la actualidad también usted sería bolchevique. Pero es usted más prudente, no puede hacerse comunista. Aunque no cree del todo en Dios. Por eso está desesperado. Sólo Dios puede ayudarle. Y librarle de los errores que comete a cada paso y que usted mismo ve.

(No sé, yo mismo no sé, qué pasa con mis dos novelas. Estoy por completo acabado, literariamente. Los dos libros, no sé, ahora estoy dándole vueltas al primero. Es un escándalo, no es una obra. Le escribiré sobre ello en otra carta.)

No tiene usted razón al decir que todos nosotros nos hemos vuelto locos. Hay en el mundo un equilibrio entre la demencia y la lógica. En cualquier caso, nosotros, que hemos recibido la espada de la razón, no tenemos derecho a tirarla.

Vendrán los Habsburgo. No niegue, por favor, lo que está evidentemente claro. Ya ha visto usted que hasta ahora he acertado. Austria será una monarquía. No me he equivocado. También presentí el desvarío excesivo de Prusia. Porque creo en Dios. Y usted no lo vio, porque creía en «la humanidad», un concepto tan confuso que, de acuerdo con él, podría uno figurarse que en cualquier momento se iba a encontrar al mismísimo Dios en el zarzal.

Por supuesto, la verdadera patria es la amistad. Y puede estar seguro de que las pruebas de mi lealtad hacia usted seguirán siendo mayores que las de ningún otro.

Cordialmente su viejo,

JOSEPH ROTH

Hotel Foyot
París VI

19 de agosto de 1935

Estimado, querido amigo:

Me alegra de todo corazón su magnífico ímpetu. (Al mismo tiempo le envío el último número de *Der Christliche Ständestaat*, en el que le ruego lea el artículo sobre los judíos; aparte del mío y del suelto sobre la olimpiada, que también es mío.) Su sensibilidad tal vez proteste contra el hecho de que el nombre de un cerdo judío como yo aparezca justo detrás del del Papa. Pero considere, por favor, que para mí es algo muy, muy importante. De hecho no veo otro camino que el del calvario que conduce a Cristo y a ningún otro judío más grande. Sí, tal vez incluso vaya aún más lejos, cuando tenga las fuerzas necesarias, e ingrese en una orden. Llámelo una especie de suicidio. No veo otra cosa más que la fe cristiana—ninguna literatura—, y no creo en este mundo, como tampoco que se pueda influir sobre él. Si Dios quiere, una escoba dispara, y si Él no quiere no dispara ni un cañón.

Por supuesto que estoy a su disposición en todo momento. Por muy bien que lo redactemos, siempre será un «manifiesto». Y no creo que nadie en la Sociedad de Naciones—nadie—sea capaz de apreciar nuestro estilo y nuestra precisión. Será eso, un manifiesto. Y si hasta la Sociedad de Naciones nos hace caso, ella, que no puede evitar ninguna guerra, ¿va a tener alguna influencia sobre los pogromos? Lo único que se podría conseguir al menos en la práctica serían pasaportes, pasaportes Nansen,⁸ para esa pobre gente a la que veo con frecuencia, pues trabajo aquí como voluntario en el Comité de Refugiados... ¡Y lo peor son los papeles! Protestaremos, ¡bien! Otra protesta. ¡Una protesta magnífica! Y sabrán apreciarla. ¿Y después qué? ¿Qué vamos a conseguir?

No da usted la debida importancia, o bien las pasa por alto, a un par de cosas que son evidentes:

1. El afán por humillar a los judíos NO viene de hoy o de ayer. Forma parte del programa del Tercer Reich desde el primer día. Eso lo sabe el mundo entero. El tal Streicher no es muy diferente de Hitler y no podemos esperar hasta que Streicher venga de Nuremberg a Berlín. El pensamiento nacionalsocialista, si es que se le puede llamar así, no contiene nada más que desprecio por la raza judía. ¿Por qué entonces lo ve usted hoy por vez primera? ¿Por qué no hace dos años? ¡Dos años y nueve meses! Esa bestialidad estaba en él desde el principio. La infame opinión que se tiene de los judíos no es de hace dos meses. ¡Se nos ha injuriado y humillado desde el mismo día en que Hitler subió al poder! ¿Por qué llega tan tarde esta protesta?

2. No creo en los políticos y en sus partidos, pero veo en ellos el último resto de autoridad. Y si por ventura lograra reunir a católicos y comunistas para llevar a cabo una acción conjunta en Alemania y fuera de ese país, habría hecho mucho en contra de ese infierno. ¿Por qué no? ¿Por qué no intentarlo?

Creo, querido amigo, que su iniciativa de ahora es tan repentina como incomprensible me pareció, al menos a mí, su resignación de antaño. Se nos ha injuriado y deshonrado desde el primer día de la hitlerada. ¿Por qué se indigna usted ahora por vez primera? Pero, ¡de acuerdo! Mejor ahora que nunca. Aunque, ¿espera usted realmente algo de un manifiesto tan tardío? ¿Quién, entre los afectados, nos creará de verdad, si es que nos cree también la Sociedad de Naciones, que ya no existe, como tampoco la conciencia del mundo? Es tarde. Es tarde. Se nos injurió y deshonró al instante, ¿y hoy por primera vez, pasados dos años y nueve meses, reaccionamos a las bofetadas? Porque, ¿qué es lo que en definitiva creyó usted cuando llegó Hitler? ¿Cuando llegó el Tercer Reich? ¿Acaso su sentido del honor no quedó entonces tan vulnerado como el mío? Sí, ¡así fue! Pero usted era optimista, y yo no. Por eso he calado por mí mismo a esos desagradables compañeros de armas. Pero no tiene ningún sentido explicar lo que ya ha pasado. (Por supuesto, estoy a su disposición para todo lo que emprenda.)

Por otra parte, no menosprecie tampoco las dificultades técnicas. ¡Se necesitan ocho días, no tres! Es muy, pero que muy difícil redactar algo así de manera que resulte efectiva.

Por favor, tenga cuidado, no vaya a ocuparse de demasiadas cosas demasiado rápido. Puede ser muy peligroso.

A su querida esposa dígame, por favor, que no he recibido su carta. (Otra carta perdida.) Y que beso su mano.

Le saluda y abraza cordialmente, su viejo

J. R.

Pasaporte creado por el explorador noruego Fridjof Nansen en 1922 con el auspicio de la Sociedad de Naciones, que permitía a los refugiados, primero rusos y después procedentes del Próximo Oriente y de Alemania, justificar su identidad para viajar o instalarse en el país que lo expedía. (*N. de la T.*)

TÍTULO ORIGINAL
Die Filiale der Hölle auf Erden

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2004 by Berta Vias Mahou
© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de esta traducción
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-17902-75-9

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
mayo de 2020



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

¹ Joseph Roth se refiere a los iniciales intentos de Hitler de dedicarse a la pintura. (*N. de la T.*)

2 En alemán, se dice que alguien ve ratones blancos cuando está delirando. Aquí Joseph Roth apunta que esos emigrantes judíos que consideran la emigración de un antisemita como un acto de heroísmo, deliran hasta el punto de ver ratones rubios. A su vez se burla de la demencia racial de los nacionalsocialistas, para los que todo había de ser rubio, no sólo Cristo y hasta la sangre, sino también los ratones. (*N. de la T.*)

3 Esta carta dirigida a Seyss-Inquart resulta tanto más curiosa y divertida por cuanto Joseph Roth jamás llegó a poseer el grado de teniente. A la observación de su amigo Morgenstern sobre lo que le podría ocurrir si la Gestapo lo averiguaba, Roth contestó: «Eso lo tengo aprendido del doctor Goebbels; si la mentira es descarada y cien por cien falsa, es creída» (Soma Morgenstern, *Huida y fin de Joseph Roth*, Pre-Textos, Valencia, 2000, página 261). El autor se mantuvo hasta la muerte en la ficción de ser un oficial austríaco. (*N. de la T.*)

4 El autor alude a un dicho que aparece más adelante (véase «El enemigo de todos los pueblos») y según el cual siempre que sucede algo malo son los ciclistas y los judíos los que tienen la culpa. Casi todo el mundo pregunta extrañado: ¿Y por qué los ciclistas? (*N. de la T.*)

5 En la Alemania de Hitler existía una organización llamada «Fuerza a través de la alegría», que se encargaba de organizar excursiones, vacaciones, viajes, etcétera, para gentes con escasos recursos económicos. (*N. de la T.*)

6 August Julius Langbehn, llamado el Alemán de Rembrandt. Escritor y filósofo de la cultura (1851-1907). Su primera obra importante, titulada *Rembrandt como educador*, apareció de manera anónima en 1890. Con su antimoderna crítica de su tiempo y la condena de la ciencia, la industrialización y la gran ciudad—basándose en el arte de Rembrandt—influyó enormemente en la visión del mundo de muchos alemanes, de la época guillermina a la nacionalsocialista. Hasta 1936 se publicaron ochenta y cinco ediciones de la obra. (*N. de la T.*)

7 Paul Zsolnay (Budapest, 1895-Viena, 1961) fundó en 1923 una editorial para autores austríacos contemporáneos. En 1938 emigró a Inglaterra y en 1946 fundó otra editorial—Paul Zsolnay Verlag GmbH—que desde 1996 forma parte de la editorial Hanser. Walter Landauer dirigió la sección de literatura alemana de la editorial Allert de Lange en Amsterdam entre 1902 y 1945. (*N. de la T.*)

8 Pasaporte creado por el explorador noruego Fridjof Nansen en 1922 con el auspicio de la Sociedad de Naciones, que permitía a los refugiados, primero rusos y después procedentes del Próximo Oriente y de Alemania, justificar su identidad para viajar o instalarse en el país que lo expedía. (*N. de la T.*)

Probablemente cabe esperar nuevos decretos de aplicación más precisa en lo que respecta a las particulares formas en las que los paranoicos, los maníacos cíclicos, los esquizofrénicos o los paralíticos cerebrales deberán probar su identidad aria, y acerca de cómo habrá que actuar en casos excepcionales. Pues podría ser que, por ejemplo, uno de los numerosos enfermos que padecen delirios de grandeza, que imaginan ser el rey Salomón o incluso el Redentor, se niegue en redondo a colaborar en la evacuación de sus compañeros de raza adoptivos. Y al contrario, que algunos judíos puros que se dan a sí mismos el tratamiento de Gauleiter o de Gauleiter supremo, reclamen el derecho a examinar el árbol genealógico de sus compañeros de destino. En otros casos podría ocurrir que la teoría de la «terapia de choque», tenazmente defendida por muchos psiquiatras, se revelara eficaz en algunas curaciones repentinas. Los arios restablecidos tendrían que acudir a un campo de trabajo y reclamarían los regalos que no se les dieron en Navidad y excursiones para recobrar «las fuerzas a través de la alegría». En cuanto a los judíos restablecidos apenas cabrían en los campos de concentración. Todo esto puede tener consecuencias incalculables, en las que el doctor Conti, a pesar de su meticulosidad alemana, tal vez no ha pensado en absoluto. ¿Cómo hay que actuar por ejemplo frente a los paralíticos cerebrales que deben su dolencia a una vergüenza de la raza? ¿Y cómo frente a los paranoicos que se ven desesperadamente amenazados por la «Liga de Muchachas Alemanas»? ¿Qué hay que hacer con esos esquizofrénicos que, según confiesan ellos mismos de viva voz, al escribir claramente un «ino!» en el último plebiscito han superado la escisión de la conciencia y a su vez la han demostrado? ¿Qué con ese enfermo maníaco-depresivo que alterna la lectura de *Mi lucha* con los discursos completos de los banquetes de Ribbentrop? ¿Y qué con un psicógeno diagnosticado como delirante que simula las preocupantes alucinaciones de un italiano del sur del Tirol? ¡Ah! No alcanza uno a

ver el final y, si no nos engañamos, el ministro de la Propaganda tendrá que ejercer su influencia sobre los indecisos a través de discursos por la radio y de publicaciones especiales de la agencia de noticias alemana. Pero si la cifra de enajenados judíos aumentara aún más, Schacht tendrá que intentar enviarlos fuera a cambio de divisas, lo más lejos posible, para que, tal vez repentinamente curados al primer contacto con el mundo sensato, no organicen terribles campañas de difamación contra su patria.

Sería demasiado mezquino y también demasiado triste que me alegrara por mi instintiva previsión en un caso como éste. La dificultad del momento exige por sí sola una crítica implacable no sólo con el banal escritor, sino también con los lectores igualmente banales que, cautivados por cualquier cabeza rubia verdaderamente aria que parezca compartir con ellos el destino del fugitivo o que lo pretenda, ajenos y alejados de la agricultura, no son capaces de distinguir el trigo rubio de la paja rubia. El hecho de que un ciclista literario tenga los ojos azules les parece una garantía, y valoran más a un ave de paso que gorjea que a un judío que canta.

En Zsolnay tampoco yo puedo hacer nada, porque Landauer es amigo mío y, al publicarme, tiene que poder sacar beneficios. Pues también él está en apuros.

Los acontecimientos históricos que de los últimos años de la existencia de Austria se han conservado aquí y allá en opúsculos, libros y artículos, y a partir de los cuales se intenta explicar la ejecución de ese país por parte de Hitler, en modo alguno son suficientes en sí mismos, como «material», para comprender el ímpetu con el que en esta ocasión ha obrado la cobardía que por lo demás suele ser tan legal. Para explicar la caída de Austria no basta con enumerar los pasos que con anterioridad ha dado en falso, sino que es preciso comprobar la predisposición condicionada desde el punto de vista constitucional de los distintos gobiernos frente a una «anexión» abierta o encubierta, desde el primer día de la república hasta el último del Estado confederado cristiano. Una limitación constitucional, por lo demás, que aún se deriva de los errores de la vieja monarquía, y que básicamente ha consistido en permitir que en

el marco de un gran imperio formado por dieciséis naciones, a los austríacos de habla alemana se les considerase como una especie de «pueblo nacional» dominante. Los profesores pangermanistas de ideología guillermina y aspecto casi también guillermino, mantenían ocupadas las más importantes cátedras de las escuelas superiores austríacas y enseñaban allí la arrogancia *made in Germany*, que tras Sedan se dispuso a extenderse por el mundo. Como el aliado austríaco poseía una gran parte, la mayor, de las carreteras de acceso a aquellas regiones que la altanería había escogido, en primer lugar hubo que aprovechar diligentemente la conciliadora disposición del austríaco, que tendía a admirar algo contrario a su naturaleza. Dio resultado. Ya entonces. Bajo Francisco José. En todos los partidos. Si el esplendor de uno de los desfiles del cuerpo de bomberos que solía desplegar Guillermo II imponía a los nacionalistas alemanes austríacos y a los liberales austríacos en el lenguaje, en lo escrito y en los gestos, a la socialdemocracia austríaca, cuyos líderes más destacados eran por añadidura nacionalistas alemanes convertidos o «pangermanistas», aún le gustaba más la disciplina prusiana de los sindicatos alemanes. Jahn, el padre de la gimnasia alemana, andaba haciendo ejercicios por todos los clubs de los partidos políticos de Austria e incluso en la redacción del cristianodemócrata *Reichspost*, al que el conflicto entre la Iglesia y el Estado en Alemania debería haber intimidado aún más que la Taborstrasse a dos porteros judíos. Los estudiantes alemanes en Austria eran los más sólidos propagandistas del «Aleman de Rembrandt» y del antisemitismo a lo Chamberlain. El instinto pequeñoburgués de los votantes cristianodemócratas los acogió amistosamente. De modo que desde el centro de un imperio que por naturaleza estaba llamado a ser el modelo de una verdadera Sociedad de Naciones, la esencia de ese complicado organismo estatal fue falseada, adulterada y envilecida de la manera más plebeya y nacionalista. Una aristocracia irreflexiva, a la que la política simplemente le «repugnaba», incluso cuando pretendía ocuparse de ella, fue comparada por los pueblos superficiales, pero dispuestos a juzgar desde el punto de vista moral, con los «meticulosos» *junkers* alemanes. «Meticulosos» sencillamente

porque parecían resueltos. Una camarilla de fieles e inquebrantables hombres de la Corte y de Estado impidió las sanas intenciones del heredero del trono, Francisco Fernando, quien con justicia amaba a los pueblos eslavos. Que uno de sus representantes fuera precisamente quien mató a Francisco Fernando de un tiro es uno de los errores más funestos. (Aunque tal vez él representara también un peligro para los nacionalistas serbios. Tal vez hubiera creado un gran reino eslavo del sur, que habría absorbido a Serbia sin pérdida de tiempo.) Es un hecho que cuanto más se inclinaban los austríacos alemanes hacia Guillermo II, más apremiaban los demás pueblos de la monarquía para conseguir la autonomía respecto del Estado. Amaban la Corona. Odiaban el casco en punta. El emperador Carlos accedió al trono demasiado tarde, en la época desastrosa de la guerra. «Hombro con hombro» con el orgullo desmesurado de los alemanes, se hundieron en Austria la macabra esterilidad, la imprudencia predominante y el patriarcado gimnástico alemán.

Me han comunicado de forma «confidencial», aunque no dudo en hacerlo público, que un escritor alemán mediocre que ha emigrado—no sé exactamente por qué—ha rechazado colaborar en una revista recién creada porque en ella trabajan también judíos. Se trata por tanto de un emigrante que vive según las leyes de Nuremberg. En Zúrich, ¿por qué no en Nuremberg? Hay muchos emigrantes que no han huido por tener una «abuela judía», sino precisamente porque tienen una abuela «aria», y que en la emigración reclaman un puesto de honor por la sola razón de que no son judíos. Van vendiendo a su abuela aria de casa en casa, donde el judío y donde el cristiano. Y tienen algún éxito, porque muchos emigrantes, nietos de abuelas judías, consideran la emigración de un antisemita como un acto de heroísmo y se sienten conmovidos hasta las lágrimas cuando ven ratones rubios. No cabe duda de que ser judío es una «pega». Pero precisamente por eso, es una vulgaridad reivindicar incluso fuera del Tercer Reich los laureles que corresponden a la pobre abuela. ¡Desde la erradicación del analfabetismo hay tantos porteros que escriben en alemán...! Y encima a los porteros emigrados les publicarán editoriales judías puras. Un antisemita alemán que se queda en casa es una persona que merece respeto.

Pero uno que emigra y publica sus libros donde los judíos es un plebeyo. Tendría que vivir del dinero del bloqueo, no de honorarios.

del ejército imperial y real

Como monárquico austríaco, como hombre conservador e implacable enemigo de cualquier gobierno a cuya cabeza se encuentre un empapelador, respondí al editor que renuncio a aparecer en el «Tercer Reich», que es como ahora se llama Alemania.

Por supuesto que estoy a su disposición en todo momento. Por muy bien que lo redactemos, siempre será un «manifiesto». Y no creo que nadie en la Sociedad de Naciones—nadie—sea capaz de apreciar nuestro estilo y nuestra precisión. Será eso, un manifiesto. Y si hasta la Sociedad de Naciones nos hace caso, ella, que no puede evitar ninguna guerra, ¿va a tener alguna influencia sobre los pogromos? Lo único que se podría conseguir al menos en la práctica serían pasaportes, pasaportes Nansen, para esa pobre gente a la que veo con frecuencia, pues trabajo aquí como voluntario en el Comité de Refugiados... ¡Y lo peor son los papeles! Protestaremos, ¡bien! Otra protesta. ¡Una protesta magnífica! Y sabrán apreciarla. ¿Y después qué? ¿Qué vamos a conseguir?